



LIBRERIA  
NACIONAL Y ESTRANJERA  
de EDUARDO GAUTIER  
Calle S<sup>a</sup> Francisco 23.  
C A D I Z.

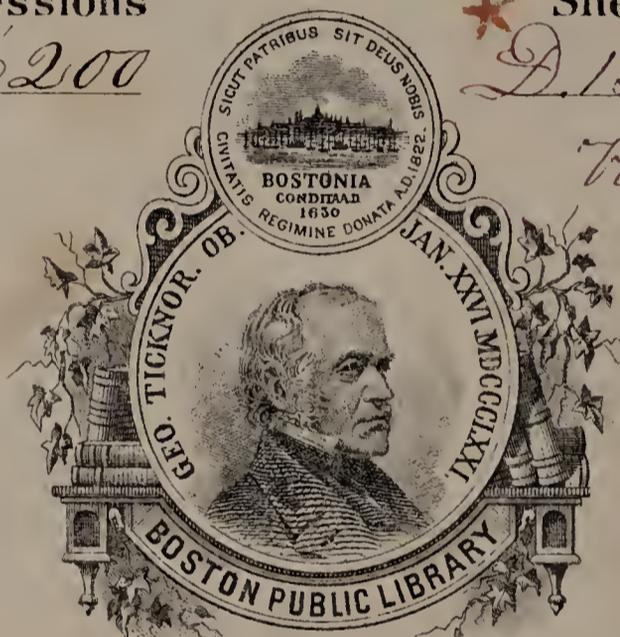
Accessions

*116200*

Shelf No.

*D. 157. 33*

*Vol. 1*



BEQUEATHED BY

**George Ticknor.**

*Recd. Apr. 26<sup>th</sup> 1871*



I. 7

**GRANADA**



# GRANADA

POEMA ORIENTAL

PRECEDIDO DE LA

LEYENDA DE AL-HAMAR

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

—(C)—  
TOMO PRIMERO

—(C)—  
PARIS

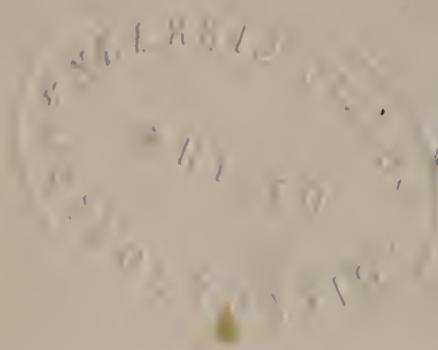
IMPRENTA DE PILLET FILS AINE

CALLE DES GRANDS-AUGUSTINS, 5.

—  
1852  
c

0.150  
33  
vol. 1

1851 / 1852



116200

55.

AL SEÑOR

**DON BARTOLOMÉ MURIEL**

EN PRENDA DE AMISTAD.

---

**FANTASIA.**

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RESEARCH REPORT

Bruselas, 21 de febrero de 1852.

I

¿Imaginas que son, Muriel amigo,  
Barreras para mi tiempo y distancia?  
¿Piensas que porque Flandes me dá abrigo  
Mientras tu habitas en la inquieta Francia  
Mi voz no puede platicar contigo,  
Mi pié no puede visitar tu estancia?  
¡Error! por tí los imposibles puedo  
Y aunque de Francia parto en Francia quedo.

¿No sabes que el poder de los poetas  
Es inmenso, Muriel: que cuanto tocan  
Hechizan con su mágia : que, sujetas  
A su poder, las almas se convocan  
A oírles : que con prácticas secretas  
Hablan con el ausente, al muerto evocan,  
Redifican de un soplo las ciudades  
Y hacen retroceder á las edades?

Sus órdenes no sabes que obedecen  
Ejércitos de genios que á millares  
Amigos por dó quier les favorecen,  
Haciendoles los montes y los mares  
Trasponer : que dó quiera se aparecen  
Sin respetar ni tiempos ni lugares :  
Para quienes no hay diques, ni barreras,  
Policías, aduanas, ni fronteras?

¡ Misero amigo mio ! ese medroso  
Són que á los pies de tu callado lecho  
Percibes con pavor, que tu reposo  
Turba agitando tu apenado pecho,  
No es del chisporroteo bullicioso  
Que alza tu lamparilla, en el estrecho  
Circulo ahogada del cubierto vaso :  
Es el rumor de mi imprevisto paso.

Soy yo que, los espacios trasponiendo,  
De mi secreta mágia con el arte  
En alcázar fantástico pretendo  
Tu cairelado lecho transformarte.  
Soy yo, Muriel, que, ante tu fáz abriendo  
Su dorado cancel, voy á guiarte  
A través de una esplendida morada  
Por misteriosos seres habitada.

Si, yo soy quien asalto tu aposento.  
Despierta, pues ; la inspiracion ahora  
En mis entrañas inflamarse siento  
Con fuego creador que las devora.  
Incapáz de guardar mi pensamiento  
El tropel de delirios que atesora,  
Va á romper impetuoso sus barreras  
Y á lanzar en la sombra sus quimeras.

Yo, poeta que al mundo fui evocado  
Del fondo de una abierta sepultura,  
Camino de fantasmas rodeado,  
Sueños de mi creencia y mi locura.  
Manes que sus sepulcros han dejado  
Para seguirme por la tierra oscura,  
Conmigo van y con mi aliento aspiran,  
Dó quier me cercan y dó quier me inspiran.

Sobre sus alas con errante vuelo  
Los antros mas recónditos visito,  
De la pasada edad levanto el velo,  
En sus viejos alcázares habito,  
El sueño de sus héroes desvelo,  
Sus caballeros á la lid concito,  
Y al éco audaz de mi inspirado acento  
Acuden cabalgando sobre el viento.

A veces á la luz de las estrellas,  
Por una soledad no conocida  
Ni habitada jamás, sigo sus huellas  
Escuchando el relato de su vida  
En una lengua cuyas frases bellas  
Una armonía escalan nunca oída,  
Y sin auxilio de palabra ó letra  
En mi encantado corazón penetra.

En aquellas fantásticas regiones  
El tesoro riquísimo se encierra  
De aquellas misteriosas tradiciones  
Que la historia veráz de sí destierra,  
Mas que de sus recónditos rincones  
Tenaz la poesía desentierra,  
Y que, al amparo de la fé y del arte,  
Forman en su region un mundo aparte.

Allí estan las tristísimas bellezas  
Que lloraron incógnitos amores :  
Los héroes sin préz cuyas proezas  
No ensalzaron jamás los trovadores :  
Armado el paladin de todas piezas,  
Coronadas las vírgenes de flores,  
Tendidos los de oriente sobre chales  
Ornados con moriscos almaizales,

Alli estan las purísimas mujeres  
Que, encerradas en santos monasterios,  
Conversaron del cielo con los seres  
De la virtud sondando los misterios :  
Que oyeron en sus místicos placeres  
De los santos Querubes los salterios :  
Y cuyo corazon, libre de amores,  
Se espigó y se secó como las flores.

En medio de estos seres ideales,  
Que no estan amasados con la escoria  
De que fuimos formados los mortales,  
La vanidad de la mundana gloria  
Desprecio y hallo bálsamo à los males  
De nuestra frágil vida transitoria,  
Tegido espeso de miserias largas,  
De dias de pesar y horas amargas.

Alli és donde, à la luz de las creencias  
De nuestra infancia, quemo à las memorias  
De nuestra hermosa patria las esencias  
De la fragante poesia. Historias  
Cuyo relato embarga las potencias  
Son las de estas visiones ilusorias,  
Campañeras alegres de mis cuitas,  
De edad mejor imágenes benditas.

Espíritus que entorno de mi lecho  
Velan y por mi bien se multiplican,  
La pesadilla auyentan de mi pecho,  
Mis penosos ensueños dulcifican,  
Del corazon en la impureza hecho  
Los malignos intentos purifican,  
Y trasforman el campo de mi mente  
En un florido Eden resplandeciente.

Ellos en mis vigiliassolitarias  
Me distraen con dulcissimas memorias,  
Me hechizan con sus himnos y plegarias  
Y á que escriba me incitan sus historias :  
Por sus regiones vago imaginarias,  
Abrazo sus visiones ilusorias,  
Y en otra creacion, con otros seres  
Paso mi vida, parto mis placeres.

Por eso elijo las nocturnas horas  
Para hacer el relato de mis cuentos,  
Labrando en las tinieblas incoloras  
Las torres de mis locos pensamientos.  
Por eso de sus sombras protectoras,  
Asaltando á favor tus aposentos,  
Vengo á hacerte, Muriel, la pobre ofrenda  
De esta loca y fantástica leyenda.

Tú que, amigo sincero, mis pesares  
Cariñoso y leal has consolado :  
Tu que del infortunio en los azares  
Apoyo generoso me has prestado :  
Tú que con honda fé de mis cantares  
El poder misterioso has invocado  
Del duelo y el afán como anatema,  
Escucharás benigno mi poema.

Tú que sabes del mundo retirarte,  
Sin que pueda el turbion de sus insanos  
Delirios en su vértigo arrastrarte :  
Que de una noble sociedad de hermanos  
Has sabido en tu cámara cercarte  
Para escuchar mis cuentos africanos (1),  
Quiero que dés tu nombre á la portada  
De mi oriental leyenda de GRANADA.

¡ Y ojalá dure la memoria mia  
Cuanto duren los siglos venideros,  
Y corra este papel, famoso un dia,  
De la tierra los ambitos enteros :  
Para que desde norte á mediodia  
Vayan nuestros dos nombres compañeros,  
Y el tuyo brille en la futura historia  
Al resplandor de mi futura gloria !

Oyeme pues, Muriel, antes que vuelen  
Las horas de los sueños y visiones :  
Antes de que los genios se desvelen  
Contrarios de mis vagas creaciones,  
Y las parleras áuras les revelen  
El oculto poder de mis canciones :  
Antes, en fin, que el Sol con rayos puros  
Disipe mis poéticos conjuros.

Oyeme lejos del tumulto loco  
De la revuelta sociedad, y fía  
Que no nos faltará si yo la evoco  
Para escuchar mis versos compañía.  
Yo, que á mi voz animo cuanto toco,  
Voy á poblar la atmósfera vacía  
De multitud de espíritus atentos  
Que contigo á la par oigan mis cuentos.

Al soplo de mi aliento poderoso,  
Vá a circundarnos y á prestarme oído  
Ese mundo de sombras vagaroso  
Por tus preciosos lienzos repartido.  
Ese mundo fantástico en reposo  
Mantenido hasta hoy, va desprendido  
Del muro á hacer de mi velada parte :  
Porque; ¿qué hay imposible para el arte!

Yo amo, Muriel, los lienzos y esculturas  
Que tu curiosa cámara guarnecen;  
Sus soñadas ó históricas figuras  
Amigos de mi infancia me parecen:  
De otra vida anterior memorias puras,  
Recuerdos que mi sér rejuvenecen,  
Genios tal vez de mi existencia guías,  
Que la conducen á mejores dias.

La causa ignoro, mi razon no alcanza  
Por qué ha unido, Muriel, mi loca idea  
A un porvenir de luz y de bonanza  
Cuanto el lugar de tu mansion rodea :  
Mas cuanto en mis delirios de esperanza  
Mi corazon, supersticioso, créa,  
Lo veo de tus cuartos y pinturas  
Ornado con los muebles y figuras.

Ellos han escuchado los primeros  
De mi laüd morisco la armonía,  
Y, á créer en fanáticos agüeros  
Padrinos son de la fortuna mia.  
En brazos de esas damas y guerreros  
Salen mis versos á la luz del dia  
Y yo de su presencia no renuncio,  
Crédulo en mi favor, al fáusto anuncio.

Yo, en el campo del arte peregrino,  
Do quier del arte adorador profundo,  
Que presentado á ser voy imagino  
En brazos de las artes en el mundo :  
Y pues me trajo entre ellas mi destino  
A desplegar las hojas en que fundo  
Mi esperanza á la gloria que ambiciono,  
A ilusion tan dichosa me abandono.

Murillo, Rafaël, Salvator Rosa,  
Piombo, Teniers, Tiziano, Stein, Morales,  
Cuyas firmas de mano vigorosa  
Leo sobre esos lienzos inmortales,  
Aunque, viles, no logren otra cosa,  
Para mis pobres cantos orientales  
Yo de vuestra presencia los auspicios  
Acepto con afan como propicios.

Y tú dulce y amante Garcilaso (2),  
Cortesano cantor de los pastores,  
Que cuenco pastoril el áureo vaso  
Hiciste dó libaste tus amores :  
Tú que entre miel y ámbar á tu paso  
Sembraste versos que brotaron flores,  
Vé si á los míos tu dulzura inspiras  
Desde ese marco en que tenáz me miras.

Y vosotros bizarros personajes,  
Seres faltos de sér, á quien del caos  
Para adornar sus fondos y paisages  
Sacó el génio vivifico, animaos.  
A mis Cristianos himnos y salvajes  
Sonatas africanas despertaos :  
La poesía en las pasadas eras  
Movió los montes y domó las fieras.

Vivificaos, pues, y en torno mio  
Agrupaos, ¡ oh imágenes hermosas  
Del amor, el pesar, la fé y el brio!  
Venid ceñidas de fragantes rosas,  
O devorado el corazon de hastio.  
Visiones del desierto pavorosas,  
Diana impura, llorosa Magdalena,  
Vigorosa Judit, robada Elena (3).

Alba Severo, incógnitos señores  
De plegados buelillos y valonas,  
Apáticos flamencos fumadores,  
Zagales cuyas cabras juguetonas  
Pasto buscan de céspedes mejores,  
Del marco desprended vuestras personas,  
Formad una callada fantasía  
Que auditorio idéal preste á la mia.

Revivid á mi acento, yo os conjuro,  
Creaciones que estais en el dominio  
De la imaginacion : congreso impuro  
De Dioses ya sin cielo (4), del triclinio  
Baja á mi voz, y aunque te sea duro  
Renunciar del parnaso al patrocinio,  
Ven á adorar en mis severos cantos  
La gloria de otros númenes mas santos.

Venid lúbrica Vénus, rúbia Céres,  
Diosas en otros tiempos inmortales,  
Otros genios á ver y otras mugeres  
Hollando vuestro altar y pedestales.  
Nuevas Divinidades, nuevos seres  
De prez y de virtud mas celestiales,  
Dan hoy á una mejor mitología  
Con mas íntima fé mas poesía.

¡ Gracias, bellas quimeras ! ya os percibo  
Dejar de mis conjuros al acento  
La vil materia en que creó cautivo  
Vuestro ficticio sér un pensamiento.  
Apréstate, Muriel : al soplo vivo  
De mi fecundo é inspirado aliento,  
Voy á abrir á tu atónita mirada  
El recinto de la Arabe GRANADA.

Mas la planta ; oh Muriel ! ten un momento  
Antes que huelles su frondosa Vega,  
Porque traidor me asalta un pensamiento.

Mal retenida entre tus labios juega  
La sonrisa del que oye y, caballero,  
Aunque tenáz no crée, cortés no niega.

Que estrañas ; ay de mi ! por ella infiero,  
Que con sincera conviccion cristiana,  
Hoy en són tan veráz como severo

Mi voz resuene, cuando ayer mundana  
Y de la tierra escándalo profano  
El vicio y el placer cantó liviana.

¿Quieres saber, Muriel, porqué el mundano  
Laüd dejando, en harpa vibradora  
Las glorias de la Cruz canto Cristiano?

¿Quieres saber porqué, bebiendo ahora  
Mi inspiracion en el venero vivo  
De nuestra Fé, mi voz consoladora

Levanto en el tumulto revulsivo  
De nuestro siglo turbulente, al duelo

Del corazon buscando lenitivo?

Pues voy audáz á descorrer el velo  
Que tal misterio encubre, en una historia  
Que con orgullo y sin temor revelo.

Reservada y recóndita memoria  
Del libro inmaterial del alma mia :  
Historia solo para mí : ilusoria,

Poética y gentil alegoría  
Nada mas para el mundo, á cuyo oido  
Jamás imaginé que llegaria.

Aparta, pues, del limite florido  
De Granada, que estás casi pisando,  
Tu pié, menos feráz y entretenido  
Sendero agreste tras de mí tomando,  
Y avancemos, Muriel... pero medita  
Que en la region del alma vás entrando.

## LAS DOS LUCES.

Es la ecsistencia golfo que se agita  
Circundando islas mil, cuyo oläaje  
De la *nada* en las playas se limita.

Naves las almas son en que el pasaje  
Hacemos de este golfo, cuyo centro  
El punto es de partida en este viage.

Centro es la cuna : una isla mar adentro  
En la mitad del golfo colocada,  
Dó alma y cuerpo se salen al encuentro.

Al mar cada alma desde allí lanzada  
Vá de una en otra isla escala haciendo,  
Hasta dar en las playas de la *nada* :

Allí, en la inmensa eternidad cayendo,  
Náufrago el cuerpo en la ribera espira  
Al criador su nave devolviendo.

*Amor, deleite, lujo, ambicion, ira,*  
*Gloria, amistad, honor, fama y orgullo,*  
Islas con donde reina la mentira.

Desde ellas nos reclama con arullo  
Fascinador : de danzas y canciones  
Nos envia al pasar manso murmullo :

A ellas con falaces ilusiones  
Nos atrae y, viajeros perezosos,  
Vamos haciendo escala en las pasiones.

*Fé, ciencia, religion...* son luminosos  
Faros que por las várias latitudes  
Nos guian de estos mares procelosos.

« ¡ Voga ! » nos dicen con su luz « no dudes.  
¡ Voga ! » y, pilotos de arte y esperiencia,  
Vamos haciendo escala en las virtudes.

Por las pasiones vá nuestra ecsistencia  
Sus riquezas gastando, y adquiriendo  
Por las virtudes vá nueva opulencia.

Las naves bien lastradas al tremendo

Baiben resisten y oläaje fuerte :  
Las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo jóven : mi conciencia inerte  
Dormia, cuando al mundo audáz y solo  
Sali fiado en la voluble suerte.

Léal, franco, inesperto, estraño al dolo,  
Creyendo en cuanto ví con fe sincera  
Mio el mundo juzgué de polo á polo.

Mi alma entónces, góndola ligera  
En manos de señor jóven y ansioso  
De vida mundanal y placentera,

Se dejaba guiar por el undoso  
Y turbulento mar de la ecsistencia,  
Ya á naufragar vecina, ya en reposo

Vogando de áura mansa á la influencia :  
Al sol ardiente y á la tibia luna  
Meciéndose en el mar con indolencia

Siguió siempre mi nave y mi fortuna  
La dulce poesía, compañera  
De mi gozo y mi afan desde la cuna :

Y con voz ora humilde, ora altanera,  
Mis placeres canté, mis ilusiones  
Hechicé, la ventura pasajera

De la vida fugaz en mis canciones  
Celebré; y ora crédulo, ora impio,  
Templé mi lira con inciertos sonos.

Abordé en mi demente desvario

Del golfo de la vida las riberas  
Todas, sin otra ley que mi albedrio.

Sus islas visitè mas hechiceras :  
*Gloria, amistad, amor, deleite*, oyeron  
Mis insensatas cántigas primeras :

Y dó quier por el golfo me aplaudieron,  
Y de láuros cargaronme la frente,  
Y embriagándome al fin, me embrutecieron.

Triunfé, amé, disipé, reñí insolente.  
¿Qué saqué de esta vida vergonzosa?  
Hastiado el corazon, seca la mente.

Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa  
Marcha me conducia abandonado  
Al olëaje de la mar undosa.

Entónces recordé mi sosegada  
Niñez : cuando mi madre me tenia  
Sentado en sus rodillas y posada

Su mano en mi cabeza, dirigia  
Mi atencion al altar donde radiante  
Se elevaba una imágen de MARIA.

Y entónces recordé la voz vibrante  
Del monje que en el púlpito esclamaba;  
« La ecsistencia mas larga es un instante;  
« Honor, gloria, poder, todo se acaba  
« Con ella : solo nuéstras obras viven :  
« Y ¡ay del que con sus obras no se caba  
« Su tumba ! Todos del señor reciben,  
« Para el bien un talento, y Dios ordena

« Que el suyo todos para el bien cultiven. »

Recordé que esto oí en la edad serena  
De la cándida fé, cuando la mente  
Virgen recibe la impresion ajena

Que conserva indeleble eternamente.  
Hasta entónces jamás mirado habia  
Detrás de mi : torneme ansiosamente

El rastro á ver de la ecsistencia mia :  
¿ Qué vi? la inmensidad del océano  
Que trás de mí desierta se estendia.

La nave de mi alma un solo grano  
De lastre no llevaba, ni una sola  
Flor de las islas conservó mi mano.

El rumor de una ola y otra ola  
No mas en torno oía, y el profundo  
Són de la mar que el corazon desola

Blando susurre ó muja furibundo.  
¿ Me comprendes, Muriel? te voy contando  
La historia de mi alma : lo que al mundo  
Nadie cuenta jamás : lo que llevando  
Vá cada cual consigo, cuidadoso  
En el inquieto corazon guardando.

Lo que el hombre no dice vergonzoso,  
Mas lo que á solas piensa en el momento  
En que cierra su párpado al reposo.

Iba yo, pues, al olëaje lento  
Del golfo de la vida en la barquilla  
De mi alma vogando, el pensamiento

Tornado á mi niñez, de toda orilla  
Lejos, el corazon triste y vacío  
De lo pasado, viendo que la quilla  
Del alma no dejaba entre el brabío  
Olëaje señal, y nuevo rumbo  
Dar meditando al barquichuelo mio :  
Y hé aquí que de las ondas al balumbo  
Avanzando al azar ciego y perdido  
De olas en olas y de tumbo en tumbo,  
Vi una isla á lo lejos ; decidido  
Torné á ella mi próa y tomé suelo  
En pais para mí desconocido ;  
La *Isla de la Razon* era, que el cielo  
Puso en mitad del viaje de la vida.  
La rica nave, el débil barquichuelo  
Que allí aporta sin rumbo, la perdida  
Brújula cobra y desde allí dirige  
Su viaje á fácil playa. Guarecida  
La *Razon* de esta isla, en ella rige  
Como reina, teniendo en su ribera  
Dos luces siempre ardiendo y una elije  
De las dos el que arriba, su postrera  
Travesía al hacer : cada uno enciende  
Su antorcha en una y, breve ó duradera,  
Con esta luz su travesía emprende,  
Cuerdo o desatinado, el navegante  
Que á sí no mas en la eleccion atiende.  
De saltar en su isla en el instante

« De la fé es esta luz, del siglo es esta »

Me dijo la *Razon*: y, vacilante

En la difícil eleccion funesta

Entre la fé y el siglo, al alma mia

Entre las luces de ambos dejó puesta.

La antorcha de la fé no despedia

Mas que un rayo de luz tranquilo y puro,

Que por la limpia atmósfera subia

Recto á perderse en el azul oscuro

De la pura region, que el ojo humano

No contempló jamás fijo y seguro.

A la *luz de la fé* nada cercano

Sobre el ház de la tierra se alcanzaba:

Pero en la altura del zenit lejano

Veíase una estrella y se dudaba

Si la luz de la fé de ella venia,

O la luz de la fé se la prestaba.

Yo entre la tierra y la region del dia

Este rayo comun juzgué, y no en vano,

Que comunicacion establecia.

Circundaba este rayo soberano

Rico enjambre de abejas luminosas

Con alas de oro, cuanto mas cercano

Al resplandor su vuelo mas hermosas:

Y en el centro del rayo refulgente

Labraban sus panales officiosas.

Quemábalas al fin el foco ardiente

Y en lugar de en cenizas convirtiéndolas

En bellisimas aves, de repente

La luz del rayo místico impeliéndolas,  
Tomaban vuelo hácia el zenit palomas,  
Aguilas, cisnes garzas y oropéndolas;

Y abrasada su miel, suaves aromas  
Ecsalaba que en la áura derramandose  
Embalsamaban mar valles y lomas.

La *luz del siglo*, móvil elevándose,  
Culebreaba con llamas refulgentes  
De su foco en redór desparramándose,

Formando con sus llamas transparentes  
Un bello árbol de luz que reflejaba  
Los colores del iris esplendentes.

Bajo este árbol radiante vejetaba  
Innumerable coleccion de flores,  
En la que muchedumbre se criaba

De mariposas, ricas en colores,  
Agradables en forma y movimiento,  
Y en gala incomparables y en primores.

Susurro vago y apacible y lento  
Con sus alas hacian y en contorno  
De aquel árbol de luz giros sin cuento :

Mas al fin deslumbradas y al bochorno  
Del fuego enloquecidas, acercándose  
Al foco abrasador, del rico adorno

De sus puros colores despojándose,  
Poco á poco en la luz se iban lanzando  
Y unas tras otras en la luz quemándose;

Y un poco de humo fétido escalandó,  
 Polvo las mariposas se volvian,  
 Su sitio ante la luz á otras dejando.

*Mas bellas las abejas renacian  
 En la luz de la Fé, y las mariposas  
 Polvo en la luz del siglo se volvian.*

¿Quién de aquestas dos luces misteriosas  
 La alegoría mística no advierte?  
 La miel de las abejas oficiosas,

Que en aroma á su luz la fé convierte,  
 Son *las obras* del hombre, que embalsaman  
 Su memoria triunfante de la muerte.

El polvo que de sí cuando se inflaman  
 Las mariposas sueltan, son *las horas*  
 Que en el siglo sin fruto se derraman.

Estériles así ó germinadoras  
 Son, sin fé, mariposas nuestras vidas  
 Y abejas con la fé trabajadoras ;

Las almas naves á la mar partidas,  
 Ricas, seguras, con la fé vogando,  
 Con el siglo, sin lastre, sumergidas.

Todas de la *Razon* van arribando  
 A la isla : en sus luces toman fuego  
 Y siguen á las costas navegando.

Yo, que há ya siete lustros que navego  
 Por la ecsistencia, á la *razon* arribo  
 Y en su luz tomo de mi antorcha el fuego :  
 Y el escaso talento que recibo

Del señor para el bien, constante abeja  
Labrando mi panal, con fé cultivo.

Pienso que de mi fé duda no deja  
En ningun corazon mi alegoria,  
Pues mi alma en sus luces se refleja.

¿Que és un poeta? Un ave en la sombría  
Selva del mundo por su Dios lanzada  
Para llenar sus senos de armonía :

Mas no para gorgear desatinada  
Dia y noche, la selva ensordeciendo,  
Malgastando la voz que le fué dada

Para elevarla audaz sobre el estruendo  
Mundanal, y con fé consoladora  
La gloria de su Dios enalteciendo.

No al poeta se dió la voz sonora  
Como engañosa voz á la sirena  
Ni como al cocodrilo voz traidora ;

La del poeta el ánimo serena  
Del hombre por la tierra peregrino :  
Dulce y divina voz que le enagena,

La patria celestial de donde vino  
Recordandole siempre y aliviando  
La fatiga mortal de su camino.

¡ Ay del poeta que, sin fé cantando,  
Solo murmullo efimero levanta  
Como el agua y el aire susurrando !

¡Ay del poeta que su fè no canta  
Y la gloria del pueblo en que ha nacido,  
Enronqueciendo en vano su garganta

Mariposa y no abeja! — Tal ha sido  
La causa que, tenáz, de esta obra mia  
En el asiduo afan me ha sostenido.

Cambia con mi *razon* mi poèsia  
Y à la luz de la *fè* recapacito  
Que he sido mariposa hasta este dia.

Há siete lustros que la tierra habito,  
Ave insensata que en la selva trina  
Con inútil gorgear, y necesito

Utilizar la inspiracion divina  
Que al poëta dá Dios, el sacrosanto  
Sino compliendo á que mi sér destina.

Y hé aquí porque cuando hoy mi voz levanto,  
*Cristiano y Español, con fé y sin miedo,*  
*Canto mi religion, mi patria canto.*

Con mi destino cumplo como puedo;  
Y si sucumbo por llenarle, en suma  
Con Dios en paz y con mi patria quedo.

Ahora, Muriel, en' alas de mi pluma  
Volvamos al dintel de mi poema;  
(Puesto que es fuerza que de tál presuma.)

En tanto, pues, que en la jorñada estrema  
Tocamos, ven conmigo hácia GRANADA,  
Règio floron de la oriental diadema.

Ven de mi narracion la no trillada  
Senda siguiendo : al arabesco estilo  
La encontrarás de flores alfombrada.

No es un camino real tirado al hilo  
Derecho y espacioso, mas conduce  
Por medio de un vergel al régio asilo

Del alcázar Muslim, y se introduce  
Antes por bib-arrambla dó las flores  
Verás mas bellas que el Genil produce.

Fátima la Zegri, *perla* de amores,  
Cual su nombre lo dice : la Azafia  
*Cándida* como el suyo : la en labores

Estremada Jarifa : *albor del dia*,  
La dicha así por su beldad, Zoraya :  
Zaida, que fuego en el mirar tenia :

La *espejo* de constantes Almeraya :  
Zelinda, la orgullosa Alpujarreña :  
Borina, préz de la murciana playa :

Zora, la voluptuosa Malagueña :  
Zobeika, la rival de Sarracina :  
Lindaraja, la ardiente Zahareña,

Y cuantas tubo, de beldad divina  
Prodigios humanados, nobles moras  
La conquistada corte Granadina.

Haliarás en mi libro encantadoras  
Leyendas, orientales fantasias,  
Que mas dulces tal vez te haran las horas :

En rimas pobres, pues al fin son mias,

Pero alhagueñas para aquel que aprecia  
La Hispana gloria y los pasados dias.

No encontrarás los númenes de Grecia  
Invocados en él : genios disintos  
Asisten á mis héroes en su récia

Caballeresca lid; bajo sus plintos  
Los templos de la Cruz no dan ya paso  
A Vénus ni á Pluton, ni en los recintos

De la Alhambra jamás trotó el Pegaso :  
Que el rayo vivo de la Fé Cristiana  
Cegó á las Musas y quemó el Parnaso.

Hallarás en mi libro, á la Africana  
Usanza, algo escesiva galanura,  
Pues fiel la lira con la accion se hermana

Y el tono que la dá seguir procura :  
Mas no el poema juzgues de la vaga  
LEYENDA DE AL-HAMAR por la lectura.

Su narracion fantástica divaga  
Enfática y difusa á cada punto  
Por su argumento celestial, que alhaga

Tal vez, mas tal vez cansa ; su conjunto  
Ni en forma, ni en estilo dá en efecto  
De mi poema idea, aunque su asunto

Se encuentra al del poema tan afecto  
Que, á faltar la leyenda, desmembrada  
Su accion pareceria é imperfecto

Su plan, como palacio sin portada.  
Tal es mi obra.— Ahora penetremos,

Muriel, en el recinto de GRANADA.

¡Y ojalá que á sus términos estremos,  
Como á risueño fin de alegre viaje,  
Al compás de mi cántico lleguemos!

¡Y plegue á Dios que el bárbaro ropaje  
De mi cuento Muslim vuelva con pompa  
Manto imperial el albornoz salvage!

¡Y plegue á Dios que, cuando el canto rompa,  
Se me torne el laúd que me acompaña  
La de Homérico sòn épica trompa,  
Que el éco lleve de mi voz á España.

### III

## ASPIRACION.

¡Cristiana inspiracion, hija del cielo,  
Que diste sér á mi cancion primera,  
De mi ecsistencia en el placer y el duelo  
Guia siempre læal y compañera!  
Tú que, al vestirme mi mortuorio velo,  
Dirás conmigo mi oracion postrera :  
Tú que abrirás con el sepulcro al alma  
De la tranquila eternidad la calma :

Tú que, al soplo de un áura perfumada,  
Con mi espíritu errante has recorrido  
Los desiertos del Africa abrasada,  
Pensil del palmas, de Serpientes nido :  
Y los cármenes frescos de Granada,  
Edén para los Arabes perdido :  
Y los talleres de Albion oscura :  
Y de París la bacanal impura :

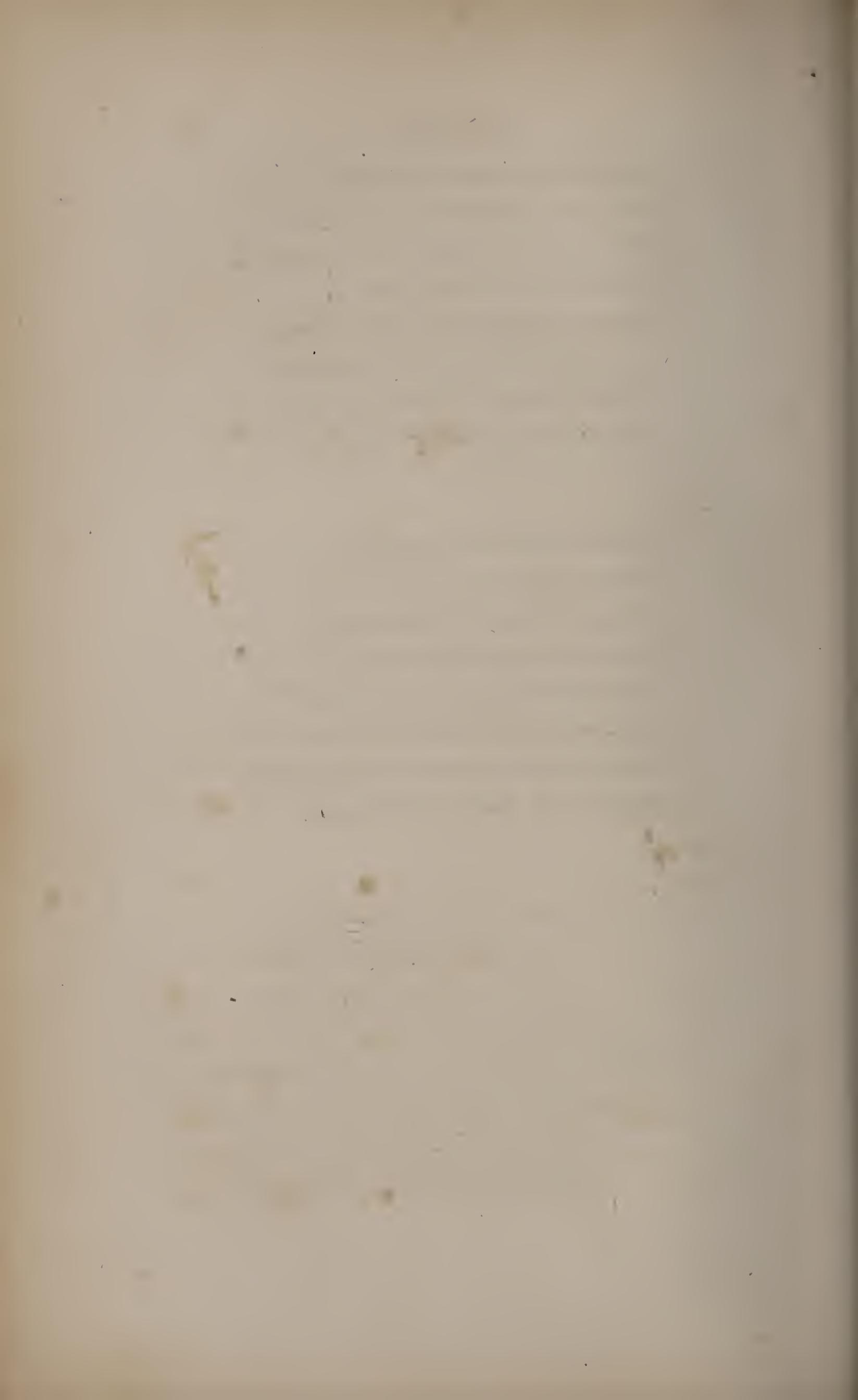
Tú que, perenne, con materna mano  
Conservaste en mi alma por dó quiera  
De la Esperanza el incorrupto arcano  
Y de la Fé la inestinguible hoguera :  
Tú que, al cruzar el arenal mundano,  
Has templado mi sed rabiosa y fiera  
Aplicando á mis labios la ambrosía  
Del cáliz de la dulce poesía :

No me abandones hoy que necesito  
Purificar y esclarecer mi idéa,  
Al fuego santo del fanal bendito  
Dó inflamó Dios tu inestinguible téa.  
Hoy que anhele una voz de eco infinito,  
Que mas que de mortal robusta sea,  
Para enviar á la tierra en que ví el dia  
En alas de un cantar el alma mia.

¡ Inspiracion Católica, mas fuerte  
Que los tres elementos destructores  
De la envidia, del tiempo y de la muerte!  
Ciñe mi sien y mi laüd de flores :  
Mágico encanto en mis palabras vierte  
Y, en brazos de los vientos voladores,  
Del túrbio Sena al pobre Manzanares  
Lleva mi corazon en mis cantares.

Vuela y á España di que todavía  
Sin ira y sin pavor mi voz resuena  
Sobre el festin de la centuria impía,  
Que á sus míseros hijos envenena  
Brindándoles las copas de su orgía,  
Que la revolucion con sangre llena :  
Dila que hasta que espire en mi garganta  
Celebrará su gloria y su Fé santa.

---



## CUATRO PALABRAS DEL AUTOR.

---

« Hace cuatro años que emprendí la obra de un poema, cuyo argumento es la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Desde entonces á hoy, los desocupados y los gacetilleros han desperdiciado su tiempo y su tinta en dirigirme anónimos, preguntándome si pienso publicar mi poema el dia del juicio, recordándome la fábula del parto de los montes, y adelantando, con la mas sana intencion del mundo, sus opiniones sobre mi obra, la cual se ha estado hasta hoy en mi cartera, virgen felizmente de su conocimiento. Yo no acostumbro á ocuparme de estos pobres espíritus, que abandonan caritativamente sus negocios por ocuparse de los agenos; pero á los desocupados como á los gaceteros, les recordaré á mi vez

con Cervantes el cuento de aquel loco de Sevilla, que hinchaba los perros con un cañuto, y dándoles una palmadita en la barriga cuando ya los tenía hinchados, preguntaba á los necios que le miraban : « ¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? » ¿Pensarán Vms, digo yo á mis preguntadores, que así se escriben poemas como se hilvanan los chismográficos cuentecitos de sus gacetillas? Estas mezquinas contrariedades, unidas á las desgracias que en estos últimos años me han sobrevenido, y entre las cuales cuento la pérdida de mis padres y de mi hacienda, en lugar de acobardarme y héchome abandonar mis proyectos, han doblado mi fuerza y los han robustecido y ensanchado más cada dia; así es que en vez de un poema he emprendido dos : y en lugar de apartar mi pensamiento de Granada, le han hecho abarcar toda su poética historia. A fuerza de pensar en ella, Granada ha venido á ser para mí objeto de una supersticiosa idolatría, la cual ha absorbido todos mis pensamientos : y como el estudio de esta obra ha sido el amuleto místico que ha defendido mi corazón de los golpes del infortunio, he cobrado á cuanto á ella pertenece un profundísimo cariño. Sus recuerdos me han distraído y consolado en las primeras amargas horas de mi horfandad, y han poblado la solitaria mansion de mi casa paterna con las bellas visiones de sus orientales leyendas, las cuales concluyeron por lanzar de sus aposentos los mús-

tios espectros de mis mayores guarecidos bajo su techo.

Voy, pues, á publicar simultaneamente dos obras distintas, aunque intimamente enlazadas una con otra. La primera bajo el título de CUENTO DE CUENTOS : la segunda con el de GRANADA, POEMA ORIENTAL.

La primera abraza la historia poética de los personajes granadinos, desde el Rey Al-hamar su fundador hasta la leyenda diabólica del Tornadizo, padre del Wazir de su penúltimo Rey Muley Hacén : y la segunda, que es el poema, abarca el período histórico de la conquista, desde el reinado de este último hasta la ocupacion de la capital por los Cristianos. »

Cumpliendo con estas ofertas, hechas en mi prospecto de 6 de marzo de 1851, empiezo hoy la publicacion del POEMA DE GRANADA. La LEYENDA DE AL-HAMAR debia lógicamente colocarse al frente del CUENTO DE CUENTOS y no á la cabeza del poema : pero estando tan hondamente ligada con este, no me ha parecido oportuno separarla de él; ademas de que esta leyenda es una introduccion necesaria al POEMA DE GRANADA, pues al emprender el relato de la estincion de la monarquía granadina, era forzoso recordar su origen. El argumento de esta leyenda es una tradicion árabe. Estos cuentan en ella que un Genio descubrio á Al-hamar un tesoro, con el cual pagó las inmensas sumas empleadas por él en edificar el palacio de la Alhambra, los muros de la ciudad y otros monumentos. Su estilo es

puramente oriental; difuso en las descripciones, hinchado en los conceptos, hiperbólico en las comparaciones y afectando siempre inspiracion y origen divinos. Así cuentan los Arabes sus leyendas, pródigos de las flores de su rica imaginacion, y así he contado yo la de Al-hamar, la cual no es mas que una imitacion de las narraciones y libros árabes.

He añadido á ella una biografía de Mahoma con algunos apuntes sobre sus preceptos y religion, porque he juzgado á propósito dar algunas noticias del legislador y de las creencias de uno de los dos pueblos cuya historia cuento, y porque esta biografía me evita la pesadez de muchas notas sobre Mahoma y el Korán, las cuales entorpecerian la naracion y enfadarian á quien leyere. Este trabajo no es obra mia; traduccion literal en parte y en parte compilacion de la vida del profeta, publicada por Sabary al frente de su traduccion del Korán, llena completamente mi objeto y sobrepuja á cualquiera otra obra de este género que yo hubiera podido producir.

Para evitar confusion, he colocado las notas de cada libro ó canto al fin del tomo al cual pertenecen: y las de la fantasía al Sr. Muriel con las de la LEYENDA DE AL-HAMAR á la conclusion de esta. Soy acaso demasiado difuso en las notas de esta leyenda por dos razones: la primera, porque los que no conocen el pais y monumentos árabes de Granada, no tomen mis descripcio-

nes por ecsajeracion de mi fantasía : y la segunda, porque si el público acoje favorablemente mi obra, añadiré á ella un tomo de ilustraciones, el cual contendrá las vistas y planos de la Alhambra y Jeneralife y todas las inscripciones legibles de estos edificios, impresas en caracteres árabes y con la traduccion castellana al frente, las cuales tal vez difieran de las que copio en estas notas ; cuyo trabajo, ademas de ser útil á los artistas y curiosos que visiten estos lugares, servirá tal vez de estímulo para propagar el estudio de la lengua árabe en nuestro pais, y para impedir á los gobernadores y alcaldes encargados de la custodia de los monumentos moriscos, embadurnar, encalar y destruir aquellas labores que ellos tienen por caprichos insignificantes, y que son las mas de las veces datos históricos utilísimos.

El lector hallará alguna variedad en los nombres de los Moros : pero puede fiarse de su autenticidad. Ademas de que el estudio que he hecho de la lengua Arabe me permite leer estos nombres en la lengua africana, y escribirlos en la castellana con las mismas letras que en aquella, los he consultado con personas mas entendidas que yo, árabes de raza, educadas en Africa, y para quienes el árabe es la lengua materna : escribo sin embargo muchos en la forma incorrecta que les han dado los historiadores cristianos, para no desfigurar á la vista del lector los que ya están confirmados, por decirlo así, por la tradicion. Al fin del poema se hallará un voca-

bulario de las voces de origen árabe empleadas en él, el cual dará luz sobre el de las muchas que se conservan entre nosotros : aunque en esto no seré muy extenso, pues no me acosa el prurito de hacer ostentacion de saber, sinó el deseo de apoyar las razones que me han impelido á innovar algunas palabras.

Habia pensado anteponer á mi poema un académico y razonado discurso con nombre de prólogo, obra desde luego de algun amigo mio, pero persona de alta reputacion literaria y de grande autoridad, para que le sirviese de escudo y proteccion y preveniera en su favor la opinion pública manifestando abiertamente la parcialidad de la suya ; pero he desistido de semejante pensamiento, porque he reflexionado que, si el poema fuere bueno, no necesitará de proteccion : y si fuere malo, no bastarán para protegerle todas las autoridades reconocidas de la Cristiandad y del Islamismo. El que crea, empero, que con él pretendo realizar la novena maravilla (dado que el Escorial sea la octava) y asombrar al mundo con un poema épico, está en un error y me honra mucho suponiéndome tan sobrado de alientos. Mi obra, á la cual notará el discreto que llamo *poema oriental*, no es mas que una enorme leyenda, en la cual otro ingenio mas competente hallará reunidos los materiales necesarios para construir el clásico edificio de la magnífica epopeya encerrada en la época de la conquista de Granada. Avergonzado al ver que extranjeros

autores han llamado antes que nosotros á las puertas de la Alhambra, ya con el grosero aldabon de la novela descabellada é insulsa, como Florian : ya con el martillo de oro de la juiciosa y galana historia, como Wasington Irving, héme arrojado á abrir el cancel de su misterioso alcázar al genio feliz á quien sea dado apoderarse de su encantado recinto. Tales son, y no otras, las limitadas pretensiones de mi poema.

A los desocupados escritores de anónimos y á los autores rapsodistas, á quienes apesara desdichadamente la reputacion agena, pero que no pueden labrarse la propia sino royendo los talones de los que van delante de ellos, en su incapacidad de abrirse por sí mismos un camino, les aconsejaré que antes de seguirme á Granada, den una vuelta por Toledo, donde hallaran á mi buen amigo el Señor Don Leon Carbonero y Solís quien con honra suya y provecho de la juventud, esplicá en aquella ciudad la lengua árabe, y el cual, con su rica erudicion oriental y poética y su eceselente método de enseñanza, les pondrá tal vez con el tiempo en estado de caminar conmigo por los senderos montañosos que conducen á la real alcazaba de la Alhambra.

A los literatos que, á pesar de lo espuesto, me supongan mas ambiciosos intentos ó mas vanaglorioso amor propio, dispuestos á no ver de mi obra mas que los defectos, hijos naturales de una temeraria osadía ó de una quijotesca vanidad : y á los sábios criticos que quieran

aprovechar la ocasion de lucir sobre GRANADA sus académicas disertaciones y sus artículos enciclopédicos, les contaré solamente un cuento, que estoy sintiendo correrseme el papel por los puntos de la pluma : el cual, aunque viejo, espero que les ayude á formar su juicio sobre mi poema, si le lëen : que sí le leerán, pues yo procurare darselo despacito para que le rúmien y digieran.

Lidiaba una tarde en la plaza de Sevilla el famoso Pedro Romero, el diestro de mejor trapo y mas certero pulso que pisó jamás arena de redondel. Llegado el caso de estoquear un toro de mal trapío y torcida intencion que, empeorado con la lidia, tomaba el bulto y dejaba el capote, comenzó Romero á trastearle cuidadosa y maestramente, arrastrándole la muleta para encariñarle á ella y traerle despues sin riesgo á una estocada por los altos y á una muerte de buena ley. Un chusco Sevillano, mozo y rico, decidor y zambbrero, amigo de los ganaderos y concedor de las marcas de sus ganaderias, apadrinador de la gente de cuadrilla, acompañador de los encierrros y presenciador de los apartados, donde gustaba lucir el potro cartujano, la manta jerezana, la espuela baquera y el castoreño apresillado, y gran partidario en fin de Costillares, hallando sin duda largo el juego de Romero, cuyo riesgo no comprendia, y pareciéndole la ocasion oportuna para zumbarle en presencia de su rival, empezó á decirle con no poco esforzadas voces y dejo no menos provocador : « ¡ Bueno,

señor incomparable, bueno : que vá á llevar ese toro mas pasos que las procesiones del viérnes santo ! De matar se trata, que no de pasar esa obeja mansa. ¡ Que no se diga que por tanto pase se pasa el tiempo y no se pasa la pavura ! ¡ Vamos : un puntazo por lo que sea !... y que no haya que dar á esa espada una compañera sacada de las costillas como nuestra madre Eva. » La alusion á costillares produjo el efecto que el chusco deseaba, y aplaudieron sus partidarios y rieron los de los tendidos ; lo cual oyendo Romero, dejando plantada á la fiera y á los espectadores suspensos, llegose bajo el palco del zumbador mancebo, la muleta recojida en la zurda y el estoque suspendido en el dedo corazon, y dijole con aquella sorna peculiar de la gente de plaza : « Su mercé parece por sus razones profesor del arte, y se vé à la legua lo acostumbrado que está á dar lecciones como maestro : con que no lo deje por poco y tome sin cortedad el lugar que le corresponde, que yo estoy pronto á escucharle. Baje, pues, su mercé y hágame su esplicacion à la cabeza de la rés. »

Y decia bien Pedro Romero : las lecciones de torear se dan à la cabeza del toro.

Paris, 15 abril, 1852.

JOSÉ ZORRILLA.

---



# LEYENDA

DE

MUHAMAD AL-HAMAR EL NAZARITA

REY DE GRANADA

DIVIDIDA EN CINCO LIBROS

——  
ولاغالب الا الله ،

——



**LIBRO DE LOS SUEÑOS.**



## INTRODUCCION.

En el nombre de Aláh clemente y sumo  
Que dá sombra á la noche, luz al dia,  
Voz á las aves y á las yerbas zumo :  
Cuya suprema voluntad podria  
Tornar de un soplo el universo en humo,  
Y que atesora en mi su poesia,  
Escrita os doy para su eterna gloria  
Del principe Al-hamar la régia historia.

Bálsamo que disipa la amargura,  
Luz del pesar sombrío ahuyentadora,  
Es su sabrosa y celestial lectura  
Risueña como fuente saltadora,  
Grata como del campo la verdura,  
Bella como la grana de la aurora,  
Tierna cual de la tórtola las quejas,  
Dulce como el panal de las abejas.

Destila de sus versos ambrosía  
Su dulce narracion maravillosa :  
Exhala su fecunda poesía,  
Grato como la esencia de la rosa,  
Mágico són de incógnita armonía;  
Y cual lluvia de abril, que lenta posa  
Sus gotas en la flor, vierte en el alma  
Su amena relacion plácida calma.

Encierran sus conceptos peregrinos  
Misteriosa virtud y fuerza varia :  
Aplacan el rigor de los destinos  
Elevados á Aláh como plegaria :  
Regalan á quien lee sueños divinos  
Leidos en la alcoba solitaria,  
Cuya influencia y compañía amiga  
Calman del cuerpo la mortal fatiga.

No hay sér bajo el imperio de la luna  
Que su leccion sagrada no comprenda,  
Ni Aláh produjo criatura alguna  
Que no sienta placer con su leyenda.  
El pez á quien abriga la laguna,  
El ave que del árbol hace tienda,  
La fiera que entre rocas se sepulta,  
El reptil que en los céspedes se oculta :

Y en su colmena el zumbador insecto,  
Y en su corteza el rööedor gusano,  
Y el árbol récio en su vigor perfecto,  
Y el aire inquieto en su vagar liviano,  
Y el sordo incendio en su humear infecto,  
Y en su ciego furor el oceáno,  
Prestan oido respetuoso y grato  
Al armónico són de su relato.

Esculpido en las hojas de sus flores  
Se guarda en el Edén por altos fines :  
Y los justos en él habitadores,  
Los ángeles que velan sus confines,  
Las hurís que alimentan sus amores  
Y los genios que pueblan sus jardines,  
Gozan en descifrar sus caracteres  
En la paz de sus místicos placeres.

Tal es la historia peregrina y bella  
Que os doy en estas hojas estendida,  
Para que el pasto y el deleite de ella  
Os alivien las penas de la vida :.  
Pues la luz que en sus páginas destella  
Despierta el alma á la virtud dormida,  
Y eleva el corazon y el pensamiento  
A la pura region del firmamento.

Y aunque en idioma terrenal y humano  
Para la humana comprension la escribo,  
De espíritu mas alto y soberano  
Su luminosa inspiracion recibo.  
Guia mi corazon, guia mi mano  
Sér á quien dentro de mi sér percibo,  
Y el genio ardiente que en mi pecho habita  
La palabra me dá que os doy escrita.

Leedla pues; y el ámbar que perfuma  
Del Paraíso la mansion divina,  
Y el resplandor que de la esencia suma  
Derramado los mundos ilumina,  
Y el rumor que levantan con su pluma  
Las alas de Gabriel cuando camina,  
Embalsame y alumbre y dé contento  
A cuantos lean el divino cuento.

---

Nació Al-hamar y sonrió el destino  
Contemplándole amigo : la fortuna  
Fijando un punto su inconstancia vino  
Amorosa á mecer su blanda cuna :  
Y, el curso de su carro diamantino  
Parando en el zenít, la casta luna  
Tendió desde él con maternal cariño  
Tierna mirada sobre el régio niño.

Del ángel que custodia su persona  
Bajo las alas de perfume llenas,  
Dió sus primeros pasos en Arjona  
Sobre el tapiz fragante de azucenas  
Que dan al pueblo natural corona,  
Sus vegas en redór ciñendo amenas :  
Y sin dolencia corporal alguna  
Llegó á la juventud desde la cuna.

Animo noble y continente bello,  
Porque inspirara afecto y simpatía,  
Dióle el Señor. Espléndido destello  
Puso en sus ojos de la luz del día :  
La gracia de el del cisne dió á su cuello :  
Dió á su voz de las áuras la armonía :  
Dió á su talle lo esbelto de la palma,  
Y el temple de los genios á su alma.

Dió el carmin de la aurora y de la nieve  
La limpieza á su tez ; dió á su cintura  
La grave majestad con que se mueve  
El leon, y del corzo la soltura :  
Del sabio á su palabra dió lo breve,  
La paz del niño á su sonrisa pura,  
Y al corazón sin miedo y sin codicia  
La fé, la lealtad y la justicia.

Diestro en la lid, en el consejo sabio,  
Seguro en la virtud, fuerte en la ciencia,  
Modesto en la victoria, en el agravió  
Perdonador y sóbrio en la opulencia :  
En la mano la dádiva, en el labio  
El consuelo y la paz, de la violencia  
Castigador, y hermoso en la persona,  
Nació digno Al-hamar de la corona (1).

Chispa encendida de la fé en la hoguera  
Su estrella fué. Su celestial influjo  
En el herial de la vital carrera  
Por luminosa senda le condujo.  
La ventura tras él fué por dó quiera,  
Su presencia dó quier el bien produjo ;  
Amigos y enemigos le admiraron  
Y la historia y el tiempo le afamaron.

Luchas civiles de la gente mora  
Le llamaron urgentes á la guerra,  
Y lidió con honor desde la aurora  
Hasta que en sombra se sumió la tierra.  
Llevó al fin su bandera vencedora  
Del verde valle á la nevada sierra :  
Y de un día de abril en la alborada  
Aclamado por rey entró en Granada.

Pequeña poblacion recién tendida  
En el seno amenísimo de un valle,  
Por donde Darro en sonora huida  
Abre á sus hondas perfumada calle,  
Era entónces Granada, y parecida  
A africana gentil de suelto talle,  
Que fatigada en calurosa siesta  
A la sombra durmióse en la floresta.

Y cuando digo poblacion pequeña  
A la de hoy la imagino comparada :  
Pues no era entónces cual despues fué dueña  
De dilatados términos Granada.  
Bella ciudad de situacion risueña  
Y de bizarros Arabes poblada,  
Era ciudad no grande, no opulenta,  
Mas ya por su valor tenida en cuenta.

A una orilla del Darro que mojaba  
De sus labradas puertas los umbrales,  
(Por bajo de la *cádima alcazaba* (2)  
Ceñida de murallas colosales)  
Un barrio se estendia que habitaba  
Raza de los egipcios arenales  
Oriunda : gente audaz, de miedo agena,  
De negros ojos y de tez morena.

Tribu, como nacida en el desierto,  
En sus gustos voluble y pareceres,  
De este jardin á su escasez abierto  
Doblemente apegada á los placeres.  
Sus blancas azoteas eran huerto  
Cuidado con afan por sus mugeres,  
Y sombreaban sus altos miradores  
Toldos fragantes de enredadas flores.

Gozaban de sabrosos alimentos,  
Ocio oriental y cómodo vestido;  
Cercaban sus alegres aposentos  
Blandos cojines de sutil tejido :  
Revestia sus limpios pavimentos  
Mármol de Macäel blanco y pulido,  
Los muros preciosísimo estucado  
Y el friso trabajoso alicatado (3).

Sostenian los ricos arquitraves  
De sus claros moriscos corredores  
Columnas ligerísimas. Sus naves  
Adornaban arábigas labores,  
Sutiles cual la pluma de las aves,  
Tan brillantes como ella en sus colores;  
Frutales desde el huerto á las ventanas  
Alargando limones y manzanas.

Sus patios, que en albercas espaciosas  
Reciben unas aguas cristalinas  
Al cuerpo gratas y al beber sabrosas,  
Pilas eran de baño alabastrinas  
Sembrado el borde de arrayan y rosas,  
Donde las bellas moras granadinas  
El seco ardor de la mitad del año  
Ahuyentaban de sí con fresco baño.

Y en las serenas noches del estío,  
A la luz misteriosa de la luna,  
Al són del agua del plateado rio,  
Y al compás de una cántiga moruna,  
(Dulce recuerdo del pais natio  
Que no se olvida en la mejor fortuna)  
Sentábanse á danzar en la ribera  
La alegre *Zambra*, y la *Jeíz* ligera.

Tal fué la tribu y las mansiones tales  
Que á una márgen del Darro se estendian,  
Mirándose en sus líquidos cristales  
A cuyo són los dueños se adormian :  
Y tan gratas sus casas orientales  
Eran, tal el contento en que vivian,  
Que con justicia los que en él moraron  
El *barrio del deleite* (4) le llamaron.

La otra ribera del sonante rio  
Era una verde y desigual colina,  
Cuya enramada falda daba umbrío  
Y ancho tapiz al agua cristalina,  
Y cuyo lomo, seco en el estío,  
Fundamento á una torre casi en ruina,  
Que sirviendo á dos términos de raya  
Era alminar á un tiempo y atalaya.

Domínase en la cumbre de esta altura  
La estension de la vega granadina,  
Rica alfombra de flores y verdura  
Que tendió ante sus plantas la divina  
Mano de Aláh : tesoro de frescura,  
Manantial de salud y peregrina  
Mansion de toda dicha, cuyas suaves  
Auras encantan con su voz las aves.

Ven desde allí los ojos embebidos  
Cien alegres y blancos lugarejos,  
Que de palomas asemejan nidos  
Entre las verdes huertas á lo lejos ;  
Y montes cien que, por el sol heridos,  
Descomponen su luz con mil reflejos  
Que lanza el agua y el metal que encierra  
Pródiga madre su fecunda tierra.

Allí anidan al par todas las aves  
Y se abren á la par todas las flores :  
Con la rápida alondra águilas graves,  
Con la murta el clavel de cien colores ;  
Se respiran allí cuantos las naves  
De oriente traen balsámicos olores,  
Y allí da el cielo deliciosas frutas,  
Y encierran minas las silvestres grutas.

Allí, bajo aquel cielo transparente  
Donde vieron su Edén los Africanos,  
Hállase aún en idéal viviente  
La muger de contornos sobrehumanos,  
De ojos de luz y corazón ardiente,  
De enano pié y anacaradas manos,  
Cuya generación guardarán solas  
Las árabes provincias españolas.

Moran allí esas célicas huries,  
Que pintan las musulmicas leyendas  
Reclinadas en frescos alhamies (5),  
Sobre lechos de azahar, bajo albas tiendas ;  
Cuyos labios de rosas y alhelies  
Guardan, de ardiente amor sabrosas prendas,  
Palabras que embelesan los oídos  
Y besos que adormecen los sentidos.

Aquellas celestiales hermosuras  
Que coloca el Korán en su divina  
Fantástica mansión de las venturas,  
Cuya mirada el iris ilumina,  
Cuyo aliento desparce esencias puras,  
Cuyo seno y espalda alabastrina,  
Velando mal sus mágicos hechizos,  
Negros circundan y flotantes rizos.

Véense de el cerro aquel gigantes cimas  
Que eternas cubren seculares nieves,  
Donde por grietas mil sus hondas simas  
Rios destilan en arroyos breves :  
Y allí, cosechas para dar opimas,  
Refréscanse al pasar las áuras leves,  
Que bajan luego á fecundar la Vega  
De las fuentes al par con que se riega.

Vése tambien por el siniestro lado  
El valle de Genil, cuyos raudales  
Bañan la verde amenidad de un prado  
Cubierto de avellanos y nopales.  
Gózase allí de un aire perfumado  
Con el subido olor de los frutales,  
Del cantueso, tomillo y mejorana,  
Que el áura mueve al revolar liviana.

Y entre este barrio de delicias lleno  
Y esta florida y desigual colina,  
Se estiende el valle cuyo fértil seno  
Fecunda el Darro que por él camina :  
Y es el lugar mas grato y mas ameno,  
La situacion mas bella y peregrina  
De cuantas rio fertiliza y baña  
En la estension de nuestra rica España.

Aquí, pues, á la márgen de este rio,  
En la aromada falda de esta altura,  
En una noche límpida de estío,  
Y al són del agua que á sus pies murmura,  
Arrobado en estraño desvarío  
La alameda cruzaba á la ventura  
Al-hamar, que en paseo misterioso  
Olvidaba las horas del reposo.

Unico sér con movimiento y vida  
En la nocturna soledad errando,  
Sin que la tierra por su pié oprimida  
Crujir se oyera con el césped blando  
De que la tierra inculta está mullida,  
Algun insomne le juzgó temblando  
Alma que torna á visitar la huesa  
Del cuerpo en cuya cárcel vivió presa.

Flotaba suelto el alquicel nevado,  
Blanqueaba del turbante el albo lino,  
Y relucia en piedras engastado  
El puño del alfange damasquino :  
Y este blanquear y relucir callado,  
A intervalos oculto del camino  
Entre los troncos que al pasar cruzaba,  
Fáz de vision á su persona daba.

Y tal avanza silenciosa y lenta  
Del solitario valle en la espesura,  
Y al verla calla el ruiseñor que cuenta  
Sus amores al áura, y á la hondura  
Del rio se desliza soñolienta  
La culebra enroscada en la verdura,  
Y el vuelo tiende á la contraria orilla  
Espantada la tímida abubilla.

En tanto el noble príncipe, sumido  
En el mar de sus propios pensamientos,  
Ni atiende al ave que ahuyentó del nido,  
Ni al reptil que saltó, ni á los acentos  
Que el ruiseñor ahogó : y embebecido  
Continúa avanzando á pasos lentos,  
Hasta perderse en la arboleda oscura  
Que se espesa del valle en la angostura.

Formaba esta recóndita arboleda  
Un estendido bosque de avellanos,  
Guardador de una espesa moraleda  
Donde sus utilísimos gusanos  
Daban por fruto delicada seda,  
Que labrada despues por diestras manos  
Iba en preciosas telas y tejidos  
A todos los mercados conocidos.

Brotaba una sonora fuentecilla  
En medio de esta fértil enramada,  
Vertiendo sus cristales por la orilla  
De tilos aromáticos orlada.  
Hallábase en redór, con maravilla  
De los ojos, la tierra cultivada,  
Y (obra admirable de cuidadosas manos)  
Hechos jardin los céspedes villanos.

Corria allí suavísimo el ambiente  
Cargado con la esencia de mil flores,  
Y al respirarle huían de la mente  
Los pensamientos tristes, sinsabores  
Y duelos ahuyentando; y la corriente  
Del manantial remedio á los dolores  
Era del cuerpo débil, cuyos males  
Cedian al beber de sus raudales.

Lugar divino en la region humana  
Colocado era aquel: retiro augusto  
De algun Genio de estirpe soberana  
Que el sacro Edén abandonó por gusto:  
Destierro acaso de una huri que vana  
Apreció su beldad mas que fué justo:  
Cita acaso de un Silfo en sus amores:  
Lecho tal vez del Angel de las flores.

Allí á Al-hamar inspiracion secreta  
A hallar condujo solitario asilo,  
Y allí al mirarse en soledad completa  
Erguió la frente y respiró tranquilo :  
Y á la sombra y al són que esparce inquieta  
La estensa copa de oloroso tilo,  
Sentóse alzando la real mirada  
Al cielo azul de su gentil Granada.

Y allí á sus hondos sentimientos dando  
Pábulo y campo en la mansion del pecho,  
Con la influencia del lugar hallando  
A ellos el corazon menos estrecho,  
Poco á poco la espalda reclinando  
Fué de la yerba en el mullido lecho,  
Y poco á poco deleitosa calma  
Le aquietó el corazon, le arrobó el alma.

El canto de las aves anidadas  
En el ramaje fresco, el campesino  
Aroma de las hojas, oreadas  
Con manso són por el errante y fino  
Aliento de las brisas perfumadas,  
Y el suave arullo del raudal vecino,  
Daban al sitio en que Al-hamar yacia  
Célica paz y mágica armonía.

Ansiaba el rey grandeza venidera,  
Gloria, poder, celebridad futura :  
Ansiaba que su corte la primera  
Fuese en valor, en lustre y en cultura :  
Ansiaba darla fama duradera  
Con prodigios de rica arquitectura :  
Mas via al par escaso su tesoro  
Para hacer realidad sus sueños de oro.

Gozaba su exaltada fantasía  
Con la bella ilusion de sus intentos :  
Sus soberbios alcázares veía  
Llenar la tierra y dominar los vientos :  
Admiraba la gala y simetría  
Que daba á sus labrados aposentos,  
Y en sus doradas letras africanas  
Leía ya las suras musulmanas.

Pensaba en las mil torres de los muros  
Que á su noble ciudad dieran confines,  
Fuerza rëal y limites seguros :  
Pensaba en la estension de sus jardines,  
Asilos del deleite, y en los puros  
Baños, y en los ocultos camarines  
Del voluptuoso Harén de las mugeres,  
Santuario del amor y los placeres.

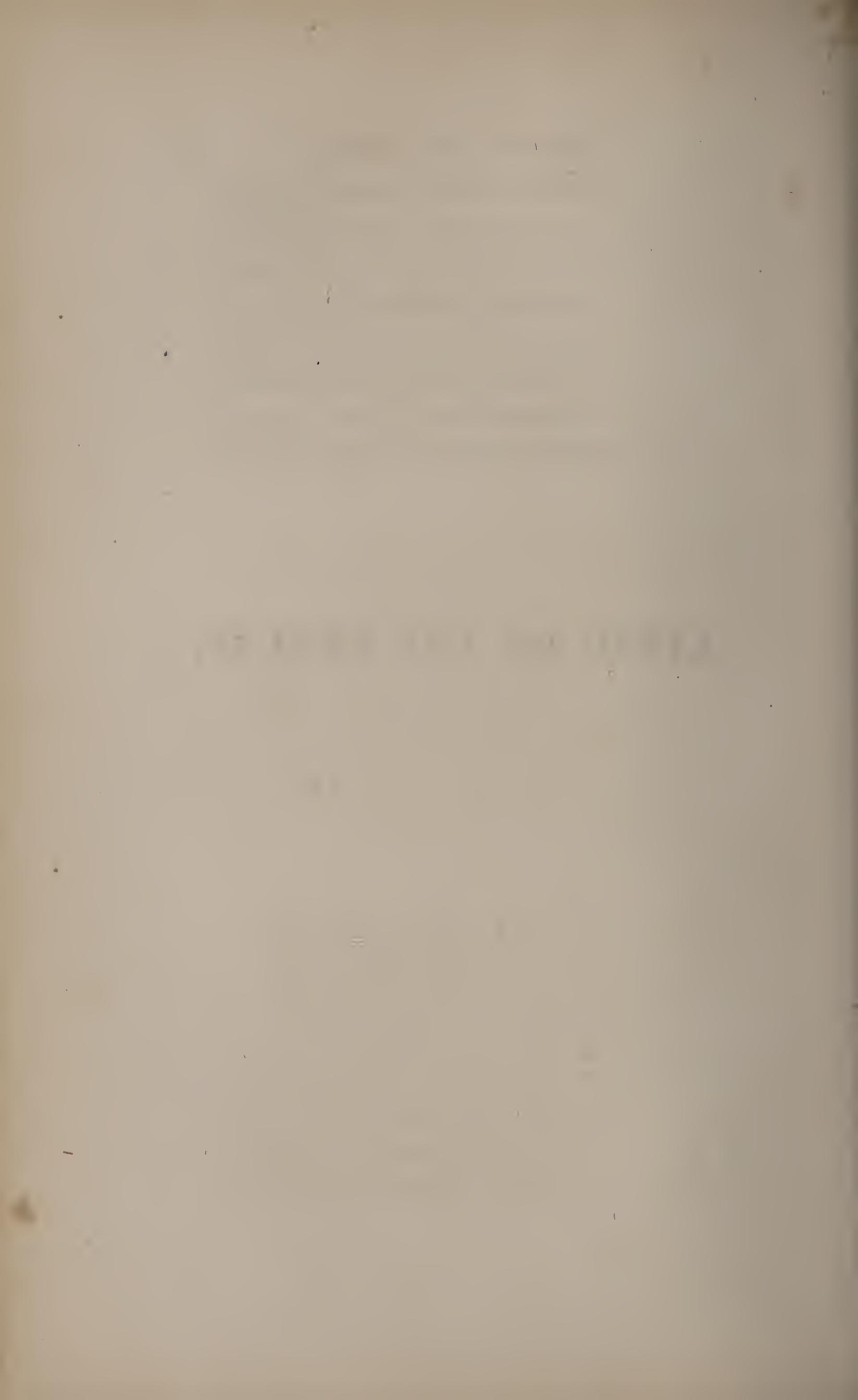
Y embebecido en pensamientos tales,  
Y embrigado tal vez con la esperanza  
De hacer un dia sus proyectos reales,  
Si la fortuna amiga en la balanza  
Su ambicion y poder ponia iguales  
Guiando el porvenir siempre en bonanza,  
No percibió el dulcísimo beleño  
Que iba en sus miembros derramando el sueño.

Poco á poco sus párpados cedieron  
A lenta pesadez, y sus pupilas  
La claridad y la vision perdieron ;  
De los árboles mil las verdes filas,  
De las aves y fuentes se le fueron  
Borrando las imágenes tranquilas :  
Y su imaginacion quedando en calma,  
De la vigilia al sueño pasó el alma.

Dos veces intentó los ojos vágos  
Echar en rededor y á los sonidos  
Atender, para alzarse haciendo amagos ;  
Pero cedieron otra vez rendidos  
Sus párpados y miembros : anchos lagos  
De sombra cada vez mas estendidos  
Envolvieron su inquieta fantasía,  
Y un instante despues... el rey dormia.

En calma universal, en paz completa  
Quedó el frondoso valle, y la vecina  
Corriente del arroyo y la áura inquieta  
Le arrullaron con suave y campesina  
Música. — Y en tal cláusula el poeta  
Interrumpe su historia peregrina,  
De agua y aire los sonos halagüeños  
Poniendo fin al **LIBRO DE LOS SUEÑOS.**

**LIBRO DE LAS PERLAS.**



En el sagrado nombre del que en el orbe impera  
Oculto del espacio trás la cortina azul,  
Que arregla de los astros la incógnita carrera,  
Señor de las tinieblas, origen de la luz,  
Del LIBRO DE LAS PERLAS comienzo la escritura  
En verso claro y fácil á comprension comun.  
Leed ; ¡ y plegue al cielo que os sea su lectura  
Raudal de fé sincera, venero de salud !

¡Oh genios invisibles, que errais en las tinieblas (1)  
En grupos impalpables, sobre alas sin color !  
Vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas,  
Que amigos de las sombras aborreceis al sol :  
Vosotros, cuya ciencia comprende los mil ruidos  
Que pueblan el espacio con misterioso són,  
Y comprendeis los cantos, murmullos y gemidos,  
Con que susurra el árbol y canta el ruiseñor :

Vosotros, que asaltando con silencioso vuelo  
Los áureos miradores del desvelado rey,  
Llenais de miedos vagos sus horas de desvelo  
Con los siniestros ruidos que á su cristal haceis,  
Vosotros, que á la reja del camarín estrecho  
Do la cautiva sueña con su perdido bien,  
Con vuestro aliento puro enviais hasta su lecho  
Mil bellas ilusiones de amor y de placer :

Vosotros, favoritos del genio y la armonía,  
Que á par de las abejas saltais de flor en flor,  
La gota estremeciendo titiladora y fria  
Con que el rocío baña su virginal boton :  
De vuestra poesía verted en mí el tesoro :  
Lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,  
Porque mi mano pueda sacar del arpa de oro  
Las cláusulas que dignas de mi relato son.

Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo  
En la divina empresa que audaz acometí.  
¡ Oh genios de la noche ! divinizad mi canto,  
Y EL LIBRO DE LAS PERLAS guiad hasta su fin.

Guiad en él mi pluma,  
Iluminad mi mente,  
Y á la belleza suma  
De asunto tan gentil

Haced que el pensamiento  
Se eleve noblemente,  
Y llegue al firmamento  
Mi acento varonil.

Yo trazo aquí el relato  
De tan divina historia,  
Yo pinto aquí el retrato  
De tan divino sér,  
Que la palabra humana,  
Ni la mortal memoria  
Querrán con ánsia vana  
Contar y comprender.

Mi historia es tanto bella  
Cuanto la lumbre vaga  
De solitaria estrella  
En recio temporal :  
Cual la cancion doliente  
Que caprichosa maga  
Murmura de una fuente  
Bajo el fugaz cristal.

No hay lengua que la cuente  
Ni mano que la trace.  
El cuadro en vuestra mente  
Fingid mas ideal,

El tono que á vuestra alma  
Mas predilecto place  
Dadle, y la luz, la calma  
Que falta al mundo real.

Encima figuraos  
De secular colina,  
Cuando el nocturno caos  
Platéa el resplandor  
De la modesta luna,  
Que, amante sin fortuna,  
Eterna peregrina  
Del sol trás el amor.

Fingios una estensa  
Riquísima llanura  
Cubierta de verdura,  
Y de caprichos mil  
Llenadla : figuráosla  
En la estacion viciosa  
Que abrir hace á la rosa  
Su pétalo gentil.

El céfiro de aromas  
Cargado nos oréa  
La fáz : brotan las lomas  
Con juvenil vigor

Mil yerbas, con que el viento  
Inquieto juguetéa  
Con manso movimiento  
Y lánguido rumor.

Fingíos una vega,  
Que parte en cien pedazos  
De un rio que la riega  
El líquido cristal,  
Que caprichoso estiende  
Los transparentes brazós  
Dó quier que el cáuce tiende  
Su lecho desigual.

Fingios esta vega,  
Cuya cubierta verde  
Al horizonte llega  
Y en su estension se pierde,  
Poblada de castillos,  
De caprichosas ruinas,  
De alegres lugarcillos,  
De chozas campesinas;

De huertos pintorescos,  
De arroyos cristalinos,  
De bosquecillos frescos,  
De móviles molinos,

De blancos palomares,  
Rebaños, y yeguas,  
Bodegas, colmenares,  
Establos y toradas :

Fingid que en ella alcanza  
La vista por do quiera  
La campesina danza,  
A que en tranquila holganza  
Y en amistad sincera,  
Tras del trabajo ociosa  
Se entrega bulliciosa  
La alegre multitud :

Fingid este relato  
Oido al són sencillo  
(Mas cual ninguno grato)  
Del tosco caramillo,  
Y al trémulo y quejoso  
Balar del cabritillo,  
Y al canto trabajoso  
Del soterrado grillo :

Fingios que, lejana,  
Del monasterio antiguo  
Doblando la campana  
Con su clamor despierta

Al perro, que está alerta  
En el redil contiguo  
Y en demostrar se afana  
Ladrando su inquietud :

Y atento el ojo tiende  
Al campanario viejo  
De donde el són se estiende ;  
Y vé el móvil reflejo  
Del esquilon, que gira,  
Y el resplandor le admira  
Del bronce que repele  
Los rayos de la luz :

Fingíos este suelo  
Tan bello coronado  
Con un hermoso cielo  
De transparente azul,  
En cuyo fondo puro,  
Quebrando el horizonte,  
Sobre el perfil oscuro  
Del apartado monte,  
Por cima del convento  
Mansion de la virtud,

Pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas  
Del árbol sacrosanto de la eternal salud,  
Destácanse en el campo del limpio firmamento  
Los dos abiertos brazos de la cristiana Cruz.

¿Teneis en la memoria  
 Tan mágica pintura?  
 ¿Mirais esta llanura  
 Tan bella cual mi pluma pintároslo intentó?  
 Pues es mas halagüeña,  
 Mas plácida y risueña  
 La celestial historia  
 Que en este libro frágil os voy á contar yo.

El LIBRO DE LAS PERLAS  
 Encierra en sus concetos  
 La historia y los secretos  
 De un Angel favorito de su inmortal Señor.  
 Venid á recogerlas :  
 Que Dios, que el Paraíso  
 Por cuna darle quiso,  
 Dió á par á sus palabras de perlas el valor.

De perlas elegidas  
 En las de mas pureza,  
 Mas precio y mas belleza :  
 Las *perlas de la Gracia*, las *perlas de la Fé* :  
 Las perlas que, vertidas  
 Por su divina mano,  
 Harán del sér humano  
 Que recogerlas sepa un ángel como él fué.

Todo en silencio duerme  
En la arboleda umbrosa  
Donde Al-hamar reposa:  
En calma universal  
Yacer parece inerme  
Naturaleza entera,  
Cual si á sopor cediera  
De atmósfera letal.

La cuádriga argentina  
Del carro de la luna  
Su curso al mar declina:  
Y de su carro en pós,  
Sombria, taciturna,  
Su negro velo tiende  
La lobreguéz nocturna  
Ante la luz de Dios.

La escasa y vacilante  
Que rádian las estrellas  
Dá apenas espirante  
Su postrimer fulgor:  
Reflejo moribundo,  
Que cuando espire en ellas  
Hará del ciego mundo  
Un bulto sin color.

Ya lo es. Do quier se carga  
De espesa sombra, y queda  
Sumida la arboleda  
En densa oscuridad.  
Indefinible encanto  
Do quier la vida embarga;  
Exhala pavor santo  
La muda soledad.

Y hé aquí que en este punto,  
Del fondo de la fuente  
Que arrulla mansamente  
El sueño de Al-hamar,  
La faz resplandeciente  
De un Genio, que ilumina  
La linfa cristalina,  
Se comenzó á elevar.

Tocó en el ház del agua  
Su cabellera blonda:  
Quebró la frágil onda  
Su frente virginal:  
Dejó el agua mil hebras  
Entre sus rizos rotas,  
Y á unirse volvió en gotas  
Al limpio manantial.

Como vapor ligero  
Del lago se levanta :  
Cual de aromosa planta  
Exhálase el olor :  
Cual del albor primero  
Del dia que amanece  
Fantástico aparece  
El vago resplandor :

Del agua cristalina  
Así elevó serena  
Su aparicion divina  
El Genio celestial,  
Cuyo contorno aéreo  
Rodea alba aureola  
Que el valle tornasola  
Con luz matutinal.

Al fuego repentino  
Que en torno á sí derrama,  
Soltó su alegre trino  
Despierto el ruisenor :  
Su voz de rama en rama  
Las áuras estendieron,  
Y en cánticos rompieron  
Mil aves en redor.

Dió un paso en la pradera,  
Y al agitar el viento  
Su rica cabellera,  
El aire se aromó ;  
Dejó escapar su aliento,  
Y cuanto allí vivía  
Su aliento de ambrosía  
Con ánsia respiró.

Y entónces la callada  
Blanca vision llegando  
Donde por sueño blando  
Vencido está Al-hamar,  
Los céspedes por lecho,  
La mano perfumada  
Le puso sobre el pecho,  
Y así le empezó á hablar :

« Ilustre y venturoso  
Caudillo Nazarita (2),  
Tu místico reposo  
Bendice al despertar.  
Tu espíritu, que lucha  
Con mi vision, se agita  
Medroso en vano : escucha  
Mi voz, rey Al-hamar.

« Mi voz es la armonía  
Cuando habla á un sér amigo  
De Dios, y es lo que digo  
Mas dulce que la miel :  
Mi origen es el cielo,  
Mi edad es la del día,  
Mi esencia es el consuelo,  
Mi nombre es Azäel.

« Yo soy un ángel y era  
El ángel mas perfecto,  
El sér mas predilecto  
Del sábio Criador.  
Moraba yo en la esfera  
Mas alta y mas vecina  
A la mansion divina  
De mi inmortal Señor.

« Un día... ¡ día aciago !  
Cruzóme fugitivo  
La mente loca un vago  
Delirio criminal :  
Pensé, mirando altivo  
Mi esencia y mi hermosura,  
Que no era criatura  
A las demás igual.

« Imaginé que origen  
Mas puro y soberano  
Me pudo dar la mano  
Del Hacedor tal vez :  
Mas, ¡ ay ! los que su mente  
Por su altivez dirigen  
Verán cuán torpemente  
Soñó su insensatez.

« Apenas un momento  
Tan orgullosa idea  
Brotó en mi pensamiento  
Y en él lugar la di,  
Tiniebla inesperada  
Cegó mi mente réa,  
Y ante la faz airada  
Del Criador me ví.

« Desnudo ante la vista  
Del Dios que le llamaba,  
Como arrancada arista  
Mi sér se estremeció ;  
La luz de su presencia  
Mi nada iluminaba :  
Juzgóme, y su sentencia  
Así me fulminó.

« Tres siglos es preciso  
« Que llores por tu yerro :  
« Sal, pues, del Paraíso :  
« El globo terrenal  
« Te doy para destierro :  
« Tus nobles atributos  
« Te dejo : nobles frutos  
« Dé tu ábito inmortal.

« Que broten de tus lágrimas  
« En el lugar que mores  
« El gérmen de las flores  
« Y el manantial del bien.  
« Sé allí su luz vivifica,  
« Sé tú su astro benigno,  
« Y vuelve al cielo digno  
« Del celestial Edén. »

Dijo : y tendí mi vuelo  
Llorando hácia la tierra :  
Caí sobre este suelo,  
Y en este manantial  
Do tengo mi retiro  
Mi espíritu se encierra ;  
Yo soy el que suspiro  
De noche en su raudal.

« Yo soy el que velando  
En esta márgen bella  
Pródigo vierto en ella  
La vida y la salud.  
Tú en ella sin respiro  
Me vienes estrechando,  
Y yo la fé te inspiro,  
La ciencia y la virtud.

« Tú luchas por la gloria  
De tu faláz crëencia,  
Y espléndida ecsistencia  
Preparas á tu grey :  
Y yo que sé tu historia,  
Tu origen y tu sino,  
Arreglo tu destino  
Por misteriosa ley.

Si, tu eres una espada  
Que blande agena mano :  
Tú á impulso soberano  
Obedeciendo vás :  
Tú siembras la simiente  
Que encuentras apilada :  
Mas siembras diligente  
Para quien va detrás.

« De aquí me desalojas  
Cuando estos sitios pueblas,  
De aquí conmigo arrojas  
La gracia y el pudor :  
Mas yo ví en las tinieblas  
Resplandecer tus ojos,  
Te conocí, y de hinojos  
Dí gracias al Señor.

« Su vista rutilante,  
Que el universo abarca,  
Posada en tu semblante  
Desde tu cuna está :  
Y el dedo omnipotente  
Sobre tu noble frente  
Grabó la régia marca  
Que á conocer te dá.

« Naciste favorito  
Del genio y de la gloria ;  
Tu nombre és la victoria,  
Tu voluntad ley és.  
Tu tiempo és infinito,  
Tus huellas indelebles,  
Los montes son endeblés  
Debajo de tus piés.

« ¿Tú anhelas un tesoro?  
Mis lágrimas son perlas :  
El Darro te trae oro :  
Plata te dá el Genil (3) :  
Cien minas en tu suelo  
Posées : despierta á verlas,  
Y haz de este valle un cielo  
Para tu grey gentil.

« Encumbra este hemisferio  
Con el poder de oriente...  
Yo en él haré á otra gente  
Plantar su pabellon.  
Yo te daré un imperio,  
Mas tú para pagarme  
Tendrás al fin que darme  
Tu fé y tu corazon.

« A Dios ¡ oh Nazarita !  
Mi aparicion recuerda  
Cuando el pesar te muerda  
Con aguijon de hiel :  
No olvides en tu cuita  
Que abrió sobre este suelo  
La fuente del consuelo  
El ángel Azäel. »

Tal dijo : y el divino  
Sér misterioso alzando  
La mano que posando  
Tenia en Al-hamar,  
Al fondo cristalino  
Volvióse de la fuente,  
Que su cristal bullente  
Sobre él volvió á cerrar.

El ámbar que exhalaba  
Su aliento de ambrosía,  
La luz que derramaba  
Su forma, la armonía  
De que su voz llenaba  
La selva, y el encanto  
Con que su influjo santo  
Divinizó el vergel,

Como neblina leve  
Que desvanece el áura  
Al punto que se mueve,  
Se disipó con él:  
Dudar pudiendo en suma  
La mente deslumbrada  
Si fué vision soñada  
El ángel Azäel.

Tornó á la antigua calma  
Y soledad primera  
El bosque y la pradera :  
Y el príncipe Al-hamar,  
Sintiendo libre el alma  
Del fatigoso ensueño,  
De su tenáz beleño  
Se comenzó á librar.

Su mente oscurecida  
Se iluminó : la historia  
Del sueño en su memoria  
Se comenzó á aclarar ;  
Y al fin, el cuerpo suelto  
De su sopor y vuelto  
A la razon y vida,  
Se despertó Al-hamar.

La vista echando en torno  
Del sitio solitario,  
Reconoció el contorno,  
Mas como al ángel no,  
Sonrisa de desdño  
Mostrando el juicio vario  
Que forma de su sueño,  
En la ciudad pensó.

Pensó que de ella ausente  
Pasó lo noche entera :  
Pensó en su inquieta gente  
Y se aprestó á partir,  
Mirando trás el monte  
Rayar la luz primera  
Del sol que al horizonte  
Comienza ya á subir.

Compuso en la cintura  
La faja tunecina;  
La suelta capellina  
Sobre la espalda echó,  
Y el áura respirando  
Del bosque y la frescura  
Del alba, el césped blando  
Con leve planta holló.

Dió un paso en la pradera,  
Y alzando repentina  
La brisa matutina  
Su vuelo en el vergel,  
Como una miés ligera  
Dobló el ramage umbrío,  
Y sacudió el rocío  
Depositado en él.

Surcaron desprendidas  
Sus gotas el ambiente,  
Cual lluvia transparente,  
Espesa, universal :  
El aire deshacerlas  
No pudo, y esparcidas  
Quedaron como perlas  
Sobre la yerba igual.

Ráfaga empero errante  
La brisa fué : su impulso,  
Durando un solo instante,  
Sin fuerzas espiró.  
Hirguióse la arboleda  
Con rápido repulso,  
Y todo al punto á leda  
Tranquilidad volvió.

Vertió desde la cumbre  
Del monte al hora misma  
El sol su nueva lumbre :  
Deshizo su arrebol  
La atmósfera en su prisma  
De múltiples colores,  
Y abriéronse las flores  
A recibir al sol.

Debajo de la tienda  
De sus plegadas hojas,  
Las clavellinas rojas,  
Los rojos alhelís  
Mostráronle con franca  
Exposicion su ofrenda  
En otra perla blanca  
Cercada de rubís.

Detuvo la indecisa  
Planta Al-hamar : su labio  
Bañó dulce sonrisa  
Su sueño al recordar,  
É incrédulo, si sabio,  
Juzgándolo quimera,  
Tornó por la ladera  
El paso á enderezar.

Y por mostrar desprecio  
De sueños infundados,  
Los céspedes mojados  
Pisaba sin temor,  
Con indignado y recio  
Paso truncando altivo  
El tallo inofensivo  
De una y otra flor.

Mas pronto perturbado  
Su corazon de nuevo  
Latió desconcertado,  
Y comenzó á crëer  
La aparicion soñada  
Del celestial mancebo  
Inspiracion enviada  
Por celestial poder.

De cada flor que rota  
Derriba, ve que intacta  
La desprendida gota  
Resbala, y sin perder  
Su redondez compacta,  
En la mullida yerba  
Entera se conserva,  
Maciza al parecer.

Tendió la régia mano  
A la que más vecina  
Halló ; mas al cogerla  
Reconoció Al-hamar  
Su sino sobrehumano :  
La gota cristalina  
Era una gruesa perla,  
Cual nunca las dió el mar.

Su limpia transparencia,  
Su peso, su tamaño,  
Su origen, tan extraño  
A cuanto oído fué,  
Aclaman infinita  
En número, inaudita  
En precio la opulencia  
Del rey que las posée.

No tiene en las ignotas  
Minas que avara encierra  
Tesoro igual la tierra  
Ni en piedra, ni en metal :  
Cada una de las gotas  
Del celestial rocío  
De plata vale un río  
En precio á un reino igual.

¡ Bendito al que tesoro  
Tal posëer le cabe !  
¡ Bendito el que le sabe  
Empleo digno dar !  
¡ Dichoso el Nazarita  
Amir (4) del pueblo moro,  
En quien está bendita  
La estirpe de Nazár !

Cayó Al-hamar de hinojos,  
Y alzando al firmamento  
Las manos y los ojos  
Con exaltada fé,  
« Señor, dijo, yo admito  
Un dón tan opulento,  
Y á dón tan infinito  
Corresponder sabré. »

Y así Al-hamar diciendo,  
Y el dón agradeciendo  
Que liberal le envia  
La mano del señor,  
Las perlas recogia.,  
Y acaba al recogerlas  
EL LIBRO DE LAS PERLAS.  
¡ De Aláh sea en loor !

**LIBRO DE LOS ALCAZARES.**



¡Granada! Ciudad bendita  
Reclinada sobre flores,  
Quien no ha visto tus primores  
Ni vió luz, ni gozó bien.  
Quien ha orado en tu mezquita  
Y habitado tus palacios,  
Visitado há los espacios  
Encantados del Edén.

Paraíso de la tierra,  
Cuyos mágicos jardines  
Con sus manos de jazmines  
Cultivó celeste hurí,  
La salud en tí se encierra,  
En tí mora la alegría,  
En tus sierras nace el día,  
Y arde el sol de amor por tí.

Tus fructíferas colinas,  
Que son nidos de palomas,  
Embalsaman los aromas  
De un florido eterno Abril :  
De tus fuentes cristalinas  
Sulcan cisnes los raudales :  
Bajan águilas reales  
A bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen  
Con sus trinos y sus quejas  
El afan de las abejas  
Que en tus troncos labran miel :  
Y en tus sauces se detienen  
Las cansadas golondrinas  
A las playas argelinas  
Cuando emigran en tropel.

En tí como en un espejo  
Se mira el profeta santo :  
La luna envidia el encanto  
Que hay en tu dormida faz :  
Y al mirarte á su reflejo  
El arcángel que la guía  
Un casto beso te envía  
Diciéndote : — « Duerme en paz. »

El albor de la mañana  
Se esclarece en tu sonrisa,  
Y en tus valles va la brisa  
De la aurora á reposar.  
¡ Oh Granada, la sultana  
Del deleite y la ventura !  
Quien no ha visto tu hermosura  
Al nacer debió cegar.

¡ Aláh salve al Nazarita,  
Que derrama sus tesoros  
Para hacerte de los Moros  
El alcázar imperial !  
¡ Aláh salve al rey que habita  
Los palacios que en tí eleva !  
¡ Aláh salve al rey que lleva  
Tu destino á gloria tal !

Las entrañas de tu sierra  
Se socavan noche y dia ;  
Dan su mármol á porfía  
Geb-Elvira y Macäel (1) ;  
Ensordécese la tierra  
Con el són de los martillos,  
Y aparecen tus castillos,  
Maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo  
Se concede : palmo á palmo,  
Como á impulso de un ensalmo,  
Se levanta por do quier  
El alcázar portentoso  
Que, mofándose del viento,  
Será eterno monumento  
De tu ciencia y tu poder.

Reverbera su techumbre  
Por las noches, á lo lejos,  
De las teas á la lumbre (2)  
Que iluminan sin cesar  
Los trabajos misteriosos,  
Y á sus cárdenos reflejos  
Van los genios sus preciosos  
Aposentos á labrar.

¿De quién es ese palacio  
Sostenido en mil pilares,  
Cuyas torres y alminares  
De inmortales obra son?  
¿Quién habita el régio espacio  
De sus cámaras abiertas?  
¿Quien grabó sobre sus puertas  
Atrevido su blason?

¿De quién es aquella corte  
De galanes Africanos  
Que le cruzan tan ufanos  
De su noble Amir en pós?  
En su alcázar y en su porte  
Bien se lee su nombre escrito :  
*Al-hamar*. — ¡Aláh bendito,  
Es la ALHAMBRA! — ¡Gloria à Dios!

---

## AL-HAMBRA.

---

¡Salud, favorita bella  
Del Amir mas poderoso!  
¡Salud, tienda de reposo  
De la gloria y el placer!  
¡Vele Dios tu buena estrella,  
Dichosísima señora!  
¿Quién de tí no se enamora  
Si una vez te llega á ver?

Al-hamar vertió en tu seno  
De sus perlas los tesoros,  
Te hizo perla de los Moros,  
Puso reinos á tus piés.  
Noble Reina, de labores  
Tu real manto arrastras lleno,  
Y cada una de sus flores  
Un soberbio alcázar es.

Hermosísima Africana,  
Rie y danza voluptuosa :  
Tu albo seno es una rosa  
En lo fresco y lo gentil.  
Regocíjate, Sultana,  
Rie y danza sin pesares,  
Que el compás de tus danzares  
Llevarán Darro y Genil.

Rie y danza : ¿quién descuella  
Como tú en poder y gala?  
¿Quién compite, quién iguala  
Tu opulenta magestad?  
Donde tú sientas la huella  
Ván sembrando los amores  
La semilla de las flores  
Que perfuman tu beldad.

¿Dónde está la altiva reina  
Que á la par de tí se ostente?  
¿Dónde está la que su frente  
Se corone como tú?  
Son jardines tus cabellos,  
Que aromado el viento peina  
Cuando mayo prende en ellos  
Tocas de verde tisú.

Diadema con que se ciñe  
Tu Granada, son tus brillos  
Del color en que se tiñe  
Roja el alba al purpurar ;  
Tus diamantes son palacios  
Engastados en cintillos  
De murallas de topacios,  
Que deslumbran el mirar.

Y esas bóvedas ligeras  
Cual prendidos cortinages,  
Y esos muros como encages  
Delicados en labor,  
De las manos hechiceras  
De los Genios han salido,  
Que en secreto ha sometido  
A su dueño el Criador.

¡ Régia Alhambra ! ¡ Aureo pebete,  
Perfumero de Sultanas !  
Tus arábigas ventanas  
Son las puertas de la luz.  
El Oriente se somete  
A tus piés como un cautivo,  
Y hace bien de estar altivo  
De tenerte el Andaluz.

## JENERALIFE (3)

### Y GRANADA A VISTA DE PAJARO.

---

Entre lirios mal velado  
El galan Jeneralife  
Da al ambiente enamorado  
Dulces besos para tí;  
Como Ondina que ligera  
Huyendo desde su esquife,  
Vuelto el rostro á la ribera,  
Se los da á quien queda allí.

¿Qué Sultan su alcázar tiene  
De jardines enramado,  
De una peña así colgado  
En mitad del aire azul?  
Con los siervos que mantiene  
El del Bósforo sonoro  
No hará nunca á fuerza de oro  
Otro igual en Estambul.

Del peñon en la alta loma  
Semejando está que vuela,  
Como rápida paloma  
Que se lanza de un ciprés :  
Mas si el ojo se asegura  
De que inmoble está en la altura,  
Le parece una gazela  
Recostada entre una miés.

Sus calados peristilos,  
Sus dorados camarines,  
Sus balsámicos jardines  
De salubre aire vital,  
De los Silfos son asilos,  
Que, meciéndose en sus flores,  
Cantan libres sus amores  
En su lengua celestial.

Y en las noches azuladas  
Del verano, oculta cita  
Trae amantes á las Hadas  
Sus caricias á gozar :  
Y al rayar el alba hermosa  
Que interrumpe su visita,  
En sus alas de oro y rosa  
Tornan vuelo á levantar.

Atalaya de Granada,  
Alminar de escelsa altura  
De la atmósfera mas pura  
Colocado en la region  
¿ Qué no ven de cuanto agrada  
Tus ventanas por sus ojos?  
¿ Qué se niega á los antojos  
Del que asoma á tu balcon?

Junto á tí los Alijares (4)  
Ataviados á lo moro  
En el rio de aguas de oro  
Ven su gala y brillantez;  
Mas allá, sobre pilares  
De alabastro, *Darlaroca* (ö)  
Con su frente al cielo toca,  
Que la sufre su altivez.

A su par los frescos baños  
De las Reinas granadinas,  
Cuyas aguas cristalinas  
Se perfuman con azahar  
Y se entoldan con las plumas  
De mil pájaros estraños,  
Que se ván con grandes sumas  
A las Indias á comprar.

A tu izquierda el montecillo  
Cuyo pié Genil evita,  
Reflejando en sí la Ermita  
De los siervos de la Cruz (6) :  
A tu diestra el real castillo  
Sobre el cual voltéa inquieta  
La simbólica veleta  
Del bizarro Aben-Abúz (7).

Mas allá los cerros altos  
(Cuyo nombre y cuya historia  
Dejarán dulce memoria)  
Del Padúl y de Alhendin :  
Y allá más los grandes saltos  
De las aguas de la sierra,  
Cuya eterna nieve cierra  
De tus reinos el confín.

A tus piés Torres-Bermejas (8)  
Con sus cubos pintorescos,  
Que avanzadas y parejas  
Aseguran tu quietud :  
Y bajo ellas, el espacio  
Respetando del palacio  
De su rey, los valles frescos (9)  
Donde habita la salud.

¡ Oh pensil de los hechizos,  
Bien amado de la luna!  
¿ Qué echa menos tu fortuna  
En la gloria en que te ves?  
Abre, avaro, antojadizo  
Tus moriscos agimeces,  
Y ve qué es lo que apetece  
Con Granada ante tus piés.

¿ De tu vista caprichosa  
Qué no alcanzan los deseos?  
Sus mezquitas, sus paseos,  
Su opulento zacatin (10),  
Su Bib-rambla bulliciosa  
Con sus cañas y sus toros:  
De valor y amor tesoros  
Albunést y el Albaycin (11):

Sus colmados alhoriles,  
Sus alhóndigas rëales,  
Sus sagrados hospitales,  
Régias obras de Al-hamar,  
Todo está bajo tu sombra  
¡ Oh floron de los pensiles!  
De tus plantas siendo alfombra  
Y encantándote el mirar.

¡ Oh palacio de la zambra,  
Camarin de los festines,  
Alto rey de los jardines,  
De aguas vivas saltador,  
Real hermano de la Alhambra,  
Pabellon de áuras süaves,  
Favorito de las aves,  
Y del alba mirador :

De los pájaros el trino,  
De las áuras el arrullo,  
De las fiestas el murmullo  
Y del agua el manso són,  
Dan al ámbito divino  
De tu alcázar noche y dia  
Una incógnita armonía  
Que embelesa el corazon !

Encantado laberinto  
Consagrado á los placeres,  
Tú escalon del cielo eres,  
Tú portada del Edén.  
En tu mágico recinto  
Escribió el amor su historia,  
Y á los justos en la gloria  
Las Huries se la léen.

## AL-HAMAR EN SUS ALCAZARES.

Liberal de sus erarios,  
Protector del desvalido,  
Fiel, léal para el vencido  
Y del sabio amparador :  
Por amigos y contrarios  
Estimado en paz y en guerra,  
Es la egida de su tierra  
Al-hamar el vencedor.

En la paz, rey justiciero,  
Oye atento en sus audiencias  
Y dá recto sus sentencias  
Por las leyes del Korán.  
En la guerra, compañero  
Del soldado, buen guerrero,  
Por valiente va el primero  
Comó va por capitan.

Ostentosa en aparato,  
Costosísima en su porte,  
A los ojos de su corte  
Muestra su alta dignidad :  
Pero al dar con tal boato  
Real decoro á la corona,  
Niega sóbrio á su persona  
Lo que da á su magestad.

No dejado, mas modesto  
En su gala y vestidura,  
Da á su cuerpo limpia holgura  
Y elegante sencillez :  
Y recibe á su presencia,  
Donde quiera al bien dispuesto,  
Con cordial benevolencia  
Al dolor y á la honradez.

Franco, afable, igual, sencillo  
En su vida y ley privada,  
En su pecho está hospedada  
La leal cordialidad ;  
Y depuesto el régio brillo,  
Los amigos de su infancia  
En el fondo de su estancia  
Hallan siempre su amistad.

Sus mas fieros enemigos  
Los Amires castellanos  
Le visitan cortesanos  
Y le piden proteccion :  
Y él les trata como á amigos,  
Con sus nobles les iguala,  
Les festeja y les regala  
Sin doblez de corazon.

Moderado en sus placeres  
Cual frugal en sus festines,  
Da opulento á sus mugeres  
Mesa opípara en su harén (12) ;  
Pero no entra en sus jardines  
Tierno amante ó fiel esposo  
Hasta la hora del reposo,  
Como á un príncipe está bien.

El Korán cuatro sultanas  
Le permite, y como tales  
En sus cámaras rëales  
Alojadas cuatro están.  
A las cuatro tiene vanas  
El amor del Nazarita,  
Mas ninguna es favorita  
En el alma del Sultan.

Las almées y los juglares (13)  
De mas gracia y mas destreza  
Tiene á sueldo, con largueza  
Atendiendo á su placer :  
Y en sus fiestas familiares  
Las prodiga el noble Moro  
Cuanto pueden amor y oro  
Por espléndido ofrecer.

Es su harén del gozo fuente  
Y de fiestas laberinto :  
Estremece su recinto  
Siempre alegre conmocion,  
Y resuena eternamente  
Por los bosques de la Alhambra  
El compás de libre zambra,  
De las músicas el són.

Al-hamar en tanto, á solas  
Con sus íntimos cuidados,  
En el bien de sus estados  
Piensa inquieto sin cesar ;  
Y sobre las mansas olas  
De aquel mar de dicha y calma  
Brilla el faro de su alma,  
Vela el ojo de Al-hamar.

Afanoso, inquieto, activo  
Mientras dura el día claro,  
De los débiles amparo,  
Peso fiel de la igualdad,  
Sin quitar pié del estribo.  
Sin dejar puerta, ni torre,  
Mi mercado, ve y recorre  
Por sí mismo la ciudad.

Por do quier con recta mano  
La justicia distribuye,  
Por do quier sagáz se instruye  
De las faltas de su ley,  
Y la enmienda soberano  
Del bien de su pueblo amigo,  
Porque sirva de castigo  
Y de amparo de su grey.

Así el noble Nazarita,  
Rey y luz del huerto ameno  
De Granada, Edén terreno  
Modelado en el Korán,  
Sus alcázares habita  
De virtud siendo rocío,  
Siendo rayo del impío,  
Y decoro del Islám.

Vencedor, nunca vencido,  
Rey piadoso, juez severo,  
En la lid buen caballero,  
Y en la paz sol de su fé :  
De sus pueblos bendecido,  
De enemigos respetado,  
Y de fieles rodeado,  
El escelso Amir se ve.

Y así mora el Nazarita  
Sus alcázares dorados,  
Misteriosamente alzados  
Del placer para mansion.  
Mas ¿quién sabe si él habita  
Su morada encantadora,  
Y el pesar oculto mora  
En su régio corazon?

Triste, insomne, solitario,  
Como sombra taciturna  
Que á su nicho funerario  
Un conjuro hace asomar,  
A las brechas angulares  
De su torre de Comares  
En la lobreguez nocturna  
Tal vez asoma Al-hamar.

Apoyado en una almena  
De la gigantesca torre,  
Del rio que á sus piés corre  
Oye distraido el són,  
Y contempla en los espacios,  
Que la espesa sombra llena,  
De su corte y sus palacios  
El fantástico monton.

Pertináz á veces mira  
Del fresco valle á la hondura,  
Sombra, espacio y espesura  
Anhelando penetrar :  
Muévase allí el áura mansa  
No más : de mirar se cansa,  
Y el rostro vuelve y suspira  
Melancólico Al-hamar.

¡ Cuántas veces en la almena  
Le sorprende la mañana,  
Y al afan que le enagena  
Tregúas da su resplandor :  
Y sin dar un hora al sueño  
De Granada vuelve el dueño  
De sí á echar lo que le afana,  
De sí mismo vencedor !

Mas ¿quién lee sobre su frente  
El oculto pensamiento  
Que tras ella turbulento  
Lleva al alma de él en pós?  
Solo aquel que da igualmente  
Las venturas y los males,  
Y las dichas terrenales  
Con el duelo acota. — Dios.

Dios, que tierra y mar divide,  
La eternidad sonda y mide,  
Del espacio sabe el límite,  
Y del mundo ve el confin.  
Dios, cuya grandeza canto,  
Y con cuyo nombre santo  
Al LIBRO DE LOS ALCAZARES  
Reverente pongo fin.

---

**LIBRO DE LOS ESPIRITUS**



## RECUERDOS.

---

¿Que flor no se marchita?  
¿Cuál es el fuerte roble  
Que el huracan no troncha  
O el tiempo no carcome?  
¿Que dicha no se acaba?  
¿Que hora veloz no corre?  
¿Que estrella no se eclipsa?  
¿Que sol nunca se pone?

¿Adonde está el alcázar  
En cuyas altas torres  
La tempestad no ruge  
Cuando el nublado rompe?  
¿Quién es el que ha cruzado  
El piélago salobre  
Sin que su nave un punto  
La tempestad azote?

¿Quién fué por el desierto  
Pisando siempre flores?  
¿Ni quién paso la vida  
Sin duelos ni pasiones?  
¿Ni quién es el que en calma  
Durmió todas las noches  
Sin que el pesar un punto  
Tenido le haya insomne?

Ninguno. El rey altivo  
Como el esclavo pobre,  
Al reclinar cansados  
Su frente por la noche,  
Ya en mendigada paja,  
Ya en ricos almohadones,  
Perciben que un gusano  
El corazon les rõe.

Es el afan secreto  
Que agita eterno, indócil  
Al corazon, y gira  
Con la veleta móvil  
Del pensamiento vano.  
¡Dichoso el que conoce  
Que Dios tan solo llena  
El corazon del hombre!

Por eso el Nazarita,  
Que aunque de Dios favores  
Sin tregua ha recibido,  
A humanas condiciones  
Sujeto está, va presa  
De afanes interiores  
Rumiando pensamientos  
Que su atención absorben.

Va solo, atravesando  
El enramado bosque  
Que cubre el fresco valle,  
Donde al mullido borde  
De fuente cristalina  
Que mana entre las flores,  
Un sueño misterioso  
Le embelesó una noche.

Va solo, meditando  
Los ágricos sinsabores,  
Que dánle de su reino  
Civiles disensiones.  
De Dios pesa la mano  
Sobre su pueblo: y torpe  
Tal vez contra sí mismo  
Va á dirigir sus golpes.

¿ Qué han hecho al fin sus sábios  
Proyectos creadores ?

¿ Qué al fin han producido  
Tesoros tan enormes  
Como él ha dispendiado  
Para elevar el nombre  
De su gentil Granada  
Sobre el de cien naciones ?

Cubrió los verdes cerros  
De gigantescas moles :  
Tornó en frondosos cármenes  
Sus valles y sus montes :  
Mas la soñada dicha  
De sus intentos nobles  
¿ Dó está, si á los humanos  
No pudo hacer mejores ?

Riqueza dió á los Moros,  
Con la riqueza dióles  
Poder, victoria, fama...  
Mas dió á sus corazones  
Con ella mas deseos  
Y orgullo y vicio dobles :  
Y al fin ¿ qué es lo que logra ?  
Doblar sus ambiciones.

Con ellas la discordia  
Germina al par : mayores  
Triunfos tal vez alcancen  
Sus armas : tal vez logren  
A empresas mas gloriosas  
Dar cima, y sus pendones  
Clavar sobre los muros  
Que á los contrarios tomen.

Mas ¡ ay cuando su fuerza  
Contra ellos mismos tornen !  
Mas ¡ ay cuando su ciencia  
Se emplee en invenciones  
De pérfida política,  
De códigos traidores  
Que, leyes pregonando,  
Su destruccion pregonen :

Y el reino que él fundara  
De tanto afan á coste,  
Por él seguro acaso  
De estrañas invasiones,  
Tal vez consigo mismo  
Luchando se destroce,  
Y abra á un sangriento circo  
Su alcázar sus balcones !

Tal vez un rey cristiano,  
Sagaz y fuerte entónces,  
Desde Castilla viendo  
Los Arabes discordes,  
La hoguera de sus iras  
Certeramente sople  
Y al frente de Granada  
Presente sus legiones.

Así Al-hamar discurre,  
Con cálculos precoces  
Llorando por Granada,  
La flor de sus amores.  
Así Al-hamar se aflige,  
Y á solas por el bosque  
Se mete, absorto y triste  
Con sus cavilaciones.

Era una hermosa tarde  
De Abril : los resplandores  
Del sol, que á ocaso baja  
Manchando el horizonte  
Con tintas de oro y púrpura,  
Los pardos torreones  
Alumbra de la Alhambra  
Con rayos tembladores.

Ya la última montaña  
A largo andar traspone  
El sol : ya dora solo  
Los altos miradores  
De los palacios árabes :  
Cayendo al fin se esconde  
Tras la montaña entero,  
Y allá la mar le sorbe.

El pálido crepúsculo,  
Que va tras él, recoge  
La luz que al día resta :  
Da un paso mas, y el orbe  
Con cuanto bello abarca  
En lúgubres crespones  
Emboza poco á poco  
La silenciosa noche.

Nubló su espesa sombra  
Los ojos brilladores  
Del distraído príncipe,  
Y al mundo real volvióle ;  
Volver quiso él las bridas  
De su caballo, dócil  
A su llamada siempre,  
Pero rebelde hallóle.

Era el caballo de árabe  
Raza, leal y noble ;  
Mas por la vez mi primera  
Su origen desmintióse.  
La voz de su ginete  
Desconoció : aplicóle  
La espuela y, al sentirla,  
Feróz encabritóse.

Mira Al-hamar en torno  
Si hay algo que le asombre,  
Y al estender la vista  
El sitio reconoce ;  
Junto á la fuente se halla  
A cuyo són durmióse  
Años atrás soñando  
Con célicas visiones.

La idea mas recóndita  
De su cerebro entónces  
Se levantó espantando  
Su corazon. Las dotes  
Divinas del espíritu  
Que allí le habló : los dones  
Que recibió del cielo  
Desque á él aparecióse :

Su celestial historia,  
Sus celestiales órdenes  
Que obedeció arrastrado  
De impulsos superiores:  
De gloria y de opulencia  
Las altas predicciones,  
En todo con sus místicos  
Oráculos conformes,

Todo fué cierto; todo  
Cual lo soñó cumpliése.  
¿ No será, pues, su raza  
Quien sus afanes logre?  
¿ No es, pues, el Dios que adora  
El Dios de sus mayores,  
Y él hizo una diadema  
Con que otro se corone?

Su mente oscurecieron  
Densísimos vapores:  
Dudó: tembló dudando:  
El corazón turbósele,  
Y así exclamó en la sombra  
Con temerosas voces,  
Que ahogó el murmullo manso  
Del manantial y el bosque:

« Espíritu, que el fondo  
« De ese raudal esconde,  
« Yo obedecí sumiso  
« Tus misteriosas órdenes  
« Y soy la sola víctima  
« De tu presencia; tórname,  
« Pues, á la fé primera,  
« O con tu ley abóname. »

Dijo : y, como acosado  
Por invisible golpe,  
Saltó el caballo fiero  
Con repentino bote,  
Por medio de las sombras  
Lanzándose á galope :  
Y el rey arrebatado  
A su pesar sintióse.

## LA CARRERA.

---

### I

Lanzóse el fiero bruto con impetu salvage  
Ganando á saltos locos la tierra desigual,  
Salvando de los brezos el áspero ramage  
A riesgo de la vida de su ginete real.  
El con entrambas manos le recogió el rendage  
Hasta que el rudo belfo tocó con el pretal ;  
Mas todo en vano : ciego, gimiendo de corage,  
Indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,  
Las zarzas y los troncos que el viento descuajó,  
Los calvos pedregales, los cenagosos hoyos  
Que el paso de las aguas del temporal formó,  
Sin aflojar un punto ni tropezar incierto,  
Cual si escapara en circo à la carrera abierto,  
Cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,  
El desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos  
En rápida, loca, confusa ilusion  
Del viento, á los silbos, ya agudos, ya roncós,  
Pasaban al lado del suelto bridon.  
Pasaban luyendo cual vagas quimeras  
Que forja el delirio, febriles, ligeras,  
Risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,  
Girando, bullendo, rodando en monton.

Del álamo blanco las ramas tendidas,  
Las copas ligeras de palmas y pinos,  
Las varas revueltas de zarzas y espinos,  
Las yedras colgadas del brusco peñon,  
Medrosas fingiendo visiones perdidas,  
Gigantes y mónstruos de colas torcidas,  
De crespas melenas al viento tendidas,  
Pasaban en larga fatal procesion.

Pasaban, sueños pálidos, antojos  
De la ilusion: fantásticos é informes  
Abortos del pavor: mudas y enormes  
Masas de sombra sin color ni faz.  
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,  
Pasaban aturdiendo su cabeza  
Con diabólico impulso y ligereza,  
En fatigosa hilera pertinaz.

Pasaban y Al-hamar las percibia  
Pasar, sin concebir su rapidez,  
En mas vertiginosa fantasía,  
En mas confusa y tumultuosa orgía,  
Mas juntas, mas veloces cada vez :  
Y atronado su espíritu cedia  
A la impresion fatídica, y corria  
Frio sudor por su morena tez.

Y en su faz estrellándose el viento,  
La ponía en nerviosa tension,  
Y cortaba el camino al aliento,  
Y prensaba el cansado pulmon ;  
Y, golpeando en sus sienes sin tiento  
De su sangre el latido violento,  
Sus oídos zumbaban con lento  
Y profundo y monótono són.

Ya creía que, huyendo el camino  
Del corcel bajo el cóncavo callo,  
Galopaba sobre un torbellino,  
Mantenido en su impulso no mas ;  
Ya creía que el negro caballo,  
Por la ardiente nariz y los ojos  
Despidiendo metéoros rojos,  
Rastro impuro dejaba detrás.

Ya sorbido por denso nublado,  
Con la lluvia, el granizo y centellas  
De que lleva su vientre preñado,  
Cree que va fermentando á la par ;  
Nubes cruza tras nubes, y en ellas,  
Del turbion al impulso sujetos,  
Mira mil nunca vistos objetos  
Remolinos eternos formar.

De este vértigo horrible transido  
Caminaba á las riendas asido,  
En los corvos estribos seguro  
Y entre el uno y el otro borrén  
Empotrado, dejando abatido  
Por el bruto llevarse en lo oscuro ;  
Y empezaba á perder el sentido  
Del escape mareado al vaiven.

Rendido y las fuerzas perdiendo  
Al vértigo intenso cedió ;  
Y loco el cerebro sintiendo,  
Los ojos cerrar no pudiendo  
La ciega mirada fijó,  
Tenaz contraccion manteniendo  
No mas su equilibrio, y corriendo  
Cual otro fantasma siguió.

Y espacios inmensos cruzando,  
Y atrás á la tierra dejando,  
Las vallas de sombra saltando  
Que cercan el mundo mortal,  
Creyóse su mente perdida  
En tierra jamas conocida,  
Region de otra luz y otra vida,  
De atmósfera limpia é igual.

Y vió que un alba serena  
Con blanquísimos reflejos  
Amanecia á lo lejos  
En esta nueva region :  
Y el alma, exenta de pena  
Cruzando el éter tranquilo,  
Volaba á un eterno asilo  
En otra inmortal mansion.

Suavisimo arrobamiento,  
Deliquio dulce invadióle,  
Y encima del firmamento  
En el Edén se creyó.  
Luz vaga alumbró su mente  
Y ante los ojos pasóle  
El Paraiso esplendente  
Que Mahomad visitó.

El místico y nocturno  
Viaje del Profeta  
Juzgó que iba á su turno  
Sobre el Borak á hacer (1) :  
Y la ilusion sujeta  
A lo que de él relata  
La bóveda de plata  
De un cielo empezó á ver.

Los astros vió suspensos  
De auríferas cadenas  
Y sus lumbreras llenas  
De espíritus de luz :  
Espíritus inmensos (2)  
En formas de caballos,  
De corzos y de gallos  
De enorme magnitud.

Vió islas encantadas  
Flotando en los espacios,  
Con templos de topacios  
Y muros de marfil :  
Y casas fabricadas  
De nácar, cuyas puertas  
De ébano dan abiertas  
Sobre jardines mil.

Alli sobre alhamies  
De cedro y palo-rosa,  
Bajo la sombra undosa  
Del tilo y del moral,  
Yacer vió á las huries  
Que, á mil amores tiernas,  
Conservarán eternas  
Su gracia virginal.

Y atravesó campiñas  
Fresquisimas y amenas,  
De bosques de ámbar llenas  
Y cerros de cristal,  
Y prodigiosas viñas,  
Que en frutos dán opimos  
Las perlas en racimos  
En tallos de coral.

Vió grutas pintorescas  
Por Silfides moradas,  
Cubiertas sus portadas  
Bajo el flotante tul  
De mil cascadas frescas  
Que, atravesando prados  
De hermoso añil sembrados,  
Van tintas en su azul.

Caer las vió en riberas  
Donde reposan mansos  
Los mónstruos y las fieras  
De tierra, viento y mar :  
Y en plácidos remansos,  
El sueño entreteniéndolas,  
Vió cisnes y oropéndolas  
Bañarse y jugar.

Y vió dorados peces  
En tumultuoso bando  
A flor de el agua á veces  
Pacíficos nadar,  
Y á veces elevando  
Por cima de las olas  
Los lomos y las colas  
La orilla salpicar.

Vió luego estos rios  
Crecer sin vallares,  
Perdiéndose en mares  
De leche y de miel :  
Y en ellos navíos  
Do van los amores  
Meciéndose en flores  
De uno á otro bagel.

Murmullo tras ellos  
Levantán sonoro  
Mil góndolas de oro  
De concha y marfil,  
Do van Silfos bellos  
Vogando con velas  
De chales y telas  
De seda sutil.

Espuma levantan  
Inquietos remando  
Los mil gondoleros  
Que van tripulando  
Los barcos veleros ;  
Y danzan ligeros  
Y armónicos cantan  
Alegre canción :

Y mil gayas aves,  
Que siguen las naves,  
Al sol esponjando  
Sus plumas distintas  
De mil varias tintas  
De azul, gualda y oro,  
Imitan en coro  
Del cántico el són.

Al lejos el viento  
Responde á su acento  
Allá en la arboleda  
Moviendo rumor :  
Y el éco, que atento  
En lo alto se queda,  
Burlon le remeda  
Cual sabe mejor.

El cuadro divino,  
La paz, la ventura,  
Perfume, frescura  
Y luz celestial  
De aquel peregrino  
Pais, torna pura  
Al rey granadino  
La calma vital.

Y en rápido vuelo  
Pacífico y blando  
Los aires surcando  
Se siente llevar :  
Y ve que, sin suelo  
Do fije el caballo  
El áspero callo,  
Cruzando va el mar.

Del líquido el fondo  
Contempla pasando,  
Y alcanza mirando  
Del agua al trasluz  
El álveo redondo,  
Que puebla radiante  
Cohorte flotante  
De peces de luz.

Sutiles vapores  
Le impelen süaves  
Y costas y naves  
Se deja detrás :  
Y espacios mayores  
Cruzando en su vuelo  
Aborda del cielo  
Las costas quizás.

Avanza y niebla  
Pálida ve  
Que el aire puebla,  
Segun pié á pié  
Ganando va  
Aquel estenso  
Espacio inmenso  
Do errando está :

Y le parece  
Que se ennegrece  
Mar, niebla y viento  
En torno de él,  
Y que se acrece  
Cada momento  
El movimiento  
De su corcel.  
Anocheche,  
Y oscurece  
Mas apriesa  
Cada vez  
El ambiente,  
Que se espesa  
Con creciente  
Lobreguéz.  
El camino  
Desparece :  
Y, sin tino  
Ni destino  
Que comprenda,  
Sobre senda  
Audazmente  
Carrilada  
Por un puente  
De movable  
Tirantéz  
Tan delgada

Como el hilo  
En que se echa  
Descolgada  
Una oruga ,  
Como arruga  
Que en tranquilo  
Lago tiende  
Cuando hiende  
Su agua el pez ,  
Tan estrecha  
Como el filo  
De una espada,  
Como flecha  
Disparada,  
Cual centella  
Desatada,  
Va sin huella  
Perceptible  
El perdido  
Nazarita,  
Con horrible  
E infinita  
Rapidéz.

Es el puente  
De la vida (3),  
Que la gente

A luz venida  
Há por fuerza  
De pasar.  
El que intente  
Y haga entera  
Su carrera,  
Y de frente  
Sin caída  
La salida  
Logre hallar,  
Por las puertas  
Celestiales  
A las huertas  
Inmortales  
Como un ángel  
Ha de entrar,  
Las delicias  
Eternales  
Y los gustos  
Perenales  
De los justos  
A gozar.

A este paso  
Tan estrecho,  
(Cuyo escaso  
Corto trecho

Es camino  
Tan dudoso  
De cruzar,  
Pero fallo  
Riguroso  
Del destino  
Y ley santa  
Que acatar),  
Se adelanta  
Vigoroso  
El caballo  
Misterioso  
De Al-hamar.

Temeroso  
De mirar,  
Espumoso,  
Siempre hirviente,  
Rebramando  
Eternamente  
Y azotando  
Siempre el puente  
Con horrisono  
Bramar,  
Bajo de él  
Hierva el mar.

ISRAFEL

Allí está

Para ver

El que va

Sin caer,

Y pasar

No dejar

Al infiel :

Y hé aquí

Que por él

Va á pasar

El corcel

De Al-hamar :

Llega, avanza :

Ya se lanza,

Ya en él entra,

Ya se encuentra

Suspendido

Sobre el puente

Sacudido

Por el piélago

Bullente,

Cuyo cóncavo

Rugido

Se levanta

Sin cesar.

Aturdido,  
Sin mirar  
A la indómita  
Corriente  
Que le espanta,  
Sin osar  
Aspirar  
El ambiente  
Que le anuda  
La garganta,  
Sin que acuda  
Tierra ó cielo  
En su ayuda,  
Vuela y pasa,  
Justiciero  
Rey prudente,  
Juez severo  
Y valiente  
Caballero,  
El primero  
De la casa  
De Nazar.

El puente  
Vacila :  
El príncipe  
Oscila,

Perdido  
El sentido,  
Demente,  
Transido  
De horror.

Ya toca  
La opuesta  
Ribera :  
Ya poca  
Carrera  
Le cuesta.  
¡ Valor !  
Ya llega :  
Le ciega  
El pavor.  
¡ Ah ! ¡ Dadle  
Favor !  
¡ Salvadle,  
Señor !

Saltó.  
Pasó  
Con bien  
Y allá  
Cayó

De pié.

Salvo

Fué.

¡Oh!

Ya

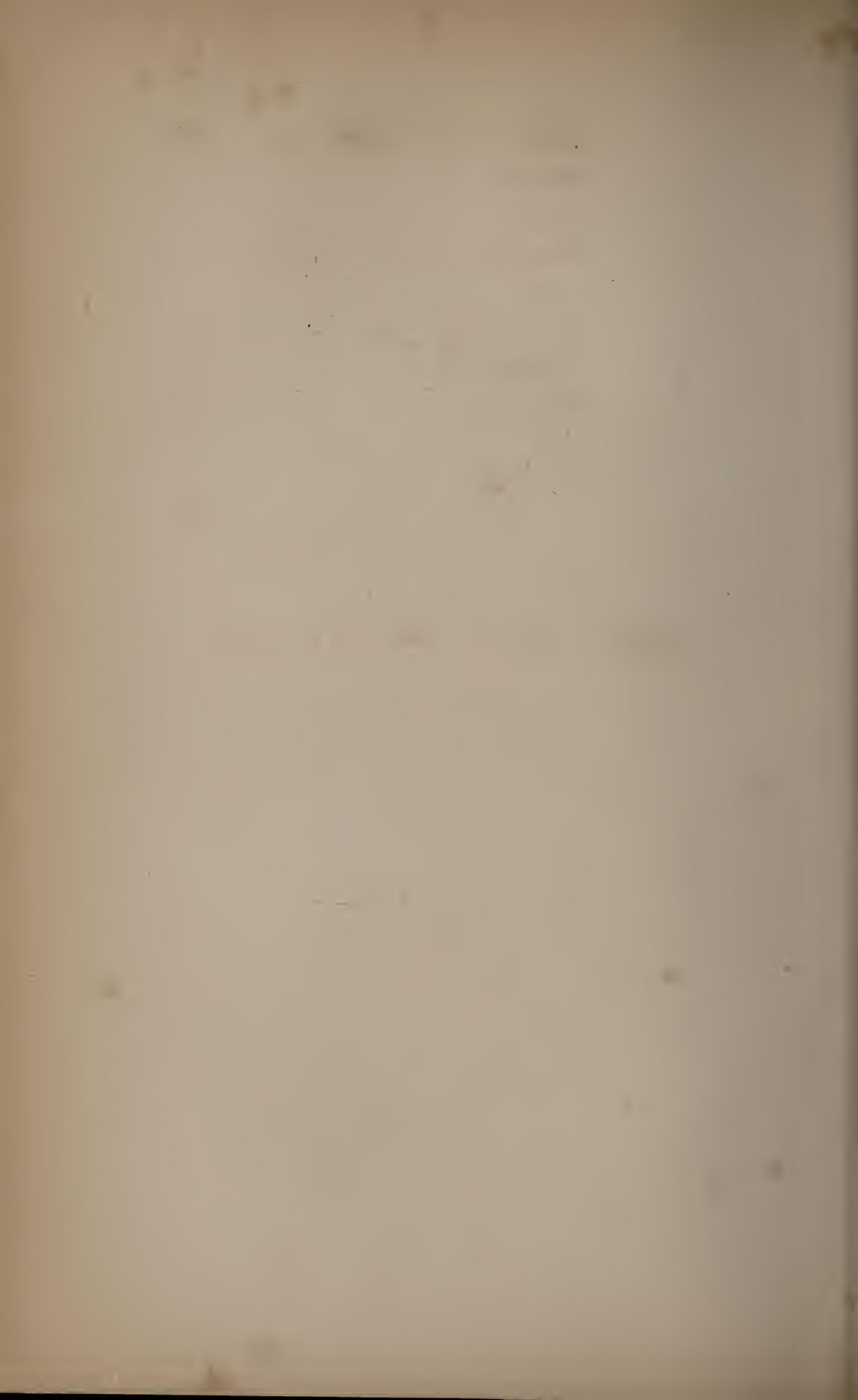
¿Quién

Ve

Do

Va?

---



**LIBRO DE LAS NIEVES.**



## INSPIRACION.

---

No hay mas que un solo Dios (1). EL solo es grande,  
Solo infinito, omnipotente solo.

Nada hay que para ser no le demande

Licencia : ÉL pesa la virtud y el dolo,

Y el premio envia, ó el azote blande.

Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo,

Y cosa no hay por elevada ú honda

Que á su mirada universal se esconda.

No hay mas que un solo Dios, cuya crëencia

Luz es y salvacion : do quier la marca

Brilla de su poder y de su ciencia.

Dios solo es triunfador (2); solo monarca

Del universo es EL : su omnipotencia

Con ley universal todo lo abarca :

Su presencia inmortal todo lo inunda,

Todo lo vivifica y lo fecunda.

EL los mundos arregla ó desordena  
Segun su escelsa voluntad divina :  
EL al tiempo dirige : ÉL encadena  
Los elementos á sus piés : domina  
El huracán : tras el nublado truena :  
Luce á través del alba purpurina :  
Entapiza con nieve las montañas,  
Y abrasa con volcanes sus entrañas.

El murmullo del agua, el són del viento,  
El susurro del bosque estremecido  
Por sus inquietas ráfagas, el lento  
Arullo de la tórtola, el graznido  
Del cuervo vagabundo, todo acento  
Por ave, fiera ó éco producido,  
El nombre santo de su Dios pronuncia,  
Su gloria canta, su poder anuncia.

EL los errantes astros encamina :  
EL azula la atmósfera serena :  
EL crea y ÉL destruye, alza y arruina :  
EL, infalible juez, salva y condena :  
EL solo ni envejece, ni declina :  
EL solo el hueco de los mundos llena :  
El orbe encima de su palma cabe :  
Solo ÉL no yerra nunca : solo ÉL sabe.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan  
Con altivez blasfema, palidecen  
Cuando al umbral de su sepulcro llegan :  
Los que en su ciencia ruin se ensoberbecen  
Y de ÉL se mofan, al morir le ruegan.  
Por ÉL existen y por ÉL perecen  
Todos. No hay mas que un Dios. Ante su nombre  
¿Qué es el orgullo y el saber del hombre?

Siglo, que audáz el de la luz te llamas  
Y por miles de plumas y de bocas  
El manantial de tu saber derramas :  
Siglo de ciencia, que el error derrocas,  
La virtud premias y el ingenio inflamas :  
Siglo, que dices que à la cumbre tocas  
De la dicha, que el mundo civilizas  
Y tu raza de sabios divinizas :

Siglo de prensas y de bolsa y ágio,  
Que, en carros de vapor, hasta la luna  
Intentas difundir el gran contágio  
De la ciencia, y parar à la fortuna  
Con tus empresas mil... ¡siglo de plágio  
Que, en solos nueve lustros, en sí aduna  
Mas *maestros, artistas y doctores*  
Que hubo en ciento estudiantes y lectores !...

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dónde  
Ván los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano  
Lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde  
La luna de su luz? ¿Cuál es la mano  
Que les guía á los dos? Habla, responde,  
Orgullo necio del saber humano,  
Hojéa el libro de tu ciencia osada :  
¿Qué es lo que sabes de tu origen? — NADA.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora :  
EL conoce las puertas de la tierra ;  
Abre las de la cuna y de la aurora :  
Las de la noche y de la tumba cierra.  
Más allá de las dos ÉL solo mora,  
EL solo sabe lo que allá se encierra ;  
De allá viene, allá va quien nace y muere.  
¿ Porqué? Su voluntad así lo quiere.

Mas detente ; oh Espíritu divino !  
¿ Oh Arcángel de la Fé ! Tú, cuyo paso  
Buscando un dia al corazon camino  
Ahogó á las Musas y aplanó el Parnaso :  
Unico fuego que del cielo vino,  
Calma tu inspiracion en que me abraso :  
No ensayes en el arpa del poeta  
Los cantos del salterio del Profeta.

Mi limitada comprension humana,  
Mi ruda voz y tosca poesia  
Eleve, sí, tu inspiracion cristiana  
Y dignas sean de la patria mia.  
Enaltece mi ingenio, porque ufana  
Pueda hijo suyo apellidarme un dia,  
Y de mi nombre, si al olvido vence,  
La tierra en que nací no se avergüence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado  
De los pasados siglos tras la herencia,  
En el carro del oro arrellanado,  
O suspendido en alas de la ciencia.  
Dejémosle seguir la ley del hado  
Segun su voluntad ó su conciencia,  
Sin que perturbe su insensata orgía  
El himno audáz de la creencia mia.

Tiéndeme, pues, tus alas de zafiros,  
Y lejos de él transpórteme tu vuelo  
Donde sus carcajadas y suspiros  
No desgarran del aire el puro velo.  
De él á través con luminosos giros  
Alzame adonde, con eterno hielo  
Cubriendo su cerviz, Sierra-Nevada  
Salutíferas áuras da á Granada.

Llévame á los recónditos asilos  
De aquellas misteriosas soledades,  
Cuyos mónstruos de nieve ven tranquilos  
Nacer y perecer razas y edades.  
Muéstrame las cavernas y los silos  
Donde ván á dormir las tempestades,  
Por cima del peñon desconocido  
En que suspende el águila su nido.

Del Supremo Hacedor la sábia mano  
No creó sin destino esos lugares  
Inaccesibles al orgullo humano :  
Ni, envueltos en sus mantos seculares  
De nieve espían sin cesar en vano  
Esos gigantes blancos tierra y mares.  
Subamos, pues, sobre las áuras leves  
Al misterioso alcázar de las nieves.

---

## LA CARRERA.

---

### II

En las desiertas cumbres que la sierra  
A las legiones de la luz levanta,  
Paso al cielo tal vez desde la tierra :  
Allí, donde árbol, animal, ni planta,  
Ni vegeta, ni vaga, ni se encierra  
Bajo la eterna nieve, y se quebranta  
Cuanto vida ó calor toma del suelo  
Al peso de una atmósfera de hielo,

Se abre por las montañas un camino,  
Mas bien un tajo, que sus breñas parte  
Como una faja de planchado lino,  
El cual dirige al colossal baluarte  
De la nieve. Jamás tan peregrino  
Sendero supo fabricar el arte,  
Ni inspirarle á la mente mas risueño  
Maga oriental en hechizado sueño.

A ambas orillas de su senda blanca  
Labra caprichos mil el aire helado,  
Que el ámpo trae que el remolino arranca,  
Dejándole do quier cristalizado.  
La agua congela y el vapor estanca  
Y cincela sutil filigranado  
Del hielo en el cristal, cuyas labores  
Descomponen la luz en mil colores.

Mas como sus espléndidos reflejos  
De la nieve se estrellan en la alfombra,  
Y en el mate cristal de sus espejos.  
Mata al color la blanquecina sombra,  
Todo es blanco do quiera, cerca y lejos :  
Todo el pais descolorido asombra  
Con su igualdad la vista : blanco el suelo,  
Blanco el espacio puro, blanco el cielo.

Y allá del peñascal en la estrechura,  
Por el lugar do empieza este sendero  
A blanquear en el fin de la llanura,  
Comienza á negrear bulto ligero.  
Crece... se aclara como va la altura  
Ganando. Es un mortal : un caballero  
Moro : y, conforme lo velóz que sube,  
Parto fué su corcel de alguna nube.

El ámpo de la nieve no desflora  
Con el herrado casco en su carrera,  
Y, al ver la forma aérea y voladora  
De ginete y corcel, se les tuviera  
Mejor por ilusion fascinadora  
Que por seres de vida verdadera :  
Pues ¿quién sino fantásticas visiones  
Osaran aribar á estas regiones ?

Mas ¿quién bajo los pliegues ve espumosos  
Del mullido tapiz de copos leves?  
¿Quién conoce los seres vaporosos,  
Que la region habitan de las nieves?  
¿Quién sabe qué destinos misteriosos  
Les dió aquel que, con dos palabras breves  
Cuando hizo el orbe, al hielo cristalino  
Del sol su destructor puso vecino?

EL solo, Dios. Recóndito misterio  
Envuelve los contornos liminares  
De aquel helado y silencioso imperio  
Escondido entre rocas seculares.  
Solo ÉL ve lo que encierra este emisferio,  
Por entre cuyos blancos valladares  
La árdua ascension al último acomete,  
Cual suelta nube, el Arabe ginete.

De peñon en peñon, de risco en risco,  
El tortuoso camino va siguiendo  
Sobre su negro potro berberisco,  
Y á los nublados bajo sí va viendo  
Fermentar en sus vientres el pedrisco  
De invisibles torrentes al estruendo,  
Y segun sube hácia la azul esfera  
Va aflojando el caballo su carrera.

¿Quién es? — Vuela perdido en la distancia :  
Su forma es vaga sombra todavía.  
¿Dó va? — ¿Y quién su poder ó su arrogancia  
Sabe? Tal vez á la mansion del dia.  
Genio, tal vez allí tiene su estancia :  
Mortal, de un filtro acaso se valdria ;  
Mas yá trepa al confin : ya poco á poco  
Modera su corcel su ímpetu loco.

Ya  
Se  
Ve  
Que  
Dando  
Se va,  
Mas blando  
Al freno.

Ya no bota  
De ira lleno,  
Ni va ageno  
De derrota  
Desbocado,  
Como mata  
Que arrebatá  
Desbordado  
Rapidísimo  
Turbion.

Ya se dilata  
Su fáuce henchida  
De comprimida  
Respiracion,  
Y, violento,  
Lanza el aliento  
Que le sofoca  
De su pulmon,  
Con resoplido  
De dolorido  
Cóncavo són.

Doble columna gruesa  
De fatigoso aliento,  
Que hace vapor el viento

Sutil de esta region,  
Cual humareda espesa,  
Por la nariz opresa  
Vierte tras sí en la atmósfera  
El árabe bridon.

Ya deja la boca herida  
Mas libre al bocado obrar,  
Y más siente ya la brida  
Que pudo el señor cobrar.

Ya el vértigo loco cediendo  
Que ciego siguió á su pesar,  
Va su ímpetu fiero perdiendo  
Y empieza cansancio á mostrar.

Ya su rápido escape acortando  
Detenerse pretende quizá :  
Ya se templa, é igual galopando  
Va en un aire pacífico ya.

Y aunque de espuma y de sudor blanquea,  
Relincha audáz é inquieto cabecea ;  
Y aunque jadeando de fatiga está,

Aun piafa y se encabrita y escarcea,  
Y los hijares con la cola airea,  
Y corvos saltos de costado da.

Ya cambia : ya el trote medido levanta,  
Y, el cuello engallado, segura la planta,  
Altivo en la sombra mirándose va.

Ya lenta y suavemente su dueño le refrena :  
Se acorta : ya en el paso su marcha va serena,  
Recógele : obedece : paró. ¡ Loado Aláh !

¡ Vertiginoso vuelo ! ¡ fantástica carrera !  
Más rápido su impulso que el de las nubes era :  
Caballo y caballero volaban á la par  
En alas de un nublado. La alondra mas ligera,  
Ni el águila mas ráuda, pujante y altanera,  
Pudieron un instante su rapidez tomar.

Al fin cesó. — Las bridas en el arzon dejando,  
Los miembros estendiendo, con ánsia respirando,  
Repúsose el ginete sobre la silla al fin :  
Y absorto las miradas en derredor tendiendo,  
Se halló de estensas nieves en un desierto horrendo,  
Océano de hielo sin costa, ni confin.

¡Ni flor, ni fiera, ni ave por la region estraña  
Do se contempla aislado! — Solo hay una montaña  
Que gruta cristalina taladra por el pié.

¿Y un mar y un paraíso, que ha visto el caballero,  
De espíritus y genios poblados? ¿Y el sendero  
Por do hasta allí ha subido? — Delirio, sueño fué.

Sobre la nieve intacta ni rastro ve ni huella,  
Ni marca de camino en rededor sobre ella;  
Todo es una esplanada inmensa, sola, igual.  
No hay mas que nieve. Es blanca la claridad del cielo :  
Blanco el espacio : blanca la inmensidad del suelo :  
Los horizontes blancos. ¿Qué busca allí un mortal?

¿Adónde esta comarca estéril y desierta  
Da paso? ¿De qué silos recónditos es puerta  
Su misteriosa gruta? ¿qué mano la labró?  
Tal vez en ella moran espíritus dañinos  
Que á los mortales odian, y los fatales sinos  
En dirigir se ocupan del que mortal nació.

Tal vez es la risueña y espléndida morada  
De alguna dolorida y encantadora fada,  
Que el vano amor lamenta que puso en un mortal.  
Tal vez es la bajada del reino del olvido,

Adonde caen las almas despues de haber salido  
De la penosa cárcel del cuerpo terrenal.

¿Quién sabe? El caballero al pié de la montaña  
Ante esta gruta, que ornan de arquitectura estraña  
Labores y arabescos de nácar y cristal,  
Permanecia inmóvil : cuando hé aquí que el éco,  
Hendiendo sonoro su embovedado hueco,  
Le trajo estas palabras en canto celestial.

« Ilustre y venturoso  
Caudillo Nazarita,  
La gloria y el reposo  
Te aguardan á la par.  
Tu mente, que no alcanza  
Misterio tal, se agita  
Dudosa en vano. — Avanza,  
Avanza, ¡oh Al-hamar! »

Es Al-hamar : el ñoble monarca granadino.  
Es él, que arrebatado sobre las áuras vino  
A dar en esta helado é incógnita region.  
Es Al-hamar : su nombre retumba por el hondo  
Cóncavo de la gruta, cuyo vacío fondo  
Repite de su canto el fugitivo són.

A este éco, en la sonora profundidad perdido,  
Cual de invisible fuerza magnética impelido  
El árabe caballo feróz se encabritó.  
Asir quiso el jinete las bridas, mas fué tarde :  
Piafando y relinchando con orgulloso alarde  
Por la sonora gruta el palafren entró.

---

## ALCAZAR DE AZAEL.

---

Lanzóse el bruto indómito,  
Con arrogante empeño  
Luchando con su dueño,  
Que cede á su vigor,  
Por bajo de una bóveda  
De fábrica divina,  
Tan pura y cristalina,  
De tan sutil labor,

Que su techumbre cóncava  
De transparente hielo  
La claridad del cielo  
Deja a través gozar,  
Y, en un inmenso pórtico  
De regia arquitectura,  
Mas diáfana y mas pura  
La viene á derramar.

Mas ¿ qué mirada humana  
A penetrar se atreve  
En esta soberana  
Morada celestial?  
¿ Qué mano alza profana  
Él pabellon de nieve,  
Que los misterios debe  
Velar de un inmortal?

El techo, almohadillado  
Con planchas de diamantes,  
La lumbre en mil cambiantes  
Del sol vierte á trasluz,  
Y el suelo, trabajado  
Sobre cristal de roca,  
Su brillantez provoca  
Volviéndole su luz.

Los limpidos pilares,  
Do asienta la segura  
Soberbia arquitectura  
Su peso colosal,  
En torno, transparentes,  
Reflejan á millares  
Los círculos lucientes  
Del Iris celestial.

Y de este centelleante  
Alcázar encantado,  
Que en hielo está labrado  
Y entre la nieve está,  
Al interior radiante,  
Do alguna maga habita,  
El noble Nazarita  
Adelantando va.

Del luminoso pórtico  
Del diáfano edificio  
Apena el frontispicio  
Magnífico pasó,  
Entró bajo una espléndida  
Colgada galería,  
Que á un patio conducía  
Que á su remate vió.

El firme pavimento  
Retiembla estremecido  
Bajo el galope unido  
De su véloz corcel,  
Su paso y movimiento  
El éco prolongado  
Del huéco artesonado  
Marcando detrás de él.

De aquella galería  
Cruzó la luenga arcada :  
Pasó de otra portada  
Pór bajo el arco : entró  
Al patio, que véia  
De lejos, y el ardiente  
Caballo de repente  
Plantóse y relinchó.

Cual la espiral flotante  
Del humo que despide  
Pebete en que fragante  
Perfume ardiendo está,  
Y ráfaga perdida  
Por bajo la divide,  
Y la mitad partida  
Leve á la altura va :

Poder así invisible  
En paso imperceptible  
Caballo y caballero,  
Sin fuerza separó ;  
Y el bruto cual ligero  
Vapor desvanecido,  
De él libre y dividido  
El príncipe se vió.

Miró Al-hamar en torno  
Y, al contemplar de cerca  
La fábrica y adorno  
Del patio de cristal  
Hecho, ó tallado en hielo,  
Halló que era un modelo  
Del patio de la alberca  
De su palacio real.

Aquel es el arranque  
De su alta torre : aquellos  
Los ajimeces bellos (3)  
Que sobre el patio dan :  
Aquel es el estanque :  
Los arrayanes estos  
Que, por su mano puestos,  
En su redor estan.

Aquellos los pilares  
Del corredor : aquellas  
Las bóvedas de estrellas  
De cedro y de marfil ;  
La estancia de Comares  
Aquella, do su mágia  
Dejó la *comarájia* (4)  
En su labor sutil.

Los ricos tiene en frente  
Calados pabellones  
Del patio de leones,  
Con su oriental jardin :  
Y allí está el mar bullente,  
Que al Hierosolimita (5)  
De Salomon imita ;  
Es otra Alhambra en fin.

Es otra Alhambra, pero  
Mas que la Granadina  
Hermosa ; una divina  
Alhambra celestial.  
Alcázar hechicero,  
Labrado con vivientes  
Materias transparentes  
De gérmen inmortal.

Los muros trabajados  
Con ricos arabescos  
Y flores y estucados  
Prodigios del cincel,  
Los gabinetes frescos  
Que adornan escrituras  
Divinas, miniaturas  
Del oriental pincel,

Son obra misteriosa  
De soberano artista,  
Que ni en humana vista  
Cabr , ni en comprension :  
Y aquellos tan macizos  
Muros, y quebradizos  
Calados de su hermosa  
Y ar a mansion,

En su materia mística  
Encierran una esencia,  
Que infunde una ecsistencia  
A su insondable sér :  
Y toda aquella fábrica  
Tan pura y transparente  
Es creacion viviente  
De incógnito poder.

Mir bala embebido  
El Nazarita principe  
Cuando llegó á su oido  
La deliciosa v z,  
Que oyó de la caverna  
En la estension interna  
Sonar, cuando detúvose  
Su palafren vel z.

Y la escondida música,  
Que en torno de él resuena  
De júbilo le llena,  
Le embriaga el corazón,  
Y la palabra mística  
De aquel cantar de gloria  
Le trae á la memoria  
Antigua aparición.

Dibújase en su mente  
Un valle de Granada  
Con una fresca fuente  
De lánguido rumor,  
En una perfumada  
Noche, sin nube alguna  
El cielo, de la luna  
Plateada al resplandor.

Y cuanto mas escucha  
Su armónico concierto,  
Un rumbo va mas cierto  
Tomando el corazón,  
Triunfante de la lucha  
Con la ilusión pasada  
Del valle de Granada,  
Al comprender su són.

— « Salud ¡oh Nazarita!  
Bien llegues á las nieblas  
Cuya region habita  
Tu genio protector.  
Ha visto en las tinieblas  
Resplandecer tus ojos :  
Te conoció, y de hinojos  
Dió gracias al Señor.

« Su vista rutilante,  
Que el universo abarca,  
Posada en tu semblante  
Desde tu cuna está,  
Y el dedo omnipotente  
Sobre tu noble frente  
Grabó la régia marca,  
Que á conocer te da.

« Naciste favorito  
Del genio y de la gloria ;  
Tu nombre fué victoria,  
Tu voluntad ley fué.  
Tu tiempo es infinito,  
Profundas son tus huellas,  
Propicias las estrellas  
Son á Nazar: tén fé.

« Avanza, Nazarita ;  
Radiante aquí tu estrella  
Con viva luz destella,  
Aquí en tu Alhambra estás :  
Aquí mana infinita  
La fuente del consuelo.  
Avanza, aquí del cielo  
Mas cerca reinarás. »

De la celeste música  
La letra así decia,  
Y, atento á su armonía,  
El príncipe Al-hamar  
Permanecia atónito  
Sin voz ni movimiento,  
En dulce arrobamiento  
Gozando sin cesar.

El agua, de que llena  
La alberca está, ondulante  
Refleja cada instante  
Mas vario resplandor,  
Cual si una luz serena  
Bajo la linfa clara  
Recóndita radiara  
Con trémulo fulgor.

Debajo de su planta  
Percibe que el divino  
Concierto se levanta,  
Del manantial detrás,  
Y al borde cristalino  
De la colmada alberca,  
Que está á sus piés, se acerca  
Cada momento más.

Y hé aquí que en este punto  
Del fondo transparente  
Del agua donde siente  
La música sonar,  
De un sér resplandeciente  
El rostro, que ilumina  
La linfa cristalina,  
Se comenzó á elevar.

Tocó en el ház del agua  
Su cabellera blonda :  
Quebró la frágil onda  
Su frente virginal :  
Dejó el agua mil hebras  
Entre sus rizos rotas,  
Y á unirse volvió en gotas  
Al limpio manantial.

Aéreo, puro, leve,  
Cual nube vaporosa  
Que mansa el áura mueve  
Y transparenta el sol,  
Ciñendo de oro y rosa  
Flotante vestidura,  
Como el del alba pura  
Suavísimo arrebol :

La paz en el semblante,  
La gloria en la sonrisa,  
Apareció radiante  
El ángel Azäel ;  
Y sus mortales ojos  
Fijando en la improvisa  
Aparicion, de hinojos  
Cayó Al-hamar ante él.

Del agua se alzó fuera  
Y, al esparcir el viento  
Su blonda cabellera,  
El aire perfumó :  
Dejó escapar su aliento,  
Y cuanto allí ecsistia  
Su aliento de ambrosia  
Con ánsia respiró.

Del suelo á la techumbre  
El místico palacio  
Reverberó la lumbre  
De su divina fáz,  
Cuya fulgente aureola  
Purpúrea tornasola  
El aire del espacio  
Y de las aguas la ház.

Y hé aquí que su alba mano  
El ángel estendiendo  
Y alzando y atrayendo  
Al príncipe hácia sí,  
Con plácida sonrisa  
Y acento soberano,  
Que armonizó la brisa  
Fragante, hablóle así :

« Yo visité en un sueño  
Tu espíritu en la tierra,  
Mostrándote halagüeño  
Tu porvenir en él.  
Tesoros te dí y gloria,  
Tu esclava hice á la guerra,  
Grabando en tu memoria  
La imágen de Azäel.

« Iluminé tu ciencia,  
Colmé de sábios planes  
Tu humana inteligencia  
Y al logro te ayudé.  
Cual tu ambicion lo quiso  
Cumpliendo tus afanes,  
Terreno paraíso  
Tu rico imperio fué.

« Yo inoculé en tu alma  
El gérmen de la duda  
Para turbar la calma  
De tu creencia vil :  
Para que espuela fuera  
Con cuya lenta ayuda  
A la verdad se abriera  
Tu corazon gentil.

« Brotar hice en tu suelo  
Para calmar tus penas  
Las aguas del consuelo,  
Que á conocer te dí :  
Mas de tristeza llenas  
Cien noches has pasado,  
Y al agua no has llegado  
Cuyo raudal te abri.

« Al verte victorioso,  
Temido y opulento,  
Tu corazón atento  
Solo á la tierra fué.  
Dudaste, mas dudando  
No osaste perezoso  
El rostro á mí tornando  
Poner en mí tu fé.

« Y hácia el fatal destino  
A que traidora guía  
La falsa fé, te vía  
Adelantar Luzbel :  
Y el fin de tu camino  
Mostrándome decia :  
*Caer era su sino :*  
*Le pierdes, Azäel.*

« Lloraba yo abismado  
En mi amargura, viendo  
Mi afán tan malogrado,  
Tan sin valor mi fé :  
Y, en mi pesar y enojo  
Postrer esfuerzo haciendo,  
Con temerario arrojo  
Entre ambos me lancé.

« Luchamos : el Eterno,  
De mi dolor movido,  
Caer dejó en su oído  
Su nombre y dió á mis piés.  
Sumile en el infierno :  
Y en alas de un nublado  
Te traje arrebatado  
Adonde en paz te vés.

« Los pérfidos espíritus,  
Que en pós de tí traías  
Las vanas fantasías  
De tu crëencia ruin  
Mostrábante. ¡Quiméricos  
Esfuerzos ! ¡ Sueños breves !  
Ahullando, de mis nieves  
Se quedan al confin.

« Mas ¡ ay ! yo te conquisto  
Los cielos... y ¡ cuán caro  
Me cuesta á mí el amparo  
Que liberal te doy !  
Dos siglos há que ecsisto  
Aquí, espiando un yerro,  
Y añado á mi destierro  
Uno, por tí, mas hoy.

« A condicion tan dura  
Tu salvacion compraba,  
Nazar ; mas yo te amaba  
Tanto que la acepté ;  
No supe resignarme  
A arrebatár dejarme  
Tan noble criatura,  
Y tu alma rescaté.

« ¡ Oh ! juzga bien en cuánto  
Me es cara tu alma buena,  
Cuando á mi larga pena  
Cien soles añadí  
Por ella. Ahora el santo  
Fallo, inmutable, extremo,  
Oye que el Juez Supremo  
Fulmina contra tí.

« Hoy mismo, en apariéncia,  
Perecerá á las manos  
De incógnita doléncia  
Tu cuerpo terrenal :  
Mas junto á mí ecsistencia  
Tendrás, hasta que ufanos  
Habiten los cristianos  
Tu alcazár oriental.

« Yo les haré á Granada  
Cercar como un enjambre :  
Con ellos vendrá el hambre,  
La muerte y el baldon :  
Y talarán tus tierras,  
Y en sanguinarias guerras  
Tu raza aniquilada  
Será sin compasion.

« Tú lo verás : estrella  
Fatal para tu gente,  
Tú verterás sobre ella  
Roja, siniestra luz :  
Y lidiarás conmigo  
En pró del enemigo,  
Sobre el pendon de oriente  
Hasta clavar la Cruz.

« Ahogado el Islamismo  
Y desbandada y rota  
Tu raza, gota á gota  
Su sangre en tí caerá :  
Su sangre es tu bautismo,  
Y este de afán y duelos  
Misterio, de los cielos  
Las puertas te abrirá.

« No hay mas que un Dios. Justicia  
En él no más se encierra.  
Tu empresa fué en la tierra  
DIOS SOLO ES VENCEDOR :  
Por eso te es propicia :  
Mas nadie entra en su gloria  
Sin pena espiatoria  
Hasta del leve error.

« Tal es nuestra sentencia :  
Tal es el purgatorio  
Que la alta Providencia  
Nos señaló á los dos.  
Obra de nuestras manos,  
En dón propiciatorio  
Se han de ofrecer, cristianos,  
Un rey y un pueblo á Dios.

« Tú el Rey : el pueblo el tuyo.  
Tan solo dignamente  
Así me restituyo  
Al cielo, que dejé.  
Apróntate obediente  
A dividir conmigo  
La gloria y el castigo  
Que para tí acepté.

« ¡Sús, pues, oh Nazarita!  
De Dios al pié del trono,  
Rogándole en tu abono,  
Le respondi de ti.  
¡Sús, pues! á la bendita  
Empresa apresta el brio;  
Mortal, te hice igual mio;  
Sé digno tú de mí. »

Dijo Azäel : estático  
A su divino acento,  
Embebecido, atento,  
Estúvose Al-hamar :  
Cedió su noble espíritu  
Al celestial destino,  
Y se empezó el divino  
Misterio á efectuar.

« Mira, » le dijo entónces  
El ángel desterrado :  
Y (hácia el lugar tornado  
Que el ángel señaló)  
El muro en dos partido,  
Sobre invisibles gonces  
Girando dividido,  
El Nazarita vió.

Se abrió sobre un espejo  
En cuyo misterioso  
Cristal, con el reflejo  
De un matinal albor,  
Se alumbra una campiña,  
Que Mayo lujurioso  
Con su fecundo aliña  
Primaverál verdor.

Una ciudad, fundada  
Al pié de una alta sierra,  
Domina aquella tierra  
Por donde arroyos mil  
Serpéan : es Granada,  
Su vega, sus alturas  
Y las corrientes puras  
De Darro y de Genil.

Espléndida cohorte  
De Moros atraviesa  
Por su alameda espesa  
Llevando un atahud,  
Y á la muralla corva  
De la morisca corte  
Se agolpa á verles torva  
Callada multitud.

Llegáronse á la puerta  
De Elvira aquellos fieles  
Muslimes ; allí abierta  
La turba les dejó  
Paso, y subiendo á espacio  
La cuesta de Gomeles,  
Entrada en el palacio  
*Bib-el-Leujar* les dió (6).

La multitud atenta  
Y silenciosa iba  
En pós su marcha lenta  
Siguiendo : y, al tocar  
La puerta judiciaria,  
La triste comitiva  
Parose voluntaria  
Dejándose cercar.

Entónces elevando  
El atahud en hombros  
Los que le van llevando,  
Y puesto junto á él  
Un Alfakí, inspirando  
Do quier pavor y asombros,  
« ¡ Llorad ! — (dijo, él llorando)  
« Con lágrimas de hiél.

« ¡Llorad toda la vida,  
« ¡Oh huérfanos Muslimes!  
« ¡La flor de los alimes (7),  
« La palma de Nazar,  
« La gloria del Oriente,  
« Cayó del rayo herida!  
« ¡Llorad eternamente,  
« Llorad sobre Al-hamar! »

Así con ronco acento  
El Alfaki clamando,  
Del atahud alzando  
El paño funeral,  
Al pueblo los despojos  
Del rey mostró; y al viento  
El pueblo, al caer de hinojos,  
Dió un ¡ay! universal.

A este éco de agonía,  
Que atravesó perdido  
El aire hasta su oído,  
Se estremeció Al-hamar.  
Quitóse del espejo  
Do escena tal veía,  
Y se tornó el reflejo  
Del vidrio á disipar.

« ¡Ea! » — Azäel le dijo.  
 « Monarca de la tierra,  
 « El atahud encierra  
 « Tu polvo terrenal;  
 « Mas, de los cielos hijo,  
 « Del atahud te exhalas.  
 « Desplega, pues, tus alas,  
 « Espiritu inmortal. »

Entónces el rey árabe  
 Sintióse aéreo, leve,  
 Cual luz que el aire mueve,  
 Cual nube que va en él.  
 SOLO ERA YA UN ESPÍRITU,  
 UNA VISION LIGERA,  
 UN ALMA COMPAÑERA  
 DEL ANGEL AZAEL.

El silencioso vuelo  
 Ambos á dos alzando,  
 En el azul del cielo  
 Perdiéronse los dos;  
 Y, entre sus áuras leves  
 Su rastro abandonando,  
 EL LIBRO DE LAS NIEVES  
 Concluye. ¡ Gloria á Dios!

## EPILOGO.

---

¡Gloria á Dios! — De Al-hamar el Granadino  
Así la historia celestial concluye ;  
Llámala el Musulman *cuento divino*,  
Y en *libros* su relato distribuye.  
Su sacra inspiracion del cielo vino  
Y al cielo desde aquí se restituye ;  
Tradicion oriental, es la portada  
Del oriental poema de GRANADA.

Cual dos cisnes que, al par atravesando  
El mar azul con encontrado vuelo,  
Isla apartada en su estension hallando  
En ella toman anhelado suelo,  
Reposan juntos, y á partir tornando  
Tornan la anchura á dividir del cielo,  
Y de su voz un punto los sonidos  
Se elevan en el aire confundidos :

Como dos peregrinos que una tienda  
Dividen del desierto en la desnuda  
Soledad, de Al-hamar en la leyenda  
Dos poetas ocúltanse sin duda.  
Uno á Aláh en sus cantares se encomienda,  
Otro al Dios de la Cruz demanda ayuda.  
¿Quién no percibe en ella confundidos  
Brotar de sus dos arpas los sonidos?

Dióles á ambos el Genio soberano  
La misma inspiracion, el mismo aliento :  
Mas pasando tal vez de una á otra mano  
De uno y otro el armónico instrumento,  
El Arabe poeta y el Cristiano  
Sacan de él á la par distinto acento ;  
Exhalando mezclada su armonía  
La Arabe y la Cristiana poesia.

Confundidos así sus dos cantares  
Entonan á una voz los dos cantores,  
Y de la Cruz divina los altares  
El poeta oriental orna con flores  
Que tegen las hurís sus tutelares ;  
Pero de un solo SÉR adoradores,  
« NO HAY MAS QUE UN SOLO DIOS » — dice el Cristiano ;  
« NO HAY MAS DIOS SINÓ DIOS » — el Africano.

Tal es la historia peregrina y bella  
Que os dan sobre estas hojas estendida.  
Leëdla sin temor : nada hay en ella  
Que la razon rechace, ó la fé impida;  
La luz que de sus páginas destella  
Despierta el alma á la virtud dormida,  
Y eleva el corazon y el pensamiento  
A la pura region del firmamento.

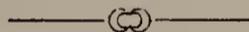
Lleëdla pues : y el ámbar que perfuma  
De el paraíso la mansion divina,  
Y el resplandor que de la Esencia suma  
Derramado los mundos ilumina,  
Y el rumor que levantan con su pluma  
Las alas de Gabriel cuando camina,  
Embalsame y alumbre y dé contento  
A cuantos lean el *divino cuento*.

FIN DE LA LEYENDA DE AL-HAMAR.

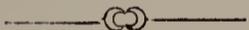


# GRANADA

## POEMA ORIENTAL



Cristiano y Español, con fé y sin miedo,  
Canto mi religion, mi patria canto.



# PLANTAS

DE LA

ISLA DE

**LIBRO PRIMERO.**

---

**ESPOSICION.**



I

INVOCACION.

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

---

En el nombre de Dios omnipotente  
Cuya presencia el universo llena,  
Cuya mirada brilla en el oriente,  
Nutre las plantas y la mar serena,  
Canto la guerra en que la Hispana gente  
Al Africa arrojando á la Agarena,  
Selló triunfante con la Cruz divina  
Las torres de la Alhambra granadina.

¡Espíritu de Dios único y trino,  
Angel custodio de la Fé Cristiana,  
Unico fuego que del cielo vino,  
Unica fuente que incorrupta mana,  
Unico rayo de fulgor divino,  
Unica inspiracion que soberana  
Eleva al criador la poesía,  
Yo invoco tu favor para la mia!

Sosten mi voz, mi espíritu aconseja :  
Mas tolera que en cármén Africano  
Recoja alguna flor con que entreteja  
Cairel morisco á mi läud cristiano :  
Ni juzgues que mi fé de tí se aleja,  
Si algunas veces del harén profano  
Las alkatifas perfumadas piso,  
O invoco á las hurís del paraíso.

Voy la gloria á cantar de dos naciones  
Por religion é instintos enemigas,  
Que, fieles á la par á sus pendones,  
Prodigaron al par sangre y fatigas,  
Rojas brotar haciendo sus legiones  
Con la sangre comun aguas y espigas :  
Y cual la de las dos corrió mezclada  
Junta debe su gloria ser cantada.

Pues no porque en su limpida entereza  
Conserve yo la fé de los Cristianos  
Que hicieron del desierto á la aspereza  
Volver á los vencidos Africanos,  
Del vencedor loando la grandeza  
Trataré á los vencidos de villanos.  
No : siete siglos de su prez testigos  
Los dan por caballeros si enemigos.

Lejos de mí tan sórdida mancilla :  
Antes selle mi boca una mordaza  
Que llame yo en la lengua de Castilla  
A su raza oriental bárbara raza.  
Jamás : aún en nuestro suelo brilla  
De su fecundo pié la estensa traza,  
Y, honrado y noble aún, su sangre encierra  
Mas de un buen corazon de nuestra tierra.

¡ Augusta sombra de Isabel ! perdona  
Si mi ruda cancion osa atrevida,  
Llegando irreverente á tu persona,  
Del féretro evocarte á nueva vida.  
Sé que la gloria que inmortal te abona  
No puede por mi voz enaltecida  
Ser : mas yo bajo á tu mansion mortuoria  
No á engrandecer, sinó á adorar tu gloria.

Diselo así al católico Fernando,  
Si en medio de las dichas celestiales  
Alguna vez, por el Edén vagando,  
Recordais vuestras glorias terrenales,  
La oscura tierra desde el sol mirando :  
Y al escuchar mis cánticos mortales,  
Mirad á vuestra gloria que me inspira,  
No al rudo canto de mi tosca lira.

Y vosotros, guerreros de Castilla,  
Honor de sus mas ínclitos solares,  
Nobles condes de Cabra y de Tendilla,  
Merlos, Téllez, Girones y Aguilares,  
Cárdenas y Manriques de Sevilla,  
Fieles Vargas, intrépidos Pulgares,  
Córdovas generosos de Lucena,  
Impávidos Clavijos de Baena :

Mendozas de alta prez, Portocarreros  
Y Ponces de Leon, de cuya historia  
Sus anales jamás perecederos  
Henchidos guarda la Española gloria :  
Y vosostros tambien, ¡ oh caballeros  
Arabes ! dignos de gentil memoria :  
Muza, postrero campeador del Darro,  
Indeciso Boabdil, Zagal bizarro,

Aly-Athâr insepulto, Hamet Rondeño,  
Lince de las fronteras castellanas,  
Reduan inalterable y zahareño,  
Gazul de las doncellas africanas  
Querido, Hacen tenáz, Ozmin trigueño,  
Tarfe, horror de las crónicas cristianas ;  
Y vosotras sultanas granadinas  
De nombres y leyendas de peregrinas :

Aija la varonil, matrona osada  
Jamás rendida á su fatal destino :  
Zoraya, la cautiva renegada,  
Por cuyos hijos la discordia vino  
A derribar el trono de Granada :  
Moraima la de Loja, á quien su sino  
Obligó á encomendar sin esperanza  
Vida y honor á Castellana lanza ;

Perdonadme tambien si mis canciones,  
A través de los mármoles tendidos  
En vuestros solitarios pantëones,  
Hieren en ronco són vuestros oidos.  
Sé que merecen mas vuestras acciones  
Que elogios en mi voz mal atendidos :  
Mas si, en fuerzas escaso, á tal me atrevo  
Es por que sé lo que á mi patria debo.

Sé que es la empresa donde me he empeñado  
Dédalo oscuro, inmensurable abismo,  
Do solo penetrar han intentado  
Necia temeridad ó alto heroismo :  
Conozco que, en mi orgullo, demasiado  
Fio en mi corazon, fio en mí mismo :  
Mas supera la fé mi atrevimiento,  
Y fio en Dios que abonará mi intento.

Deliciosos recuerdos de otros dias  
De honor y de placer, de amor y gloria,  
Que envuelta en romancescas fantasías  
Guardais oculta vuestra bella historia,  
Ecsalada en confusas armonias  
De himnos de amor y gritos de victoria,  
Dad á mi corazon, dad á mi aliento  
Generoso poder, canoro acento.

Aguilas que os cerneis con corbo vuelo  
Sobre el Atlas y el Cáucaso : pastores  
Que sesteais á la sombra del Carmelo  
Y bajais al Jordan los baladores  
Ganados : y vosotros los que en pelo  
Montais salvages potros voladores,  
Hijos de los ardientes vendavales  
Que barren los Egipcios arenales ;

Tribus perdidas y á las de hoy estrañas,  
Para quienes la Europa no se ha abierto,  
Que incendiais al huir vuestras cabañas  
Y en la Zahara avanzais el paso incierto :  
Gacelas de las árabes montañas,  
Aparëadas palmas del desierto,  
Caravanas errantes á quien ellas  
Dátiles dan y leche las camellas ;

Palomas de los cármenes floridos  
Que bordan las colinas de Granada :  
Golondrinas leales que los nidos  
En la Alhambra colgais : enamorada  
Raza de ruiseñores que escondidos  
Gorgeais de su bosque en la enramada :  
Arroyos que, á su sombra, bullidores  
Lameis su césped y meceis sus flores ;

Sierras que cubre el sempiterno hielo  
Donde Darro y Genil beben su vida :  
Valles salubres, transparente cielo  
De la Alpujarra aún mal conocida :  
De Málaga gentil alegre suelo  
De la hermosura y del amor guarida :  
Mar azul cuyo lomo cristalino  
A las quillas de Agar prestó camino :

Abridme los tesoros encantados  
De vuestras glorias mil tradicionales ;  
Dadme á beber los que guardais sagrados  
De inspiracion inmensos manantiales ;  
Germinad en mi mente, no estudiados,  
Vuestros cantos de amor meridionales,  
Por que pueda brotar del arpa mia  
Vuestra oriental y virgen poesia.

De sus cuerdas despréndanse sonoras  
Esas modulaciones nunca oidas  
Por los pueblos de Europa, y de las moras  
Tribus por nuestros pueblos aprendidas ;  
Esas notas ardientes, tentadoras,  
Que aun hoy por tosca mano repetidas  
Renuevan en los huertos de la Alhambra  
La de veloz compás morisca zambra.

Venid en torno á mí, generaciones  
Ateridas del Norte, que con pieles  
Vestis nuestras moriscas tradiciones,  
Rasgando sus bordados alquiceles :  
Venid á oirlas en sus propios sonos  
Y lengua original de bocas fieles,  
Al pobre són de bárbara guitarra  
Debajo de un peñon de la Alpujarra.

Venid, aprendereis del medio dia  
Cual el origen es de los cantares  
Que jamás comprendió vuestra alma fria ;  
Sabreis como entre bélicos azares  
Nació la abrasadora poesía  
De nuestros bellos cantos populares :  
Y en el lujo oriental de su riqueza  
Considerad su bárbara grandeza.

Pues por hijos de bárbaros osada  
Vuestra historia nos da, sea en buen hora :  
No esa bárbara estirpe renegada  
Será por mí ; mas á admirar ahora  
Venid el rastro que dejó en Granada  
La ilustracion de nuestra estirpe mora :  
Y en el lujo oriental de su riqueza  
Adorad nuestra bárbara grandeza.

Si : yo os voy á contar la historia bella  
De esos á quien llamais fieros salvages,  
Y fio en Dios que entenderéis por ella  
Que puede despreciar vuestros ultrages  
Quien Alhambras dejó sobre su huella,  
Quien labró fortalezas como encages,  
Y quien colmó por cóncavo arrecife  
Las albercas del real Jeneralife.

Yo os voy á hablar del mágico recinto  
De esta por ellos habitada tierra,  
Y á mostraros lo que este laberinto  
De jardines y alcázares encierra.  
En llanto y sangre le dejaron tinto,  
Pero tan fertil con su amor y guerra,  
Que la flor mas silvestre aromatiza  
Y el mas vulgar recuerdo poetiza.

Yo os haré ver, de nácar, concha y oro  
Sobre arcos, sus balsámicos pensiles,  
Do brotan junto al cedro el sicomoro,  
Junto al nudoso abeto las gentiles  
Palmeras, junto al álamo inodoro  
El plátano aromado, las sutiles  
Hebras de la ancha pita entre rosales,  
Y el fragante limon entre nopales.

Yo os haré ver su pueblo primitivo  
Mitad rudo pastor mitad guerrero,  
Cuyo robusto labrador activo,  
Cambiado en la ocasion en caballero,  
Lidió, velóz Numida al golpe esquivo,  
Con el ginete colosal de acero ;  
Y aplazando con él treguas estrañas  
Corrieron toros y jugaron cañas.

Yo os haré oír sus cuentos populares  
Y sus caballerescas tradiciones  
En torno y al calor de sus hogares ;  
Vendreis á sus nocturnas reuniones  
Conmigo, sus combates singulares  
Juzgareis, sus civiles disensiones  
Lamentareis, saldreis á sus campañas  
Y testigos sereis de sus hazañas.

Vendreis á sus palacios construidos  
Para la guerra á un tiempo y los placeres,  
Y leereis en sus muros, revestidos  
De miniaturas, de oro en caracteres  
Con sacra fé caballeresca unidos  
Los nombres de su Dios y sus mugeres :  
Sin que halleis en la casa que fué suya  
Nada que en pró de su saber no arguya.

De fakies, de reyes, y vasallos  
Os contaré los gozos y las cuitas :  
Os haré penetrar en sus serrallos  
Y asistir á sus rondas y á sus citas :  
Y sus muebles, sus armas, sus caballos,  
Sus bazares, sus baños, sus mezquitas,  
Desde el hogar hasta la móvil tienda,  
Todo lo vais á ver en mi leyenda.

Que es del poeta grande á maravilla  
El poder, y radiante su mirada,  
Como un fanal que las disipa, brilla  
En las tinieblas de la edad pasada.  
Venid, pues : con las lanzas de Castilla  
Os voy á conducir hasta Granada :  
Y, á pesar de sus fieros Africanos,  
En la Alhambra entrareis con los Cristianos.

Tal es, tan grave, tan inmensa y alta  
La empresa nueva y colosal que intento :  
Tal es la altura que atrevido asalta  
Descarriado tal vez mi pensamiento ;  
Mas si del vuelo en la mitad me falta  
Fuerza al impulso ó á las alas viento,  
Siempre sabré sin deshonor que, en suma,  
No me faltó el valor, sinó la pluma.

¡ Tierra oriental, mansion de la alegría,  
Favorita del sol y de las flores,  
Santuario del valor, cuna del dia,  
Paraíso del ocio y los amores,  
Tesoro y manantial de poesia !  
Voy á cantar tu gloria y tus primores.  
¡ Tierra de bendicion, al cielo santo  
Pide la suya tú para mi canto !

¡ Salve , ciudad del sol, Granada bella,  
Amor de Boabdil, huerto florido  
Que entre nieves esteriles descuella,  
Taza de nardos, de palomas nido,  
Diamante puro que sin luz destella,  
Edén entre peñascos escondido,  
Ilusion de esperanza y sueño de oro  
Que alhaga aún al corazon del Moro !

¡ Salve, vergel en donde el alba nace  
Y donde el sol poniente se reclina,  
Donde la niebla en perlas se deshace  
Y las perlas en plata cristalina :  
Donde el placer sobre laureles yace  
Y Dios sonrie y la salud domina!  
Divino objeto de mi canto rudo,  
Yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vueltos hácia tí los ojos,  
Descubierta al nombrarte la cabeza,  
Con amoroso afán puesto de hinojos,  
Rendido adorador de tu belleza,  
Ofrecerte mis cantos por despojos  
Si dignos son de tu inmortal grandeza ;  
Tiendeme, pues, bellísima Granada,  
Al elevar mi voz una mirada.

Y ¡ plegue á Dios que mi amoroso acento,  
Por cima de los montes y los mares,  
Lleve á tu Alhambra sonoro viento  
Que armonía mejor dé á mis cantares !  
Y si te dan á ti contentamiento  
Y algun premio por ellos me buscares,  
Dame á tu vez ¡ oh flor de mis amores !  
Sepultura al morir entre tus flores.

## II

### NARRACION.

Un siglo de desórden y abandono  
Para mal de Castilla habia corrido,  
Y cinco reyes afirmar su trono  
Bajo el régio dosel no habian podido ;  
Y todo un siglo, con civil encono  
En contiendas sacrilegas perdido,  
Solo dejaba al pueblo Castellano  
Ira en el corazon, sangre en la mano.

Débil el rey, el prócer insolente,  
Hecho el soldado á la rapiña, al oro  
Aficionado el clero irreverente,  
Rico el Judío y descuidado el Moro,  
Fué la justicia inútil é impotente :  
Nadie atendió al honor, nadie al decoro :  
Nadie seguro en tan infanda tierra  
Al deber acudió, sinó á la guerra.

Constituyose el noble en soberano  
Y el soldado en señor: el caballero  
Se hizo juez, el obispo cortesano,  
Soldado el labrador, aventurero  
El holgazan, bandido el artesano:  
Y, mucha la ambicion, poco el dinero,  
Robó al débil el fuerte, y en la oscura  
Tienda el Judío vil se hartó de usura.

Rebelde á su monarca la nobleza  
Alzó banderas y allegó parciales:  
Cada solar cambiose en fortaleza,  
Cada escudo en pendon: y por leales  
Todos dándose á par y con fiereza  
Temeraria batiéndose, á los males  
Abrieron ancha puerta, y fué la España  
Confusa lid, universal campaña.

Hasta el rey Portugués entró en Castilla  
Su esposa haciendo á su sobriña Juana,  
Y dividióse en bandos cada villa  
En pró ó en contra de la union profana.  
Airado el Santo Padre á tal mancilla  
La sacrílega union declaró vana:  
Mas, al rayo de su ira, el vulgo ciego  
En lugar de extinguir avivó el fuego.

La fé apagada y el honor extinto,  
Perenne manantial de desconsuelos,  
Denso caos, confuso laberinto  
De pasiones, de crímenes y duelos  
De la España infeliz era el recinto :  
Y hundierase su gloria, si los cielos  
No la enviaran un astro de ventura  
Que la alumbrara en noche tan oscura.

Grande, digna, legitima, valiente,  
Cual repentino el sol tras un nublado  
Aparece mas puro y refulgente,  
Apareció ISABEL. Tronó indignado  
Sobre el clamor de la confusa gente  
Su régio acento, y su pendon sagrado  
Alzando en el tumulto de improviso,  
Postróse el pueblo y la acató sumiso.

De ella en pós el Católico Fernando  
Al frente apareció de sus legiones,  
En las banderas de Aragon mostrando  
Las barras á la par de los leones.  
Todo el que noble se juzgó á su bando,  
Por honor ó por miedo, sus pendones  
Unió : y el porvenir con luz mas pura  
Comenzó á esclarecer la edad futura.

Monja en Coímbra la princesa Juana,  
Sin fé su causa y sin valor su bando,  
Vencida la arrogancia Lusitana,  
Rey de Sicilia y Aragon Fernando,  
Reina Isabel en tierra Castellana,  
Quietos los nobles y seguro el mando  
Bajo el doble poder de entrambos reyes,  
Tornó España á su prez, tornó á sus leyes.

Acotó la licencia y el cinismo  
De las viejas costumbres relajadas  
La Inquisicion severa : el Judaismo  
Sepultó su avaricia en las moradas  
De sus oscuras lonjas : á sí mismo  
Volvió el honor Hispano sus miradas,  
Y un siglo entero sin virtud ni gloria  
Vió que manchaba su cristiana historia.

Avergonzada entónces la nobleza,  
Entregó á los monarcas los castillos  
Con que á la rebelion dió fortaleza :  
Y, arrancando sus puentes y rastillos,  
La plebe licenció que la pobreza  
Llevó á su bando : y, libre de caudillos  
Tales, volvió el labriego á sembrar grano  
Y volvió á su taller el artesano.

Viose libre el herial de bandoleros,  
De cohechos el foro, de Judíos  
El mercado, la plebe de usureros,  
La sociedad de vágos y de impíos  
La Fé : viose el erario con dineros,  
Con disciplina la milicia, y, bríos  
Dando á Castilla el genio de otra era,  
Tornó á su fuerza y dignidad primera.

Generacion empero entre el bullicio  
De eslabonadas y feroces guerras  
Nacida, y avezada al ejercicio  
De entrar por muros y trepar por sierras,  
Llegó en esta el valor á ser un vicio  
Y el pelear costumbre : y en sus tierras  
No hallando ya enemigos á las manos,  
Pensó al fin en los fieros Africanos.

Como leon que hambriento se despierta  
Y, al tender la mirada adormecida  
De la llanura en la estension desierta,  
A lo lejos cruzar mal conducida  
La lenta caravana á ver acierta,  
Y avanzado la garra entumecida,  
Crespa la greña y la mirada fosca,  
Para asaltarla en el jaral se embosca :

Así tendió famélica mirada,  
Despertando al honor, el Castellano  
Hácia el florido reino de Granada,  
Embalsamado harén del Africano.  
Así Castilla alerta y emboscada  
De Isabel bajo el trono soberano,  
Solo esperaba su órden impaciente  
Para caer sobre la mora gente.

La católica reyna, sus enojos  
Con varonil prudencia refrenando,  
Fijos tenia los atentos ojos  
En el redil del Agareno bando :  
Y, resuelta á arrancar sus granos rojos  
A Granada uno á uno, con Fernando  
Esperaba en el cielo oir la hora  
Del esterminio de la raza de mora.

Y tenia ya Dios determinado  
El desastroso fin de aquella gente,  
Y al término fatal era llegado  
El poder de las tribus del oriente.  
El trono de Al-hamar habia ocupado  
Su penúltimo rey y, á su occidente  
Tocando ya la berberisca luna,  
Huia hácia Castilla su fortuna.

La discordia civil vertido habia  
El licor de su copa envenenada  
En la alma de los Arabes, y ardia  
El cráter de un volcan bajo Granada :  
Mas oculto en la tierra todavía  
El fuego asolador, aposentada  
Parecia en la Alhambra la ventura,  
Firme su sòlio, su quietud segura.

Reinaba allí Muley Hasan : guerrero  
Mas que rey y politico, su mano  
Nunca el cetro empuño, sinó el acero :  
No temió nunca, sinó odió al cristiano.  
Ni nunca treguas respetó altanero,  
Ni manchó su decoro soberano  
El tributo pagándole rendido  
Por su padre Ismaël que fué vencido.

En diez años de próspero reinado,  
Al porvenir mirando y al decoro  
De su trono, Muley habia logrado  
Su ejército doblar y su tesoro.  
De Africa con los reyes coligado,  
Prevenido á la lid se habia el Moro :  
Y, de viveres y armas hecho apresto,  
En pié sus plazas de defensa puesto.

Numerosos sacó de Berbería  
Escuadrones de tropas auxiliares,  
Del desierto veloz caballería,  
Saeteros de Féz almogavares :  
Y un pié de sus fronteras no tenia  
Sin avanzados puestos militares,  
Ni un cerro de sus reinos á la raya  
Sin el ojo sagaz de una atalaya.

Seguro como un águila en su nido  
En Granada Muley, por sus fronteros  
Guardado, y de sus súbditos temido  
Por los decretos de su ley severos,  
Reinaba en celebrar entretenido  
Con sus enamorados caballeros  
Justas, zambras, saraos deslumbradores  
En honor de la huri de sus amores.

Es esta la cautiva seductora  
Que Isabel de Solís niña y cristiana  
En Martos se llamó, y á quien ahora,  
En el serrallo de Muley Sultana,  
Zoraya llaman, en la lengua mora  
*Lucero precursor de la mañana :*  
Astro en verdad de amor y de hermosura,  
Mas precursor de asolacion futura.

Por el ardiente amor de esta cautiva  
Olvidado Muley de Aija su esposa,  
De su presencia y de su amor la priva :  
Y Aija, como oriental, fiera y celosa  
Y, como reina y afrentada, altiva,  
Disimula la rabia que la acosa  
Alentada no mas por la esperanza  
De tomar en los dos feroz venganza.

Un hijo tiene Abú-Abdilá llamado (1)  
Del rey versátil, y por ella propia  
En ódio de Muley amamantado ;  
Mozo gallardo, de su padre copia,  
Mas contrario á su padre por el hado  
Fatal en que nació, traidor acopia  
El ódio hácia Muley que Aija respira,  
Y el que su estrella personal le inspira.

Guárdale la sultana con desvelo  
Y témele el Monarca por instinto :  
Odiale la Zoraya, con recelo .  
De que á sus hijos dañe cuando, extinto,  
Del amor de Muley la prive el cielo :  
Y Abú-Abdilá entre tanto, en el recinto  
De Granada parciales allegando,  
Sagaz se forma poderoso bando .

Sospechalo Muley ; la favorita,  
En el amor del árabe fiada,  
Diestra su ódio á su rival escita :  
Pero menos contra ambos osa á nada  
Cuanto mas el monarca lo medita.  
Nace así la carcoma de Granada,  
Y Hasan en el peligro se adormece,  
Y el tiempo vuela, y el peligro crece.

¡Escrito estaba y del amor fué pena!  
Perdió Eva al padre de la raza humana,  
A Hércules Deyanira, á Troya Elena,  
Lucrecia al sólio y magestad Romana,  
Florinda á Don Rodrigo ; y la Agarena  
Gente perdióse por la vil cristiana  
Que, dando impura á Boabdil hermanos,  
Dió á sus almas rencor, hierro á sus manos.

¡Escrito estaba! compréndiolo luego  
El postrimer monarca Granadino :  
Y, segun el Korán, el hombre ciego  
Torcer no puede su fatal destino.

¡Escrito estaba! lágrimas de fuego  
Vertiendo del Padúl sobre el camino  
Lo dijo Abú-Abdil, hácia Granada  
Triste volviendo la postrer mirada.

Y escrito estando é inmutable siendo  
El fallo del destino, hácia su ruina  
Arrastrado por él iba corriendo  
Sordo y ciego Muley, á la divina  
É inescusable voluntad cediendo :  
Y esclavo del amor que le domina,  
En mantener no mas piensa á Granada  
Esclava de su hermosa renegada.

Solo por eso su grandeza estima,  
Su prez en mantener piensa por eso :  
Por eso ardor de combatir le anima,  
Triunfos soñando su amoroso esceso.  
Por eso de su alcázar desde encima  
Del muro y agoviado bajo el peso  
De su amante ambicion, se le veia  
Mirar la vega al trasponer el dia (2).

Desde el adarve real de su alcazaba  
De la Alhambra, Muley con complacencia  
Del granadino reino contemplaba  
La amenidad y próspera opulencia :  
Y al cristiano poder desafiaba  
Con desdeñosa y bárbara insolencia,  
Al lejos divisando los pagizos  
Muros de sus castillos fronterizos.

Sonreía el infiel con arrogancia,  
Mirando las montañas guardadoras  
De su tierra, y en fértil abundancia  
Las tribus de sus pueblos moradoras.  
Sonreíase al ver en la distancia  
Del África arribar las naves moras,  
Sobre un mar que parece en lejanía  
Un ceñidor azul de Andalucía.

Embriagábase el Arabe de orgullo  
Contemplando la espléndida hermosura  
De su vega, y serviale de arrullo  
El misterioso són con que murmura  
La sociedad, y el singular murmullo  
Que armoniza do quier el aura pura,  
Cuando oréa con ala sosegada  
La region por los hombres habitada.

Absorto contemplaba el noble Moro  
La vega granadí, huerta estendida  
De su corte á los piés, rico tesoro  
De ócio y placer y manantial de vida :  
Y el alma de Muley, en sueños de oro  
Con pereza oriental adormecida,  
Se gozaba en mirar desde la altura  
Por milésima vez tanta hermosura.

En aquel cielo azul y transparente,  
Pabellon de cristal sin mancha alguna,  
Lucen sobre la tierra eternamente  
Serenos el rojo sol, blanca la luna.  
Allí Genil su límpida corriente  
Vierte con Darro y Monachil á una,  
Brotando á sus regueros creadores  
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el cedro fragante y los almeces  
Amados de los pájaros campéan  
De Jericó á la par con los cipreses ;  
Las vides de Falerno allí se oréan  
Entre pagizas y preñadas mieses,  
Que magnolias espléndidas sombréan :  
Y allí las cañas del Jordan sonoras  
Zumban entre las palmas cimbradoras.

Las de la humana ciencia mas ignotas  
Salutíferas plantas allí quiso  
Dios fecundar, y de las mas remotas  
Tierras los frutos dió á su paraíso :  
Los sagrados laureles del Eurotas,  
Los poéticos tilos del Pamiso,  
De Estambul los ardientes tulipanes,  
De Cartago los frescos arrayanes.

Por sus fragantes y purpúreas rosas  
Sus rosas la cediera Alejandria :  
Por sus morenas hijas voluptuosas  
Sus hijas la Circasia la daria :  
El zumo de sus vides deliciosas  
La campiña de Chipre envidiaria,  
Su frescura los bosques de la Ausonia,  
Sus árabes pensiles Babilonia.

Tal es la vega de Granada : tales  
Las delicias que encierra, y que el monarca  
Desde sus ajimeces orientales  
Con mirada de halcon ufano abarca.  
Tal es su reino entero ; y en sus reales  
Alientos le parece ofrenda parca  
Que llevar à los pies de la que adora,  
De Zoraya, lucero de la aurora.

Por eso se estasia contemplando  
Sus tierras y su corte defendida  
Por las bravas legiones de su mando,  
De mil y treinta torres guarnecida :  
Y al pensar en la corte de Fernando  
En sus tierras aún no establecida  
« ! Venga à pedir, esclama, si se atreve  
El vil tributo que Muley le debe ! »

Y he aquí que, concluyendo en estos días  
El plazo de unas treguas especiales,  
Que acotaban las locas correrías  
Lícitas por las treguas generales,  
No pasando la empresa de tres días,  
No batiendo tambor, ni alzando reales,  
Presentose en la vega una mañana  
Un escuadrón de gente castellana.

Corto, pero á la lid apercebido,  
Companionle apenas cien ginetes  
Que estatuas parecían de bruñido  
Sonante acero. El rostro en los almetes  
Bajo de las viseras escondido  
Traían : sobre malla coseletes  
De triples pasadores barrëados,  
Los caballos de hierro encubertados.

Mazas de nueve puntas y afiladas  
Hachas de desarmar en los arzones :  
Puñales de Milan y anchas espadas  
De Toledo en la cinta, los lanzones  
Al brazo y, en lugar de las rizadas  
Plumas, una cruz de oro en los crestones  
Y otra al pecho, diciendo en un letrero :  
A SU LUZ VIVO Y A SU SOMBRA MUERO.

Del cristiano escuadron á la cabeza  
Marchaba un caballero de Santiago  
Comendador, templando la fiereza  
De un potro negro, que al continuo alhago  
De su señor responde con nobleza  
Cabeceando orgulloso, y al amago  
Del acicate esquivo, á cada instante  
Quiere escapar con ímpetu pujante.

Era este capitan don Juan de Vera  
Del solar de Mendoza : Castellano  
De recto juicio y de virtud severa,  
Celoso asaz del esplendor cristiano:  
Conoce y teme la morisma entera  
Su audaz valor y su pesada mano :  
Y en el tumulto de la lid confusa  
Quien héroe no es su encuentro escusa.

Con paso grave y continente altivo  
Por entre el moro pueblo, que le mira  
Con ojo torbo y ademan esquivo,  
Llegó Don Juan al torreón de Elvira :  
Y vuelto á un renegado que cautivo  
Trae, con voz que magestad respira  
Y en Español, mirando á su decoro,  
Dijo, aunque sabe bien la habla del Moro :

« Dí al capitan del puesto, en Africano,  
Que de estas puertas al umbral espera  
Licencia para hablar al soberano,  
En nombre de su Rey, Don Juan de Vera :  
Y que para él y su escuadron cristiano  
Pide hospitalidad franca y sincera  
Por una noche ; pues, su real mensage  
Cumplido, torna á continuar su viage. »

El renegado en árabe tradujo  
Lo dicho al capitan, el cual montando  
Una yegua que Córdoba produjo  
Y en sus dehesas pació su césped blando,  
Por la árabe ciudad les introdujo  
Hasta que, el alto Bib-Leujar pasando,  
De sus bosques cruzando el laberinto  
Les dejó de la Alhambra en el recinto.

Régia hospitalidad y alojamiento  
Cómodo el moro rey, de su alcazaba  
En una de las torres al intento  
Dispuesta, dioles : muchedumbre esclava  
A sus órdenes puso, cuyo atento  
Cuidado pronto á su obediencia estaba :  
Y les sirvió en opípara comida  
Con caliente manjar fresca bebida.

De ella al fin un kadi, severo anciano  
De barba luenga y paternal mirada,  
Llegó á Don Juan y dijole : « Cristiano,  
La luz de Aláh te alumbre. Tu embajada  
Recibirá mañana el soberano.  
Huéspedés del monarca de Granada  
Sois tú y los tuyos esta noche ; mide  
Por tu deseo su largueza, y pide. »

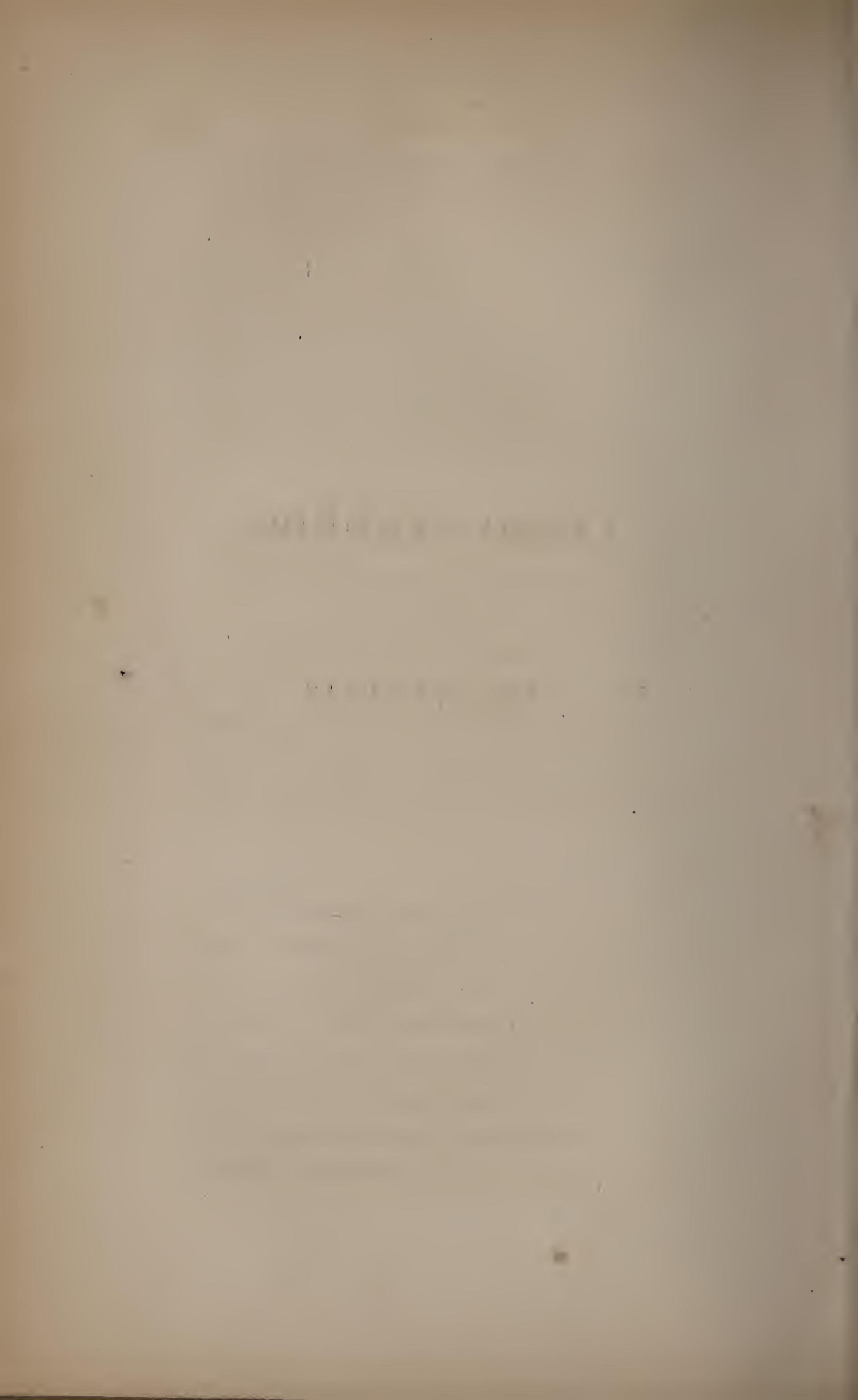
« Anciano, replicó Don Juan de Vera,  
Da gracias á tu rey por su hospedage,  
Y dile que jamás de otra manera  
A caballeros de mi fé y linage  
Que tratara esperé : que á la primera  
Luz del prócsimo dia mi mensaje  
Que oiga le ruego : pues la misma tarde  
Debo partir. He dicho : Dios te guarde. »

Retirose Don Juan á su aposento :  
Mas no sin ver si su cristiana gente  
Tenia cerca de él alojamiento  
A caballeros tales conveniente ;  
Y, con todo el rigor del campamento  
Guardado el torreón militarmente,  
Despues de haber sus oraciones hecho  
Tendiose armado en el morisco lecho.

**LIBRO SEGUNDO.**

---

**LAS SULTANAS**



## EL CAMARIN DE LINDARAJA.

Era una noche azul, pura, serena  
Del fructífero mayo, perfumada  
Con el aroma de sus flores, llena  
De la armonía mística ecsalada  
Por las áuras y fuentes, que en la amena  
Soledad de los bosques y los huertos  
Misteriosas susurran, y alumbrada  
Por la luna creciente con inciertos,  
Trémulos y argentinos resplandores :  
Era una noche, en fin, de esas hermosas  
Noches de paz, inspiracion y amores,  
En que derrama Dios sobre Granada,  
Africana dormida entre las rosas,  
Los rayos de sus ojos creadores  
Y el áura de su aliento embalsamada :  
La misma noche en que Don Juan de Vera  
Huésped del Moro en sus palacios era.

Y era un régio y magnífico aposento  
De la oriental Alhambra, donde el oro,  
El cobalto y el nácar, en labores  
Mágicas trabajadas á lo moro,  
Brillaban desde el techo al pavimento,  
A los suaves y tímidos fulgores  
Que una aromada lámpara esparcía  
Que en una taza de alabastro ardia.

A un lado de esta cámara ostentosa  
Y por bajo de un arco que cubría  
Damasquino tapíz, se abría paso  
Una estrecha y cruzada galería,  
Formada de esta estancia por el muro  
Y un balcon, por do entraba misteriosa  
De los astros la luz, el aire puro  
Y el són del agua que, en raudal escaso,  
Vertia Darro por el valle oscuro.

El suelo de esta estancia deliciosa  
Era de blanco mármol, á pedazos  
Cubierto de alkatifas argelinas  
Y cojines de raso azul y rosa :  
Sus puertas se cerraban con cortinas  
De telas de oro y seda, que con lazos  
Broches y trenzas de ámbar y corales,

Se recogian en profusos pliegues  
Al gusto de los pueblos orientales :  
Y en el segundo cuerpo de los muros  
Se abrian dos moriscos agimeces  
De esquisita labor y árabes, puros,  
Elegantes contornos  
Y calados y espléndidos adornos.

Tras de sus celosías iba á veces  
El Rey ocultamente, de sus serios  
Afanos esquivándose un instante,  
A sorprender los íntimos misterios  
De las mujeres moras  
De esta cámara real habitadoras ;  
Gozando así en secreto  
Desde aquellas arábigas ventanas  
Las voluptuosas danzas, las moriscas  
Cántigas y nocturnas diversiones  
A que, con sus esclavas y odaliscas,  
Se entregaban alegres las sultanas.

El balcon, que en el fondo  
De la estancia se abria  
Mas allá de la estrecha galería,  
Era otra especie de ajimez, labrado  
Con el mas esquisito y rico adorno

Por arquitectos Moros inventado :  
Y un deleitoso camarín fingía,  
Cuyas ventanas rodéaba en torno  
De cedro una movable celosía.

Era pues el balcon de aquella estancia  
    Régia y maravillosa  
Un mirador calado, que aspiraba  
De su ajimez morisco por los huecos,  
De los vecinos huertos la fragancia,  
La música del agua rumorosa,  
Que en la sombra corria,  
Y el canto de las aves que albergaba  
La arboleda del río, y cuyos ecos  
Murmurador el aire allí traía.  
Entre este camarín y este aposento,  
Con caracteres de oro (en una faja  
De púrpura y azul que se tendía  
Por bajo el circular cornisamento  
Del ajimez) escrito se veía  
Un rótulo miniado, que decía :  
« MIRADOR DE LA HERMOSA LINDARAJA (1) : »  
Y á fé que el mirador es un portento  
De la elegante arquitectura mora  
Y un santuario de amor y poesía :  
Regalo al fin de un árabe opulento  
A la mujer feliz que le enamora.

En esta régia cámara moruna,  
De aquella hermosa noche en las primeras  
Horas, al suave claro de la luna  
Y al rumor de las ráfagas ligeras  
Que entraban por las árabes ventanas,  
Yacia, al parecer sin pena alguna,  
Hada gentil de su mansion divina,  
La mas bella y feliz de las sultanas  
Que habitaron la Alhambra Granadina.

Los mullidos cojines, apilados  
Bajo su cuerpo leve, sostenian  
Muellemente sus miembros delicados :  
Sus perezosos brazos se tendian  
Sobre la pluma sin vigor : caian  
Sus rizos de la faz por ambos lados  
Sobre sus blancos hombros : ancho, lleno,  
Del morisco jubon bajo la seda,  
Al aspirar con álitos pausados,  
Se dibujaba su redondo seno  
Cual dos montones de apretada nieve  
Que en la redonda copa de ancho pino  
El aire cuaja lento y manso mueve :  
Y á través del calzon, de cuyo lino  
Lôs pliegues mil su cuerpo peregrino  
Ceñian, bien bajo el tejido leve  
Podianse admirár, y á pesar de ellos,

De su cintura y muslo alabastrino  
La pura tez y los contornos bellos.  
Su enano pié calzaban  
Chinelas de brocado: sus tobillos  
Ajorcas primorosas adornaban  
Hechas de gruesas perlas, que horadaban  
Por su grueso mayor aúreos arillos:  
Sus brazos dobles sartas de corales,  
Sus orejas riquísimos zarcillos:  
Y, á usanza de las Moras principales,  
Ostentaba sus uñas nacaradas  
Con azul costosísimo miniadas (2).

Era en verdad bellísima la Mora,  
Y merecía bien tanta riqueza,  
Y ser de tal estancia moradora,  
Y mandar con despótica entereza,  
Y obedecida ser como señora.

Una mirada de sus negros ojos  
Mas que un alcázar para el Rey valía:  
Por solo un beso de sus labios rojos  
Una ciudad frontera vendería:  
Por el mas infantil de sus antojos  
La cabeza mas noble inmolaría:  
No tenia su amor precio ni raya

En la alma de Muley — Es la Zoraya.  
Es ella, la sultana favorita  
Que á solas en su cámara le espera :  
Y aunque parece que feliz dormita  
Y que nada la acosa, ni la altera,  
Secreto afán su corazon agita  
Y sueña... ¡ como sueña la pantera  
    Con la sangre caliente  
En que espera aplacar su sed ardiente !

Entoldada la luz de sus pupilas  
Con los cerrados párpados conserva,  
Sus facciones inmóviles y tranquilas :  
Grata molicie al parecer la enerva :  
Pero su corazon guarda un intento  
Harto feroz, cuya afición proterba  
Se oculta en su reposo soñoliento  
Como un áspid letal bajo la yerba.

Imágen bella, voluptuosa y pura  
De las hurís que colocó Mahoma  
En su eternal Edén, por su hermosura  
Parecía una cándida paloma  
En la forma ideal de su figura :  
Un cuerpo de mujer en que se encierra  
El puro sér de un ángel, á la oscura

Region mortal de nuestra baja tierra  
Enviado, á perfumarla con su aroma  
Y á derramar en ella su ventura.  
Pero la torba luz de su mirada,  
La cortina de sombra que en su frente  
Tiende su ceño cuando mira airada,  
La contraccion apenas perceptible  
Con que el extremo de su labio ardiente  
    Arruga su sonrisa,  
De la escondida peligrosa hoguera  
Que arde en su doble corazon avisa,  
    Y en la faz de la Mora  
Con resplandor siniestro reverbera.  
Muley por su belleza seductora  
*Luz de la aurora* la llamó... y tal era  
La luz de este *lucero de la aurora* :  
Tal es Zoraya que á Muley espera.

Oyose al cabo en el jardin vecino,  
Bajo el abierto mirador cercano,  
El dulce són de un cántico africano  
Que una morisca guzla acompañaba :  
Són con que la anunciaba de contino  
La llegada del Rey atenta esclava.  
Estremeció los miembros de la Mora  
Movimiento nervioso : mas tan leve  
    Que resbalar no hizo

Por su cuello, mas blanco que la nieve,  
El mas ligero descompuesto rizo :  
    Ni de su blando lecho  
Un pliegue solamente descompuso :  
Ni con respiracion mas presurosa  
Se hincharon los contornos de su pecho.  
    Inmóvil, silenciosa,  
Cual si no le sintiera ni aguardara,  
En su aparente sueño y perézoza  
    E incentiva postura  
Dejó la hermosa que Muley llegara  
El veneno á beber de su hermosura.

Envuelto en su alquicel, bajo el plegado  
Pabellon de la azul tapiceria,  
Apareció Muley : tendió callado  
Una sagaz mirada escrutadora  
Por sobre cuanto en derredor habia,  
Y dilató su labio desdeñoso  
Sonrisa de placer, viendo á la Mora  
Que sobre los cojines en reposo  
Con abandono tentador yacia.

Llegose á ella y contempló un instante  
La tranquila espresion de sus facciones,  
Por milésima vez con ojo amante

Recorriendo voráz las perfecciones  
De aquel cuerpo, velado escasamente  
Por el leve ropaje transparente  
Sobre los apilados almohadones.

Llegose y admiró bajo la pura  
Nívea tez, á través de su blancura,  
La red sutil de las azules venas,  
Cuyo tegido transparente indica  
Que aquella piel purísima y nevada  
Encubre el alma ardiente y vivifica  
La complexion fogosa, enamorada,  
Que á su téz atribuyen las morenas ;  
Y percibió el aroma con que el baño  
Su cuerpo perfumó, de que las Moras  
Granadinas usaban todo el año ;  
Y el rumor escuchó, sensible apenas,  
De su respiracion igual y suave,  
Y sin poder con su amoroso exceso  
Sobre su boca de coral, que sabe  
Y trasciende al alöe de Corinto,  
Depositó Muley un ámplio beso  
Que crujió de la estancia en el recinto.

Abrió Zoraya los ardientes ojos,  
Y al fijar su mirada

Sobre la fáz del Arabe, cambiada  
De colérica en tierna, con acento  
Mas grato que el murmullo soñoliento  
Que levanta la brisa en la enramada,  
Dijole, disipando los enojos  
Que acaso al despertar fingió indignada :

« Te esperaba, Señor : aunque dormía  
« Mi corazon velaba, y en mi sueño  
« La leve huella de tu pié sentia  
« Que á mis amantes brazos te traia,  
« Bizarro Amir, de mi ecsistencia dueño. »

« Apenas en los altos alminares  
(Contestola Muley) la voz sonora  
« Del *muezin* anunció la última hora (3)  
    « De la oracion del dia,  
« A favor de las sombras tutelares  
« Vengo á tí, manantial del agua pura  
« En que templa su sed el alma mia:  
« Y heme á tus piés, LUCERO DE LA AURORA  
« Que me alumbras do quier con tu hermosura.  
    « Llamástemme en secreto,  
« Sol de mi corazon, y aquí me tienes  
« A tu absoluta voluntad sujeto.  
« Habla ; ¿ que quieres de tu esclavo ? ¿ Bienes ?

« Mi reino es tuyo : véndele. ¿Deseas  
« Regocijos y zambras? Mis juglares  
« Llama, mis nobles Arabes convoca;  
« Y aquellos con mil juegos malavares,  
« Y estos con toros, cañas y tornéos,  
« En fiesta interminable, libre y loca,  
« Sácién en Bib-arrambla tus deseos.  
« ¿O tal vez algun vil desventurado  
« Tu enojo escita? Nómbrale, y aunque haya  
« Mi amigo sido ó su niñez pasado  
« Junto á mí, y yo partido mi grandeza  
« Con él, te juro por tu amor, Zoraya,  
« Que te embiaré mañana su cabeza. »

Decia así Muley, en la locura  
De la pasion que el alma le devora,  
Y sonreía oyéndole la Mora  
De la pasion del Arabe segura.

Sus dedos de marfil entre la cana  
Barba de Hasan con infantil cariño  
Pasó y con complacencia la Sultana,  
Dejándola aromada con su mano :  
Y con caricia tal, própia de un niño,  
Trajo á sus piés sobre el cojin liviano  
Trémulo de placer al Africano.

Zoraya entónces, su gentil cabeza  
En el hombro del Moro reclinando,  
Y el fuerte talisman de su belleza  
Contra el alma del Arabe empleando,  
Así le empezó á hablar, el suave aliento  
De su boca balsámica de intento  
Hasta la boca de Muley enviando.  
Diálogo tal entre los dos trabando.

## ZORAYA.

Sabes cuanto te amé. Niña y cautiva  
Me crié al lado tuyo entre las flores  
De los jardines de tu Alhambra : esquivada  
Despues á los alhagos tentadores  
De tus bizarros nobles Granadinos,  
Negué mi juventud y mi belleza  
A cuanto no eras tú con entereza...  
¡ Sentía ya ligados nuestros sinos !  
Hizo en tí de los astros la influencia  
Su efecto al cabo : me encontraste hermosa,  
Cediste del destino á la sentencia,  
Y pagaste mi amor, y fuí dichosa.  
La tierra en que nací y el amoroso  
Dulce calor del maternal regazo,  
El acento del padre cariñoso,  
Su castillo feudal que, en el ribazo  
De un cerro, se levanta pintoresco

Cercado de alamedas, cuyo arrullo  
 Salud le daban y armonía y fresco  
 De despeñadas aguas al murmullo,  
 Todo lo eché por fin de mi memoria:  
 Y, del nombre y la fé de mis mayores  
 Renegando, las puertas de su gloria  
 Perjura me cerré por tus amores.

MULEY HASAN.

¿ Y cuando lo olvidé, luz de la aurora?  
 ¿ No comprendí tu abnegacion y entero  
 Mi corazon te dí? Tu eres señora  
 Dél todavía; lo que quieras quiero.

ZORAYA.

Quiero, Señor, decirte lo que acaso  
 No te deje otro afecto libremente  
 Comprender y juzgar : porque traspaso  
 Los limites tal vez de lo prudente  
 Con tan audáz revelacion ; empero  
 Mas que el respeto y la prudencia fuerte  
 Mi cariño por tí, salvarte quiero  
 Aun á peligro de mi própia muerte.

MULEY HASAN.

¡ Salvarme ! ¿ Y de qué riesgo? Habla.

ZORAYA.

Un instante

Oye en calma, Señor. Yo, que las horas  
 De tu ecsistencia en vela paso amante,  
 Sé por tu bien lo que imprudente ignoras.

Tienes, Señor, un hijo cuya estrella  
A Granada es fatal, según los sabios  
Que su horóscopo hicieron.

MULEY HASAN.

La luz de ella  
Pende no mas de un soplo de mis labios.

ZORAYA.

Y el soplo de tus labios solo pende  
De un acero traidor que en tu garganta  
Le corte.

MULEY HASAN.

¿Abú Abdil...?

ZORAYA.

Señor, atiende.

MULEY HASAN.

Prosigue.

ZORAYA.

De él y de su madre es tanta  
Por reinar la impaciencia que á estas horas,  
Traidores á su rey y de él parciales,  
Bajo los techos de las casas moras  
Se afilan en silencio mil puñales.

MULEY HASAN.

Sé que Aija.....

ZORAYA.

Me detesta.

MULEY HASAN.

¡ Ay si te mira

Solo un momento con semblante torbo!

ZORAYA.

¡ Y ay de tí, si la rábía que la inspira  
No sofocas, Muley! No será estorbo  
Yá ni el filial ni el conyugal cariño  
Para intentar el crimen: la serpiente  
Da emponzoñados huevos, y el que niño  
Para su padre fué desobediente,  
Traidor para su rey será mañana.

MULEY HASAN.

Desecha tu temor, Zoraya mia:  
Les conozco á los dos: mas será vana  
Su ostinada ambicion: se les espía.

ZORAYA.

¿ Pero ignoras, Señor, que está plagada  
Tu corte de los suyos?

MULEY HASAN.

Sé sus nombres.

ZORAYA.

¿ Y sabes que propalan por Granada  
Que Dios está por él?

MULEY HASAN.

Pero los hombres  
Crédito no les dán.

ZORAYA.

Rey, te equivocas:  
Aly-Athár el de Loja y la Alpujarra  
Toda con él, sus esperanzas locas

Apoyan con la fé y la cimitarra.

MULEY HASAN.

La fé y mis cimitarras á sus breñas  
Les volverán.

ZORAYA.

Te engañas : los villanos  
Reniegan de su fé, segun las señas,  
Pues pactan contra tí con los cristianos.

MULEY HASAN.

Zoraya, sus delirios ha venido  
A contarte algun loco. Te detestan  
Y ambicionan reinar : mas nunca han sido  
Del Nazareno amigos.

ZORAYA.

Pues se aprestan  
Los Nazarenos á su voz...

MULEY HASAN.

¿Patrañas  
Por derviches lunáticos vertidas !

ZORAYA.

Empresas ciertas, aunque asaz estrañas :  
Peligrosas, Muley, mas emprendidas.  
Yo, por tí en vela, presentí el estrago  
De este huracán que nubecilla asoma ;  
Sé que es tu hijo y te diran que lo hago  
Por amor á los mios : pero toma.

Tal diciendo Zoraya, de entre el raso  
De los blandos cojines Tunecinos,  
Prevenidos sin duda para el caso  
De antemano, sacó dos pergaminos :  
Y con aquella singular sonrisa  
En cuya móvil espresion graciosa  
Algo tal vez siniestro se divisa,  
A Muley presentóseles la hermosa :  
Y al tomarles Muley : « Mira, le dijo,  
« A través de esta tinta venenosa,  
« El alma de la madre y la del hijo. »

Desplegoles Muley, aprocsimándose  
Al vaso de alabastro transparente  
Donde la luz ardía, demudándose  
Su semblante al leer: con ojo ardiente  
La Mora le espió, de su creciente  
Cólera apercibiéndose, y su flecha.  
Viendo herir en el blanco, dulcemente  
En el mullido lecho reclinándose,  
Tornó á la antigua calma, indiferente.

Mas torbo, mas feróz á cada instante  
Segun adelantaba en su lectura  
Se tornaba del Arabe el semblante.  
Fulguraban sus ojos : insegura

Plegaba una sonrisa repugnante  
Su desdeñoso labio, y la amargura  
De la hiel que el escrito rebosaba  
En su lívida fáz amarilleaba.

« ¡ Traidores ! dijo al fin, el pergamino  
Con los crispados dedos estrujando.  
¡ Traidores ! En buen hora, en su destino  
Con ceguedad estúpida fiando,  
Abrirse intenten al poder camino  
Y astutos formen revoltoso bando :  
¡ Pero poner por escalon del trono  
Al Cristiano ! ... Jamás se lo perdono.  
Jamás : jamás. » Y con ahogado acento  
Repitiendo « jamás, » como una fiera  
Enjaulada, cruzaba el aposento  
De uno á otro lado, cual si presa fuera  
De vértigo infernal. Sagaz, atento  
Y abierto apenas de la Mora el ojo,  
Por mas que indiferente pareciera,  
Seguia con afán su movimiento,  
La progresion pesando de su enojo.

De repente Muley frente á la Mora  
Parose, y cual si en ella se aprestara  
La cólera á estrellar que en sí atesora

El ecsaltado corazon, la dijo  
 Con destemplada voz y cara á cara :  
 « ¿ Y por qué medios, tan sagaz, penetras  
 Los secretos de Aija y de su hijo ?  
     ¿ Quién te trajo las llaves  
 Del misterio encerrado en estas letras ?  
 Si esto es una verdad ¿ cómo la sabes ?

— « Señor, dijo Zoraya levantando  
     La cabeza con calma,  
 Desecha tu temor, templa tu ira :  
 Quien vendió á Abú Abdil vendió su alma  
 Al padre del pecado y la mentira.  
 Este secreto de tu raza infando  
 Yace en la tumba yá : libre respira,  
 Muley : la esclava te veló tu sueño  
 Y el mensajero vil de esa escritura,  
 Al descolgarse audáz de tu alcazaba  
 Por la torre del agua, sepultura  
 A demandar no mas bajó á tu esclava.  
 — ¡ A tí, Zoraya ! — A mi ; porque yo vivo  
 Tan solo para tí. — Mas... no comprendo...  
 — ¿ De qué me sirve, pues, tanto cautivo  
 Como me dás, Muley ? De los traidores  
 Argos les hice yo : de ellos aprendo :  
 Y como ellos tambien, compro traidores ;  
 Me acechan sin cesar, y les acecho :

Tus secretos espian y yo el suyo  
Bajo á buscar al fondo de su pecho.  
No tienen mis esclavos otro oficio,  
Ni Abú Abdil ni Aija un pensamiento  
Oculto para mí : mi sér, mi vida,  
Consagrados están á tu servicio.  
En esos pergaminos te presento  
La desnuda verdad : está cumplida  
Mi obligacion. Desde hoy nuestra ecsistencia,  
    Señor, está en tu mano.

Lee y lee sin pasion : juzga y sentencia :  
Castiga justo, ó liberal perdona :  
    Tú eres el soberano :  
Mas escoge entre el hijo y la corona.  
En cuanto á mi, señor, yo soy tu esclava ;  
Que en la balanza igual de tu justicia  
No sea yo jamás peso, ni traba.  
El noble amor, que abrigo  
En mi pecho portí, no es de cristiano  
Cobarde corazon ; yo, pues, contigo  
Triunfaré ó moriré como Sultana  
Que tu lecho y tu amor no partió en vano,  
Amir : por que mi sangre es castellana,  
Pero mi corazon es africano.»

Calló Zoraya y se tornó en el lecho  
    A reclinar tranquila:

Y el rey quedó como de mármol hecho  
Contemplándola, inmóvil y derecho,  
Dilatada de asombro la pupila.

Jamás la vió ni la creyó dotada  
De corazon tan varonil y entero,  
Ni sospechó que su alma apasionada  
Atesorara amor tan verdadero.  
Indolente, pasiva, abandonada,  
Henchida la juzgó de amor sincero  
Siempre : mas siempre tímida, indecisa,  
Y á toda intriga al parecer agena,  
Con el cariño de su rey pagada  
De su dorada esclavitud, precisa  
Por los preceptos de la fé Agarena.

Hombre Muley de cabellera cana  
Pero de jóven corazon y aliento  
Heroíco y viril, halló contento  
Un alma varonil en la Sultana.  
Absorto de ello en el primer momento  
En créer vaciló lo que veía :  
Bajó á su corazon su pensamiento  
Y ahogó su voluntad con la alegría :  
Y cuanto mas dudaba  
Tanto mas en la duda se engreía :

Y cuanto mas crecia  
La inaccion que su sér paralizaba,  
El fuego del amor que le hechizaba  
Mas violento en su pecho se encendia.

Conociólo bien la artificiosa  
Y astuta renegada y contemplando  
Llegada la ocasion, que codiciosa  
Preparó en muchos años con constante  
Mañoso afán y con prudencia mucha,  
La máscara arrojó de su semblante  
Y cara á cara se aprestó á la lucha.

Ya era Muley su esclavo : sus antojos  
Leyes eran para él : solo tenia  
Para adorarla corazon, y ojos  
Solo para mirar lo que veia  
Por sus ojos Zoraya. Era ya tarde  
Para que su razon iluminara  
Su avasallado corazon : yacia  
Ciego esclavo á los piés de su señora :  
Y el monarca despótico, el guerrero  
Indomable, el leon de las arenas  
Abrasadas de Zahara,  
Esclavo de la esclava á quien adora,  
Era no mas que tímido cordero

Amarrado de amor con las cadenas.  
Pero ¡ así estaba escrito, y aun lo llora  
La gente del desierto que en sus venas  
La sangre guarda de la raza mora !

Por eso fascinado, enloquecido  
Por su pasión, Muley veía solo  
De la Mora el amor apetecido  
Tanto por él, pero jamás el dolo,  
Mas nunca la ambición de soberana :  
    Y por eso rendido  
A tal fascinación, con ambas manos  
    Tomó los pies enanos  
De la Mora gentil, y enardecido  
Por su insana pasión, puso sobre ellos  
Muchas veces sus labios soberanos.  
« Sí (esclamó) : tú lo has dicho, que conmigo  
Vencerás ó caerás como sultana :  
Y has dicho la verdad ; tú soberana  
Conmigo reinarás : yo te lo digo. »

Volvió la renegada la cabeza  
Hacia el Rey otra vez con la sonrisa  
De un ángel (y la aureola de belleza  
De una visión que en sueños se divisa  
Circundaba su faz), y en el sonoro

Idioma de los Arabes le dijo :  
« Amir, tú eres mi dueño y yo te adoro.  
Te dije la verdad : mas es tu hijo. »

Agolpose la sangre á la mejilla  
Del rey á estas palabras, y con rabia  
Concentrada exclamó : « No es hijo mio  
Quien favor contra mí pide á Castilla.  
De la palma jamás la dulce sábia  
Fecundó la mortífera cicuta :  
No es hijo mio quien mi fé mancilla  
Y yo, sin vacilar, contra el impío  
Alzaré de las leyes la enchilla.  
— Piénsalo, Amir. — Mi ley es absoluta.  
— Muley, en su favor habló el destino.  
— Yo haré mentir la prediccion aciaga,  
Y su estrella fatal, que nos amaga,  
Apagaré en mitad de su camino. »

Reverberaban de Muley los ojos  
Y chispeaban los ojos de la Mora  
Con vívidos destellos :  
Estos de la ambicion devoradora  
Con el triunfante resplandor, y aquellos  
Con el torbo fulgor de los enojos.

Pasaron todavía unos instantes  
De plática en secreto  
Uno de otro en los brazos : el objeto  
De tal conversacion le comprendía  
El corazon no más de ambos amantes :  
Solo el susurro de su voz se oía.

A poco, de los brazos de la Mora  
Desprendiéndose el Arabe, embozose  
En su blanco alquicel y hácia el calado  
Arco del mirador adelantose.  
Siguióle hasta el umbral la encantadora  
Sultana, con un beso regalado  
Sellando el labio de Muley, quien presto  
A desaparecer por la escusada  
Galería la dijo : « Aláh te guarde,  
Lucero de la aurora.

— El te acompañe, amir, dijo Zoraya :  
Perdona empero al alma enamorada  
Si duelo te causó. — La llama que arde  
Inextinguible, inmensa  
En mi pecho, Zoraya idolatrada,  
Al amor que en el tuyo se atesora  
Digna procurará dar recompensa.  
— Los destinos, Señor... — Yo haré que fijos  
En tu favor los astros permanezcan :  
Yo te lo juro, luz del alma mia,

Tu reinarás y reinarán tus hijos :  
Deja que el tiempo corra y ellos crezcan. »

Dijo el rey y tomó la galería :  
Y por verle cruzar el lindo huerto,  
A donde oculta la escalera baja  
Y la esclava le espera al entre abierto  
Postigo, descorrió la celosía  
Del dorado balcon de Lindaraja  
Zoraya, y saludole muchas veces,  
Mientras en el jardin le distinguía  
Desde los arabescos ajimeces.

Y hé aquí que mientras ella contemplaba  
El jardin, y la espalda al aposento  
Para mirar á su señor tornaba,  
Bajo la celosía que se alzaba  
De una de las ventanas que en el muro  
Lateral de la cámara se abrian,  
Sagaz, osado, atento,  
Como á la voz secreta de un conjuro  
Asomó un rostro pálido un momento :  
Un rostro de mujer en que lucian  
Dos ojos como rayos en lo oscuro.  
Clavaron estos ojos en la Mora,  
Vuelta hácia el huerto aún, una mirada

Rencorosa, tenaz, devoradora :  
Y las palabras lugúbres dejando  
Una á una salir con voz ahogada,  
Cual sin querer la idéa formulando  
En la palabra apenas pronunciada,  
Murmuró la mujer allí asomada :  
« ¿ Tú reinarás y reinarán tus hijos,  
« Porque hará que los astros permanezcan  
« En tu favor resplandeciendo fijos?...  
« ¡ Deja que el tiempo corra y ellos crezcan ! »

Dijo : y, volviendo el rostro la sultana  
Hácia el rico aposento,  
Tornó á desaparecer en un momento  
El rostro de mujer de la ventana.

---

## II

### EL SALON DE COMARES.

Amanecía apenas : los reflejos  
De la rosada luz del sol naciente  
A dorar comenzaban á lo lejos  
De la ancha sierra la arbolada frente :  
Y empezaba la aurora purpurina  
Ostentosa á tender su velo de oro  
    Prendido en el oriente,  
Sobre la estensa vega Granadina,  
    Ceñidor de verdura,  
Morisco chal que envuelve la cintura  
De la ciudad en donde reina el Moro.

Comenzaba á sus cárdenos fulgores  
La tierra fértil á tomar colores,  
Exalando de sí el aroma suave  
De la humedad nocturna, y comenzaba

La flor á abrirse, á gorgear el ave,  
Y la brisa del alba revoltosa  
A estremecer del bosque, donde erraba,  
La cabellera verde y rumorosa.

Fresca, gentil, risueña,  
A la primera luz de la mañana  
Se despertaba la ciudad sultana,  
De cien ciudades orgullosa dueña :  
La ciudad del amor y de las flores :  
La ardiente y hermosísima Africana,  
Que reclina su frente soberana  
Sobre el fresco tapiz de mil colores  
Que á sus piés tiende su florida tierra,  
Y cuyas orlas por do quier remata  
Con caireles de lázuli y de plata,  
Ya el mar que entorno de ella se dilata,  
Ya la nevada fronteriza sierra.

Asomado á un balcon de la alta torre  
Llamada de Comares, cuyo asiento  
El Darro besa que á su planta corre  
Regando huertas mil en curso lento,  
Esperaba el Rey árabe la hora  
De recibir al Castellano Vera,  
Quien no quería que en la corte mora

La venidera aurora  
Su embajada sin dar le amaneciera.

La gente Granadina  
Con la nueva alarmada  
De aquella ceremonia, aglomerada  
Ante Bib-el-Leujar la matutina  
Luz aguardaba con afán, curiosa  
De conocer el fin de esta embajada,  
Mas misteriosa cuanto no esperada.

Mil interpretaciones  
Daba á su objeto el vulgo : comentaban  
Los viejos y santones  
Las causas y políticas razones,  
Que pudieron mover al Rey cristiano  
A enviar á la ciudad del Africano  
La enseña militar de sus legiones :  
Mas fatigaban el discurso en vano ;  
Ignoraba hasta el Rey las intenciones  
Con que vino á su corte el Castellano.

Este á su vez y entanto, prevenido  
Para cumplir con su mision, oía  
Desde la torre que ocupaba el ruido

Que de ella al pié la multitud hacia.  
Ya antes del alba con atento oído,  
Ojo sagaz y espíritu mañero,  
La situacion inspeccionado había  
De la árabe ciudad el caballero.

De pechos en la almena  
De su torre moruna,  
Al resplandor de la creciente luna  
La contempló de fortalezas llena,  
De muros bien cercada,  
Bajo un clima feliz y en cultivada  
Campiña rica, saludable, amena,  
Por tres rios á par fecundizada,  
Y favorita en fin sin duda alguna  
Del amor de la próspera fortuna :  
Y el noble Castellano, inteligente  
En el arte y estudios de la guerra,  
Vio que estada en su tierra  
Bien prevenida la Africana gente.

Comprendió de Don Juan el buen sentido  
En la quietud de su nocturna vela,  
Que habia el moro rey, muy entendido,  
Coronado sus torres y alminares  
Por uno y otro atento centinela,

Y diestra y sábiamente repartido  
Sus vigias y puestos militares :  
Concluyendo por fin Don Juan de Vera  
De la ciudad entera  
La nocturna revista,  
Diciéndose á sí mismo sin reparo  
Cuanto iba á ser al Castellano caro  
Lograr de aquella tierra la conquista.

Hallabase en la torre todavía  
El buen comendador, rectificando  
A la primera luz del nuevo dia  
El juicio que hecho por la noche había,  
Cuando vió que á su torre aproximando  
Un escuadron de Moros se venía,  
La plaza del aljibe atravesando.  
Dejó la almena, convocó su gente  
Y, á la plaza bajando,  
La tendió de los Arabes en frente.

Entónces el wazir, que administraba  
La justicia del reino  
Y el gobierno interior de la alcazaba  
Del Granadino Rey, ante la fila  
De los ginetes árabes saliendo,  
Fuese para Don Juan, con faz tranquila

Y sosegada voz así diciendo :  
« La fé de Aláh te alumbre, Castellano.  
« Has demandado con la luz primera  
« Al Rey hablar : ven pues, que ya te espera  
« Del consejo en presencia el soberano. »  
Encontrando la arenga algo altanera  
Y contemplando al Arabe un momento  
« Vamos » dijo no más don Juan de Vera :  
Y á paso noble, magestuoso y lento,  
De la ancha plaza atravesó el espacio  
Que apartaba no mas su alojamiento  
De las doradas puertas del palacio.

De la soberbía torre de Comares  
En la ostentosa cámara, alfombrada  
Con alkatifas persas, perfumada  
Con pebeteros de oro y con millares  
De estrañas, ricas y olorosas flores  
Que en sus pensiles dán los Alijares,  
Esperaba Muley al Castellano  
En medio de su corte y su nobleza,  
Queriendo ante los ojos del cristiano  
Hacer ostentacion de su grandeza.

Con la rosada luz de la mañana  
Resplandecia en toda su hermosura

## La labor africana

De aquella estancia régia, que figura  
Un pabellon de rica filigrana,  
Trabajo de algun Genio por ventura  
Segun la tradicion mahometana.

En torno de Muley, sobre divanes  
De púrpura, los viejos consejeros,  
Los kadis y los nobles capitanes  
Del ejército, estaban los primeros.

De su rey menos cerca,  
De pié, con respetuosos ademanes,  
Los demás cortesanos caballeros  
Ocupaban el patio de la alberca  
A sombra de sus frescos arrayanes.

El estanque y las fuentes del palacio,  
Ornadas con vistosos surtidores,  
Poblaban el espacio  
De caños de cruzados saltadores  
Que, deshechos en gotas en la altura,  
Doblaban del ambiente la frescura  
Como perlas cayendo entre las flores,  
Que al borde crecen de la alberca pura  
Llena de pececillos de colores.

Del wazir precedido  
Y de diez caballeros Castellanos  
Por decoro seguido,  
Armado de los piés hasta las manos,  
Del manto de Santiago revestido,  
Con apostura grave y altanera,  
Por medio de los nobles Africanos  
El patio atravesó Don Juan de Vera.

Torba mirada de los ojos fieros  
Del círculo de Moros caballeros  
Pesó sobre don Juan desde su entrada,  
Manteniéndose en él, tenáz, clavada,  
Hasta los piés de el granadino trono;  
Bien revelando el animoso encono  
Con que su roja Cruz se ve en Granada.

Don Juan, empero, en ademan tranquilo,  
Y mesurado aunque orgulloso porte,  
Avanzó hasta el marmóreo peristilo  
Que da entrada al salon do está la corte :  
Llegó hasta el trono de Muley y en tierra,  
Sin humildad, hincando una rodilla,  
Preséntole una caja en que se encierra  
Su régia credencial dada en Sevilla.

Tomola sin abrirla el Africano  
Con altivo desden, y del prolijo  
Ceremonial haciendo al Castellano  
Amplia merced, lacónico le dijo :  
« Ya te escucha Muley : habla, Cristiano. »  
Pusose en pié Don Juan y con pausada  
Voz, que pudo entender el mas lejano,  
De esta manera espuso su embajada :

« Yo, Don Juan de la Vera, caballero  
« Comendador del órden de Santiago,  
« En nombre de mi rey vengo : primero,  
« A reclamar al atrasado pago  
« De tu tributo anual integro, entero,  
« Y despues, de Castilla con Granada  
« La tregua á prolongar, que es acabada. »

Dijo Don Juan y enrojeció el semblante  
Del Arabe la cólera : en la estancia  
Rumor universal cundió al instante  
De indignacion terrible, la arrogancia  
De tal mensaje oyendo : mas de un guante  
Se alzó en contestacion de su jactancia :  
Mas de un Moro dió un paso hácia adelante,  
Puesta la mano en el alfanje : empero  
Sus iras atajó Muley severo.

« Cristiano (dijo el rey con voz airada),  
« Ve á decir á los reyes castellanos  
« Que han muerto ya los reyes de Granada  
« Que pagaban tributo á los cristianos :  
« Que la moneda entónces acuñada  
« No conocemos ya, ni nuestras manos  
« Labran ya mas metales que el acero  
« De que forja su arnés el Caballero.

« Oiste : parte, pues. Yo te perdono  
« La vida y la embajada. A la frontera  
« Del reino salvo llegarás : mi encono  
« No infringirá mi fé : mas la postrera  
« Colina al trasponer donde mi trono  
« Se respeta y tremola mi bandera,  
« De mi hablar oirás, yo te lo juro  
« Castellano. Ve en paz, que vas seguro. »

« Moros, dijo don Juan con altanero  
« Mas tranquilo ademan, si mi mensaje  
« Os ofendió, ved bien que el mensajero  
« Ni un punto le ha añadido : mi lenguaje  
« Fue exactamente el de mi rey : y espero  
« Que ninguno por él me hará el ultraje  
« De esquivar con desden, si es que me halla,  
« El bote de mi lanza en la batalla. »

Dijo Don Juan. Los nobles Africanos,  
De los valientes siempre apreciadores,  
Abrieron en silencio á los cristianos  
Paso, ahogando en el pecho los rencores  
De raza y religion. Los Castellanos  
Volvieron á montar sus piafadores  
Corceles : y, dejando á rienda suelta  
La ciudad, dieron á Castilla vuelta.

---

Cuando el sol de aquel dia en occidente  
Irradiaba sus últimos reflejos,  
Ya trasponia la cristiana gente  
Los cerros fronterizos. A lo lejos  
Les vió desde sus torres impaciente  
El árabe monarca, cuyos viejos  
Mas perspicaces ojos todavía  
Penetran la confusa lejanía.

El brillo de las lanzas castellanas  
Apenas se sumió en el horizonte,  
Y apenas, embozada en sus livianas  
Sombras, la noche á descender del monte  
Comenzó, cuando Hasan sus africanas  
Armas pidió diciendo : « Que se apronte  
« Una hueste elegida y numerosa  
« A partir en la noche silenciosa.

« Yo la conduciré. » Llamó en seguida  
 A su wazir Abú-l'Kazin, que era  
 Gobernador de la ciudad, y « cuida  
 « (Le dijo) bien de que se cumpla entera  
 « Mi voluntad. Despues de mi partida  
 « Pon á Aija en una torre prisionera  
 « Con su hijo, y á habitar manda que vaya  
 « En el jeneralife la Zoraya.

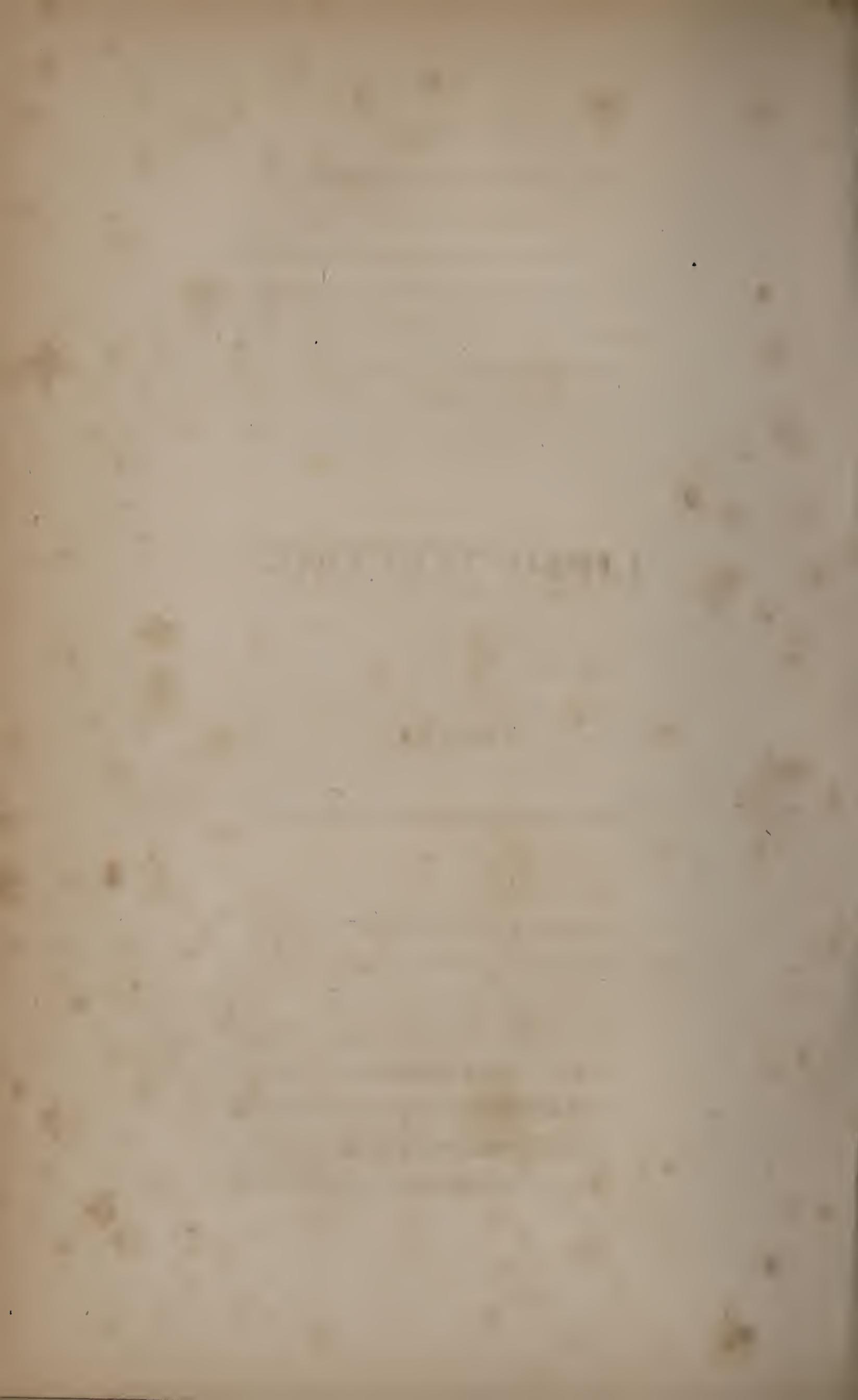
« Ten á esta como mi única sultana,  
 « A Aija y Abú Abdil como traidores.  
 « Yo á tocar á una villa castellana  
 « Una alborada voy con mis tambores,  
 « Y tardaré lo mas una semana  
 « En volver á la Alhambra. ¡ Ea, señores,  
 « A caballo y silencio! los soldados  
 « En Bib-arrambla esperan convocados. »

Dijo Muley, su intimacion postrera  
 Dirigiendo á sus guardias : y, montando  
 En su caballo de batalla que era  
 Un arábe veloz, partió tomando  
 La cuesta de Gomeles, con guerrera  
 Planta en la plaza real desembocando :  
 Y, al frente de su hueste, de Granada  
 Salió á empresa de todos ignorada.

**LIBRO TERCERO.**

---

**ZAHARA.**



## GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA.

---

Está Zahara en una altura  
Entre montaña y colina,  
Sentada en la peña dura  
Que asoma la cresta oscura  
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los Cristianos  
De noche hogueras en ella,  
No distinguen los paisanos  
Si son sus fuegos lejanos  
Luz de atalaya ó de estrella;

Y cuando el alba naciente  
Dora la almenada villa,  
Se confunde fácilmente  
Con la armadura que brilla  
El rielar de la fuente.

Sus atalayas pusieron  
Los Moros en ella un dia,  
De fosos la circuyeron,  
Y apriesa la abastecieron  
Porque el invierno venia.

Tubieronla muchos años  
De los Cristianos guardada,  
Con mil ardides estraños  
Causándoles muchos daños  
En guerra tan prolongada.

A la sombra guarecidos  
De sus breñas y pinares,  
Bajaban como bandidos  
Y robaban atrevidos  
Alquerias y lugares.

Toleraban los Cristianos  
En silencio sus desmanes :  
Pero pensando á las manos  
Coger á los Africanos  
De aquel peñon gabilanes.

Estaban los insolentes,  
Aunque pocos, confiados,  
Conociéndose valientes :  
Los Cristianos, mas prudentes,  
Les cogieron descuidados.

Todos los de aquella tierra,  
Procurándose en secreto  
Mil utensilios de guerra,  
Atravesaron la sierra  
De asaltarla con objeto.

Y una noche la asaltaron,  
Y guardarla no supieron  
Los Moros que la fundaron;  
Cinco veces la cobraron  
Y otras cinco la perdieron.

Entónces los vencedores  
Doblaron su alta muralla,  
Y abrieron fosos mayores  
Para guardar previsoires  
La prenda de la batalla.

Estrecha y sola una senda  
Dejaron en todo el cerro,  
Porque mejor se defienda,  
Si se empeña otra contienda,  
Su sola puerta de hierro.

Por eso en sus torreones  
Y en sus anchos murallones  
Guardó la morisca villa,  
Sobrepuestos, los blasones  
De los reyes de Castilla.

Tal es Zahara : y en la altura  
Del cerro en que está fundada,  
Y por la fragosa hondura  
De sus barrancos guardada,  
Siempre estuviera segura

De los Moros, como el nido  
De un águila suspendido  
En inaccesible peña,  
Si menos la hubiera sido  
Su fortuna Zahareña.

Pero su alcaide cristiano  
Nació con estrella aciaga,  
Y Dios apartó su mano  
Del infeliz Castellano,  
Y el rayo de Dios la amaga.

Porque ¡ ay ! ¿ que la han de valer  
Su muro y torres de piedra,  
Si los ha de mantener,  
Sin fortuna y sin poder,  
Gonzalo Arias de Saavedra?

¡ Desventurada es la historia  
De este buen gobernador,  
Bravo capitán sin gloria,  
Blanco de mala memoria  
Y de fortuna peor !

Desdichada fué su raza (1):  
No hubo cálculo ni traza  
Que al revés no le saliera,  
Ni bando, opinion ó plaza  
Que, suya, prevaleciera.

Siguió su padre Hernan Arias  
De Enrique el rey las banderas  
A las de Isabel contrarias,  
Y perdieron las primeras  
Sus empresas temerarias.

Del de Cádiz se allegó  
Hernan á los partidarios,  
Y el encono se estinguió  
De los grandes sus contrarios,  
Y Hernan Arias se fugó.

De los Moros amparóse  
Y por los Moros mantuvo  
A Tarifa; mas tornose  
La suerte : capitulose,  
Y Arias que entregarse tuvo.

Caballeros en Castilla  
Intercedieron por él,  
Y, olvidando su mancilla,  
Le indultó Doña Isabel  
Confinándole á Sevilla.

Bien único hereditario,  
En su aljarafe tenia  
Un torreón solitario,  
Y allí su infortunio vario  
Fuese á llorar noche y dia.

Mas hé aquí que maltratado  
Por el tiempo el edificio,  
Y él imposibilitado  
De gastar solo un cornado  
De su hacienda en beneficio,

En un temblor que agitó  
Las tierras circunvecinas  
Su torre se desplomó,  
Y Hernan Arias pereció  
Sepultado entre sus ruinas.

¡ Desventurado Hernan Arias !  
Las estrellas tan contrarias  
Le fueron en paz y en guerra,  
Que hasta se le abrió la tierra  
Sin exéquias funerarias.

Su hijo Gonzalo, heredero  
De su fortuna fatal,  
Aunque habido por guerrero  
Valiente y buen caballero,  
Lo pasó siempre bien mal.

De su padre la memoria,  
Lo siniestro de su historia  
Y proverbial desventura,  
Le hicieron, sin préz ni gloria,  
Pasar una vida oscura.

Dotado de alto valor,  
De ciencia y destreza rara  
En la guerra, con honor  
De alcaide gobernador  
Le enviaron al fin á Zahara.

Diole la reina Isabel  
Compadecida este cargo :  
Pero, dándosole á él,  
El mejor panal de miel  
Se le hubiera vuelto amargo.

Era Gonzalo un valiente  
Y entendido capitan,  
Tan audáz como prudente :  
Mas ¿que hará si no le dan  
Ni bastimentos ni gente?

« Tu lealtad y tu bravura  
« Tendrán á Zahara segura »  
Le dijeron, y le enviaron  
A Zahara : mas no contaron  
Con su innata desventura.

Sin víveres y sin oro  
Con que pagar sus soldados,  
No puede ni su decoro  
Sostener, ni contra el Moro  
Tenerles subordinados.

Su gente se le rebela :  
Y él, solo, en continua vela,  
Su fortaleza recorre,  
Y hace á veces centinela  
El mismo en alguna torre.

« Sinó por obligacion  
« Por vuestro bien ayudadme, »  
Les dijo en una ocasion :  
Y su alferez Luis Monzon  
Contestole ébrio : « Pagadme. »

Y el pobre Gobernador,  
Sin influencia y sin pan,  
Se vió inútil capitan  
De gentes que sin temor  
Ni amor hácia él están.

Pedia al gobierno amparo  
De víveres ó dinero :  
Pero el gobierno reparo  
No ponía, y el frontero  
Seguia en su desamparo.

Dos veces quiso salir  
A correr la mora tierra:  
Mas sus gentes, al oír  
Que se trataba de guerra,  
No le quisieron seguir.

Tal era la situación  
De Zahara en esta ocasión;  
Tal es el afán que arredra  
El brio del corazón  
De Gonzalo Arias Saavedra.

Por eso sus Castellanos  
Se están mal entretenidos  
En casa de los villanos,  
En pensamientos livianos  
Con las mozas divertidos;

Pues por demás licenciosos  
Son siempre nuestros soldados,  
Cuando en puestos apartados  
Les dejan vivir ociosos,  
Por libres ó mal pagados.

El rey moro, que sondara  
Su abandono y su pobreza,  
Se dijo: « Es cosa bien clara  
Que me da la fortaleza  
Quien así la desampara:

Con que tomarla es razon. »  
Y Hasan dispuso á este fin  
Misteriosa espedicion,  
Dándole gente en union  
La Alhambra y el Albaycin.

Salió pues de la ciudad  
Muley en la oscuridad,  
Sin decir de esta salida  
La razon desconocida,  
Para mas seguridad.

Y es fama que el Africano,  
De Bib-arrambla al pasar  
Bajo el arco, dijo ufano :  
« Le tengo de festonar  
Con cabezas de Cristiano. »

Era una tarde nublada  
De tormenta amenazada :  
El viento ronco mugia,  
Y en anchas gotas caia  
A espacios lluvia pesada.

Cerrose en oscuridad  
El cielo : la tempestad  
Desgarró las nubes pardas,  
Y brilló en las alabardas  
El relámpago fugaz.

Entre la enramada espesa  
De un pinar de que se empara,  
Con la gente de su empresa  
Iba Muley á hacer presa  
En la descuidada Zahara.

Caidos los martinetes  
Sobre las mojadas telas  
Revueltas á los almetes,  
Caminaban los ginetes  
El lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,  
De los pasos el compás  
Oyendo con mal humor,  
Iba : junto á él un tambor  
Y los peones detrás.

Tras estos los saeteros  
Y hasta cien arcabuceros :  
Luego los escaladores,  
Luego trompas y atambores,  
Y luego los ingenieros.

Tras ellos, en pelotones  
Flanqueados por dos alas  
De ginetes con lanzones,  
Muchos negros con escalas  
Para entrar los torreones.

La media noche seria  
¡Espantosa noche á fé!  
Cuando de la roca umbria  
Sobre que Zahara dormia  
Se detuvieron al pié.

Contó el rey cuidadosamente  
Las hogueras y señales,  
En que convino prudente  
Con sus guias, y la gente  
Partió en dos bandos iguales.

Guardando el cerro dejó  
Los ginetes : apostó  
Los saeteros mejores,  
Y él con los escaladores  
Por el peñasco trepó.

La oscuridad, la tormenta,  
Patrocinan su ascension  
Ardua, silenciosa y lenta :  
Todo Muley lo hubo en cuenta  
Con astuta prevision.

El ruido de sus pisadas  
Sofoca el ruido del viento,  
Y las aguas despeñadas  
Por las ásperas quebradas  
Con estrépito violento.

Tal vez descienden rodando  
De roca en roca chocando  
Pedazos de las montañas,  
Pinos, chozas y alimañas  
Consigo al valle arrastrando.

Tal vez una encina añosa,  
Arraigada en un peñon  
Todo un siglo, estrepitosa  
Se rompe con temerosa  
Y atronadora esplosion.

Tal vez algun lobo, fuera  
De su cueva sorprendido,  
Bajo una peña cogido  
Invoca á la muerte fiera  
Con un espantoso ahullido.

Tal vez por algun torrente  
Arrastrada una serpiente  
De un precipicio á la hondura,  
Rasga la atmósfera oscura  
Con un silvido estridente.

¡ Horrible noche es aquella  
En que, mientras contra Zahara  
Ronca tempestad se estrella,  
De la tempestad se ampara  
Muley audáz contra ella!

La villa desventurada,  
Por el viento sacudida,  
Por el turbion anegada,  
Y en las tinieblas velada,  
Reposaba adormecida.

Apena en un torreón  
De su vieja ciudadela,  
Encogido en un rincón  
Murmura escasa oración  
Un cristiano centinela.

Tal vez duerme sin afán  
Al calor de su gaban  
En su garita, al arrullo  
Que viento y agua le dan  
Con su continuo murmullo :

Y tal vez, sobre la mano  
La barba y en la rodilla  
El codo, sueña el cristiano  
Una aurora de verano  
En un lugar de Castilla.

---

## II

¡Tremenda noche! la lluvia,  
Desgajándose á torrentes  
Por las quebradas vertientes  
De la Sierra, con fragor  
A la hondura de sus valles  
Consigo arrastrando baja  
Los árboles que descuaja  
Del vendabal el furor.

¡Tremenda noche! Iracundos  
Los rebeldes elementos  
Amagan de sus cimientos  
Las montañas arrancar :  
Y, en la cresta de la roca  
Donde se halla suspendida,  
Con impetu sacudida  
Tiembra Zahara sin cesar.

A una aspillera asomado  
De su antigua ciudadela,  
El buen Arias está en vela,  
Ocupado en escuchar  
Los rumores que á su oído  
En sus alas trae el viento,  
Y un fatal presentimiento  
No le deja sosegar.

Nada sus tenaces ojos  
Ven en noche tan cerrada :  
No percibe ni oye nada  
En la densa lóbreguez,  
Mas que el velo tenebroso  
Y la voz de la tormenta,  
Cuya furia se acrecienta  
Con horrible rapidez.

A sus piés reposa Zahara :  
Sus tejados ve, á la lumbre  
Del relámpago, en la cumbre  
Donde el pueblo se fundó :  
Mas la roja llamarada  
Que el relámpago refleja  
Le deslumbra y no le deja  
Comprender lo que á ella vió.

Al resplandor instantáneo  
Con que el pueblo se ilumina,  
Cree tal vez ver la colina  
Con el pueblo vacilar :  
Y á veces, en el instante  
De iluminarse de lleno,  
Cree ver de Zahara en el seno  
Vagas visiones errar.

Blancos bultos, misteriosas  
Sombras, móviles reflejos  
Tras los muros á lo lejos  
Moverse y lucir cree ver ;  
Cual si, haciendo de ellas vallas,  
Los espíritus del monte  
De sus torres y murallas  
Se quisieran guarecer.

¡ Delirios vanos ! quimeras  
De su débil fantasía !  
Pasa el pobre noche y dia  
En continua agitacion ,  
Y, con fé supersticiosa  
Creyendo en su fatalismo,  
Recela hasta de sí mismo,  
Trastornando su razon.

¡ Ilusiones ! Arias solo  
Oye el vendabal que brama,  
Y el agua que se derrama  
Por los tejados rodar ,  
Y en los muros del castillo  
El rumor acelerado  
De los pasos del soldado  
Que acaban de relevar.

Oye el sordo remolino  
Con que rueda la tormenta  
Haciendo girar violenta  
Las veletas de metal,  
Y zumbar estremecida  
La mal sujeta campana,  
Y temblar en la ventana.  
El desprendido cristal.

Todos reposan en Zahara  
La atalaya de Castilla :  
Solo se oyen por la villa,  
En la densa oscuridad,  
El agua de las goteras  
Y el rumor del vago viento,  
Que ruge con el acento  
De la ronca tempestad.

Solo en apartada torre  
Del mal guardado castillo,  
Con el fugor amarillo  
De una lámpara al morir,  
Velan algunos soldados  
Y se siente desde fuera  
El rumor de una quimera  
Y jurar y maldecir.

Oyense sus carcajadas,  
Sus apodos insolentes :  
Pues en esto han tales gentes  
Contentamiento y placer ;  
Se juntan en borracheras  
Para acabarlas riñendo,  
Y vuelven en concluyendo  
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las órgias  
Y el vapor de los licores,  
Disertan de sus amores  
En obsceno platicar ;  
Pues su lengua irreligiosa,  
Sin respetos y sin vallas,  
Solo de sangre y batallas  
O mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas,  
Con los soldados mas mozos  
En impúdicos retozos  
Y deshonesto ademan,  
Que, osadas y descompuestas,  
O blasfemando ó riñendo,  
Hasta embriagarse bebiendo  
Desatinadas están.

La trémula llamarada  
De una hoguera agonizante  
Presta á su rudo semblante  
Una espresion mas feroz ;  
Y, recibiendo la bóveda  
La algazara en su ancho hueco,  
Remeda con largo éco  
La desentónada voz.

Harto de vino y de amores,  
En dos bancos apoyado,  
Cantaba un viejo soldado  
Al són de un roto rabel,  
É hiriendo á compas la mesa  
Con plato, jarra ó cuchillo,  
Ahullaban el estribillo  
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis  
Insensatos blasfemaban,  
Y reian y danzaban  
Completando la embriaguez :  
Y sus sombras, en silencio,  
Gigantescas, agitadas,  
Cual fantasmas convidadas  
Erraban por la pared.

« ¡ A ellos ! » gritaron voces :  
Y entraron el aposento,  
Diez á diez y ciento á ciento,  
Los Moros del rey Hasan ;  
Y apenas á las espadas  
Acudieron los cristianos,  
Les cercenaron las manos  
En donde tan mal están.

Lidieron acaso algunos :  
Pero tantos les entraron,  
Que al fin les acuchillaron  
Con las hembras á la par.  
A los gritos de los Moros  
Los cristianos despertaban :  
¡ Pero los tristes se hallaban  
Cautivos al despertar !

La soñolienta pupila  
Prestaba crédito apenas  
A las cuerdas y cadenas,  
Con que atados dos á dos  
Por los Arabes se vieron,  
A quienes con lengua y ojos  
Pedían piedad de hinojos  
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,  
De los niños los sollozos,  
Los esfuerzos de los mozos,  
El dolor de la vejez,  
Son inútil resistencia :  
Porque á todos los infieles,  
Atados como lebreles  
Les arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen  
Desesperada con ellos,  
Que con sus propios cabellos  
Mordaza ó cordel la dan ;  
En vano niños y enfermos  
Yacen sin fuerzas postrados,  
En tropel como ganados  
Todos á los hierros ván.

Fueron tristísimas horas  
Las de noche tan sangrienta.  
¡ A quién de ella pidan cuenta  
Malas cuentas ha de dar !  
Mas no Arias, á quien el mundo  
Con su fé abandona en Zahara,  
Porque Dios no desampara  
A quien de él se va á amparar.

Corazones como el suyo,  
Almas cual la que le anima  
Dios tan solo las estima  
En su pristino valor :  
Aniquilado bien pronto  
El cuerpo que les encierra,  
Vuelve su polvo á la tierra  
Y su esencia al Criador.

Creyó al fin Gonzalo Arias,  
Desde la torre en que vela,  
Sentir en la ciudadela  
Un verdadero rumor  
De voces y de pisadas,  
Y distinguir en la sombra  
Muchas gentes agolpadas  
A la muralla exterior.

Iba el caracol de piedra  
A tomar del muro, cuando  
Por él su escudero entrando  
Dijo : « ¡ Los Moros, Señor ! »  
Asió al punto Arias Saavedra  
Un hacha y un triple escudo  
Que halló à mano, y torbo y mudo  
Lanzose hácia el corredor.

Por el caracol torcido  
Se hundió como una callada  
Sombra, y la puerta ferrada  
De las almenas abrió.  
Confuso tropel de Moros  
Llenaba el adarve estrecho :  
Gonzalo Arias derecho  
A los Moros se lanzó.

Tendió del primer hachazo  
Los dos que halló delanteros,  
Y al querer tirar del brazo  
La mano de otro segó.  
A tan repentino ataque  
La morisma, acorralada,  
Abrió círculo espantada  
Y en el centro le dejó.

Mas Arias, que no veia  
De verguenza y de ira ciego,  
Cerrose con ellos luego  
Con impetu asolador ;  
Y, al ver el horrendo estrago  
Que en ellos su brazo hacia,  
Ninguno se le atrevia,  
Embargados de pavor.

Pero sobre ellos cargaba  
Gonzalo Arias con tal brio,  
Que adelante les llevaba  
Sin dejarles revolver ;  
Y uno, que frente arrestado  
Le hizo, entre dos almenas  
Le derribó atravesado  
Y en el foso fué á caer.

Aquel hombre despechado,  
De mirada centelleante,  
De colérico semblante  
Y de fuerzas de Titan,  
Sin mas que un broquel y un hacha,  
Pálido y medio desnudo,  
Peleando solo y mudo  
Con desesperado afán :

Aquel hombre aparecido  
De repente en medio de ellos,  
Herizados los cabellos,  
Cual de un vértigo infernal  
Poseido, hizo á los Moros  
Concebir honda pavora,  
Contemplando en su figura  
Algo sobrenatural.

Un instinto irresistible  
De temor supersticioso  
De aquel hombre misterioso  
En tropel les hizo huir,  
Cual si vieran, bajo el rostro  
De aquel hombre temerario,  
Un espíritu contrario  
De Mahoma combatir.

Abandonó, pues, el muro  
Todo el peloton Alarbe,  
Y dejó sobre el adarve  
Solo á aquel hombre fatal.  
Crispado, calenturiento,  
A las almenas de piedra  
Asomose Arias Saavedra  
Presa de angustia mortal.

Allá abajo, en las tinieblas,  
Por las calles de la villa  
En la lengua de Castilla  
Invocar á Dios oyó.  
« ¡A Dios (dijo con desprecio)  
A Dios invocais ahora!  
¡Miserables! ya no es hora:  
Sucumbid, pues, como yo. »

Y á largos pasos tomando  
Del castillo la escalera,  
Fué á dar como una pantera  
En el patio principal.  
Un capitan de Granada  
Allí amarrados tenia  
Cuantos perdonado habia  
La cimitarra fatal.

Arias, de un salto, se puso  
Delante del Africano  
Y, asiendo con una mano  
Las bridas de su corcel,  
Le dió en el frontal de acero  
Tan descomunal hachazo,  
Que caballo y caballero  
Vinieron á tierra de él.

Los Arabes que mas cerca  
Del capitan se encontraron  
Sobre Gonzalo cargaron  
Con griteria infernal :  
Pero dieron con un hombre :  
Y el primero que imprudente  
Se llegó á Arias, en la frente  
Recibió el golpe mortal.

El capitan, desenvuelto  
De su caballo caido,  
Vino como tigre herido  
Sobre el alcaide á su vez :  
Recibió su corvo álfange  
El Castellano forzado  
Dos veces en el escudo,  
Con serena intrepidez ;

Y al verle ébrio de corage  
Descargarle el tercer tajo,  
Metiole el hacha por bajo  
Y el brazo se cercenó.  
Saltó el pedazo partido  
Con la cimitarra al suelo,  
Y el Moro, con un ahullido  
De dolor, se desmayó.

Saltó Arias de él por encima  
Y, del caballo tendido  
Quedándose guarecido,  
Volvió la lid á empezar.  
Acometenle los Moros :  
Mas ningun golpe le ofende  
Por delante, y se defiende  
La espalda con un pilar.

Entraba en esto en el patio  
El viejo rey de Granada :  
Mas detúvose á la entrada  
A admirar el varonil  
Aliento de aquel solo hombre  
Que, sin casco ni armadura,  
Tiene á raya la bravura  
De los hijos del Genil.

Estaba Gonzalo Arias  
De sangre y sudor cubierto  
Tras del caballo, que muerto  
A sus plantas derribó;  
Anhelante de fatiga,  
Descolorido y rasgado,  
Como un espectro evocado  
Del panteon que le guardó.

Al ver con cuanta destreza  
De tantos se defendia,  
De tan alta bizzarria  
Pagado el viejo Muley  
« ¡ Teneos ! » gritó á los Moros ;  
Y, yéndose al Castellano,  
Le dijo afable : « Cristiano,  
Ríndete : yo soy el rey. »

No pudo Arias de cansancio  
Contestar. « Quien quier que fueres  
(Añadió el rey) valiente eres :  
Ríndete à mí y salvo irás. »  
Arias, ronco de fatiga,  
Pero con alma serena,  
Dijo : « Muerto, enhorabuena :  
Pero rendido, jamás. »

« Cristiano, repuso el Moro,  
Yo soy Muley y rendirte  
A mí no será desdoro. »  
Y Arias dijo : « Y yo, Muley,  
Soy Gonzalo Arias Saavedra,  
Y mientras me quede aliento  
Y en Zahara quede una piedra  
La mantendré por mi rey. »

Ahogó la piedad del Moro  
Respuesta tan arrogante  
Y, colérico, « ¡Adelante,  
Saeteros ! » exclamó.  
Atravesado de flechas  
Hincó Arias una rodilla  
Gritando « ¡Cristo y Castilla  
Por los Arias ! » Y espiró.

Cortaronle la cabeza,  
Y en el arzon delantero  
La ató un negro de Baeza  
Por trofeo de valor.  
Tal fué el fin desventurado  
Del bravo alcaide de Zahara :  
La suerte le negó avara  
Todo, menos el honor.

---

Cuando del dia siguiente  
Comenzó á lucir la aurora,  
Daba á Granada la vuelta  
La morisma victoriosa.

Marchaba Muley delante,  
Y, en el centro de su tropa,  
Dos mil cautivos atados  
Al carro de su victoria.  
Mandó el rey que los cristianos,  
Guardados por buena escolta,  
Fueran delante á Granada  
Por la vereda mas corta;  
Pero prevenido habiéndole  
Que, por si las tierras prócsimas  
Se levantan, con presteza  
Caminar es lo que importa:  
« ¿ En que está, dijo, el retraso?  
— En los cautivos que estorban,  
— Pues bien, dijo con desprecio,  
Obligadles á que corran,  
Y lleguen los que llegaren:  
Los mozos á las marmorras,  
Las muchachas al harén  
Y los viejos á la horca. »

---

### III

Era la noche del siguiente día  
En que el fiero Muley salió de Zahara,  
Vencedor insolente. Era una oscura  
Y nebulosa noche : no lucia  
En el cielo la luna : benda impura  
De nubarrones cárdenos cubria  
La luz serena de su antorcha clara.  
Ceñian por do quier el horizonte  
Negros grupos de nubes apiñadas  
De vapores eléctricos preñadas,  
Y alcanzabanse á ver de monte en monte  
Del frecuente relámpago, azuladas,  
Arder las repentinas llamaradas.

A un balcon de la torre de Comares  
Asomada en silencio, la altanera  
Aija escuchaba con el alma entera  
Lejano són de gritos populares  
Que, por la densa atmósfera perdidos,

Traia á sus oídos,  
 De cuando en cuando, ráfaga ligera.  
 Tras ella Abú Abdilá sobre su hombro  
 El noble rostro juvenil tendia,  
 Como su madre oyendo con asombro  
 La confusa y estraña vocería  
 Que, en las tinieblas de la noche, el viento  
 Con eco sordo resonar hacia  
 Bajo el techo del cóncavo aposento.

« ¡ Oyes, hijo Abdilá! con ansia dijo  
 La Sultana. — Sí, madre y no comprendo...  
 Contestó Abú Abdil. ¡ Tal vez maldijo  
 Nuestra fortuna Aláh! » Con ojo fijo  
 La espesa sombra penetrar queriendo,  
 Aija le interrumpió : « Calla : estoy viendo  
 Moverse algo en el bosque... ¿ oistes, hijo ?  
 — ¡ Un ruiseñor ? — Sin duda : mas no canta  
 Tan recio el ruiseñor... escucha atento.  
 ¿ Le oiste ? — Sí. — Pues bien, hijo, ese aliento  
 De un pájaro no cabe en la garganta.  
 — Oid, señora, oid; mas cerca el pio  
 Del ave se oyó ahora. — Es una seña  
 Que viene de las márgenes del rio.  
 — Sí, y en hacerse comprender se empeña. »  
 Acercaronse mas á la calada  
 Barandilla exterior del antepecho :

Mas Aija, de repente y sin ser dueña  
De sí misma, cubriendo con su pecho  
El pecho de Abú Abdil, gritó : « ¡ Hijo mio ! »  
Silvando entró por el postigo estrecho  
Del balcon una flecha disparada  
Desde el bosque, y, tocando en la labrada  
Piedra del arco, rechazó, en el lecho  
De Abú Abdil cayendo despuntada.

« ¡ Traidores ! exclamó Aija, á nuestra vida  
Tambien atentan ! » Mas alegremente  
La interrumpió Abdilá, teniendo asida  
La flecha : « Madre (dijo) trae cosida  
Una carta. — Lee pues. » Rumor de gente  
Se oyó en el corredor en este instante,  
Y una esclava, asomándose á la puerta,  
Dijo : « ¡ El wazir ! » Para la audáz Sultana  
Fué cosa nada mas que de un momento  
En el pecho ocultar la carta abierta,  
La flecha devolver por la ventana,  
Y serena quedar sobre su asiento.

Al punto mismo Abú-l'Kazin, ministro  
De las venganzas de Muley, entraba  
El nocturno registro  
A hacer que en el salon acostumbraba,

Desde la torre de Comares era  
Del Granadino príncipe y su madre,  
Por orden de Muley, prision severa.

Saludó Abú-l'Kazin con afectada  
Ceremonia, mostrando que lo hacia  
Sin respeto y en pura cortesía :  
Aija, en sus almohadones recostada,  
Ni volvió la cabeza desdeñosa,  
Ni le otorgó siquiera una mirada ;  
Abú Abdilá, imitando á su orgullosa  
Madre, no contestó tampoco nada.  
Abú-l'Kazin entónces, en sombrío  
Silencio y con feroz torbo semblante,  
La estancia registró con vigilante  
Y prolija atencion. « Es deber mio, »  
Dijo al fin, dirigiendo á la Sultana  
Una mirada donde el odio brilla,  
Y añadió : « Nuestro rey llega mañana  
Vencedor de las armas de Castilla. »

Aquí, consigo sin poder, la Mora  
Dijole : « ¿ Son por ello esos clamores  
Que turban el reposo? — Sí, Señora:  
El pueblo aplaude, como siempre, ahora  
A los reyes que vuelven vencedores. »

Una mirada le lanzó de fuego  
La Mora y con desden le dijo luego :  
« Tienes razon, Abú-l'Kazin : mañana,  
Si volvieren vencidos, por traidores  
Les silvará la multitud villana.  
— ¡ Vele Aláh por el Rey, y no permita  
Que el pueblo tenga por traidor, Sultana  
A quien abrigue sangre Nazarita !  
— Eso te digo yo. Los hijos tienen  
La sangre de los padres y el que incita  
Al padre contra el hijo, lo previenen  
Las suras del Korán, á Dios irrita  
Y su raza por Dios será maldita.  
— Sultana, tus palabras... — El anuncio  
Son del desprecio en que te tengo. — Holgara  
La razon en saber. — Está muy clara.  
— Pronúnciala, Sultana. — La pronuncio :  
Tu padre, Abú-l'Kazin, fué tornadizo  
Y traidor á su Dios, y yo detesto  
A los hijos de padre que tal hizo.  
No lo olvides jamás. — ¡ Oh ! lo protesto.  
— Déjanos, pues, en paz. — La vez postrera  
Volveré nada más, cuando el severo  
Rey de Granada de su ley el yugo  
Imponeros me ordene. — Aguarda fuera  
Sus órdenes entanto, carcelero,  
Hasta que hayas de entrar como verdugo. »

Salió el wazir, brillando en su pupila  
El fuego del rencor : y la Sultana,  
Luego que oyó el rumor de los cerrojos  
De la postrera camara lejana,  
La carta á desplegar volvió tranquila,  
Devorandó lo escrito con los ojos.  
Mirábala Abdilá con impaciencia,  
Procurando leer en su semblante  
Lo que ella en el escrito. En apariencia,  
Si el wazir la acechara en este instante,  
No pudiera, al mirar su indiferencia,  
Sospechar que el papel era importante.  
Leyó con avidez, pero serena :  
Y aquella alma viril, que dominaba  
Del placer el exceso y de la pena,  
No dejó percibir á quien miraba  
El gozo inmenso de que estaba llena.  
¡ Tanto era altiva, perspicaz y brava !

« Hijo mio Abdilá, dijo tras breve  
Pausa, vas á partir. La muerte fiera,  
De tu padre á la vuelta, aquí te espera,  
Y abajo espera quien salvarte debe.  
No el cielo señaló tu real cabeza  
Para ceñir una corona en vano ;  
Tu destino de rey hé aquí que empieza ;  
Cumple, pues, tu destino soberano. »

Dijo y le dió la carta, que decia :

« Vuelve tu esposo vencedor, Sultana,  
« Y la guadaña de la muerte impía  
« Su mano trae ; no aguardes á mañana :  
« Cuando oigas luego que en silvar porfia  
« El ruiseñor al pié de tu ventana,  
« Descuelga á tu hijo Abú Abdilá por ella,  
« Y un buen caballo le valdrá y su estrella.

« No temas ni vaciles : los vergeles  
« De este valle, á tu vista tan tranquilo,  
« A un escuadron de Abencerrages fieles  
« Dan á estas horas misterioso asilo.  
« Mi escritura conoces : no receles,  
« Sultana, una traicion : pende de un hilo  
« Del príncipe la vida : mas, burlada  
« La muerte, volverá..... Rey de Granada.

« Aunque en firmar sé acaso que aventuro  
« Mi cabeza, la suya es lo primero :  
« Sírvate pues mi nombre de seguro  
« Y alumbre tu razon Aláh infinito. »

Al pié de este renglon, claro y entero,  
De ALY-MACER el nombre estaba escrito.

Leia Abú Abdilá, y á la lectura  
De la carta fatal palidecia :  
Y, leyendo en su rostro su pavora,  
La madre el ceño varonil fruncia.  
« Hijo de reyes, como Rey procura  
Obrar, le dijo al fin. ¿Fortuna impía  
Te acosa? Acosa, pues, á tu fortuna :  
Mala es mejor tenerla que ninguna. »

Tal diciendo la intrépida Sultana  
Llamó en voz baja á sus esclavas. Quiso  
Abú-l'Kazin dejárselas, por vana  
Demostracion de libertad y viso  
De autoridad y pompa soberana,  
En la prision. Entraron al aviso  
Todas de su señora, y la severa  
Sultana las habló de esta manera.

« Necesito una escala : en el momento  
Desgarrad vuestras tocas y almaizales ;  
Los tapices que tiene el aposento  
Trizas haced : mis lienzos y mis chales  
Rasgad y, hasta que lleguen al cimientto  
De la torre, anudad los desiguales  
Pedazos : no os pareis en necias dudas :  
Rasgadlo todo, aunque os quedéis desnudas. »

Hechas á obedecer, sin mas demora  
Rasgaron la oriental tapicería  
Que la ostentosa cámara decora,  
El chal con que cada una se ceñia,  
El rico pabellon de crugidora  
Seda que el lecho de Abdilá tenia :  
Cuanto á las manos se las vino asieron,  
Y, formando un cordon, le retorcieron.

La Sultana y el príncipe, afanosos,  
En tal ocupacion las ayudaron,  
Y de esta ocupacion con los curiosos  
Incidentes, que alegre la tornaron,  
Del alma de Abdilá los temerosos  
Tristes presentimientos se auyentaron :  
Y rebosaba en gozo y osadía  
Cuando el largo cordon se concluía.

A poco un rruiseñor en la enramada  
Los tres largos silvidos de su trino  
Precursores lanzó. Corrió agitada  
La Sultana al balcon, y mas vecino  
Volvió á silvar el rruiseñor : callada  
É inmovil escuchó : su oido fino  
Y ojo avaro alcanzaron, en la hondura,  
De un hombre el movimiento y la figura.

Un momento despues, en la maleza  
Que al mismo pié del torreón crecía,  
El ruiseñor silvó : la fortaleza  
Y la continuidad con que lo hacía  
Su voz, de la que dió naturaleza  
Al ruiseñor un tanto desdecía  
De cerca oída : pero al libre viento  
Era bien fácil confundir su acento.

Ató Aija á Abú Abdil por la cintura.  
La punta de los lienzos anudados,  
De su firmeza y solidez segura ;  
Los brazos un momento entrelazados.  
Tuvieron madre é hijo con ternura  
Cordial : los labios trémulos, rasados  
De lágrimas los ojos, no encontraron  
Palabras, mas sus lágrimas hablaron.

Deshizose la madre la primera  
Del cariñoso lazo, y saltó el hijo  
Por la baranda del balcon afuera,  
Teniendo el lienzo las mugeres fijo.  
« Madre, dijo él, ¡ á Dios por vez postrera !  
— ¡ Hijo de mi alma, á Dios ! ella le dijo,  
Y, bajando la voz : — honra tu nombre,  
No vuelvas sinó Rey : lucha y sé hombre. »

Dijo : y, á una señal, franqueza dando  
Las esclavas al lienzo, por la oscura  
Region del aire, suelto, fué bajando  
El príncipe Abdilá : justa pavura  
Le acongojó cuando se vió colgando  
Sobre la inmensa tenebrosa hondura ;  
Vaciló su cerebro y, los antojos  
Del miedo por no ver, cerró los ojos.

Un momento despues cuatro forzudos  
Brazos en las tinieblas de él asieron :  
Una daga cortó junto á los nudos  
El lienzo, á hombros tomaronle, y huyeron.  
Los brazos de las Moras, á tan rudos  
Esfuerzos no hechos, libres se sintieron  
De repente del peso, y la Sultana  
Se echó con ansiedad á la ventana.

Miró, escuchó, sin voz, sin movimiento,  
Parando en su atencion hasta el latido  
Del corazon y el curso del aliento :  
Pero ni gente, ni señal, ni ruido  
Se percibia : á la merced del viento  
El lienzo por abajo desprendido  
Flotaba, y era todo allá en la hondura,  
Silencio, soledad, sombra, pavura.

Apartose en silencio la Sultana  
Del ajimez : la tela recogida  
Poco á poco volvió por la ventana :  
Mas al entrar la punta suspendida  
Por fuera del balcon, de la Africana  
El corazón mortal volvió á la vida ;  
La punta trae de salvacion un gage  
Infalible : el blason Abencerrage.

Besole la Sultana, y su altanera  
Tranquilidad cobró : despidió luego  
Sus esclavas y, sola, dijo, fiero  
Reverberando en su mirada el fuego  
Del corazón : « Que venga cuando quiera  
Muley. » Y en los cogines con sosiego  
Tendiéndose, al pesar y al miedo agena  
Segura de Abú Abdil, durmió serena.

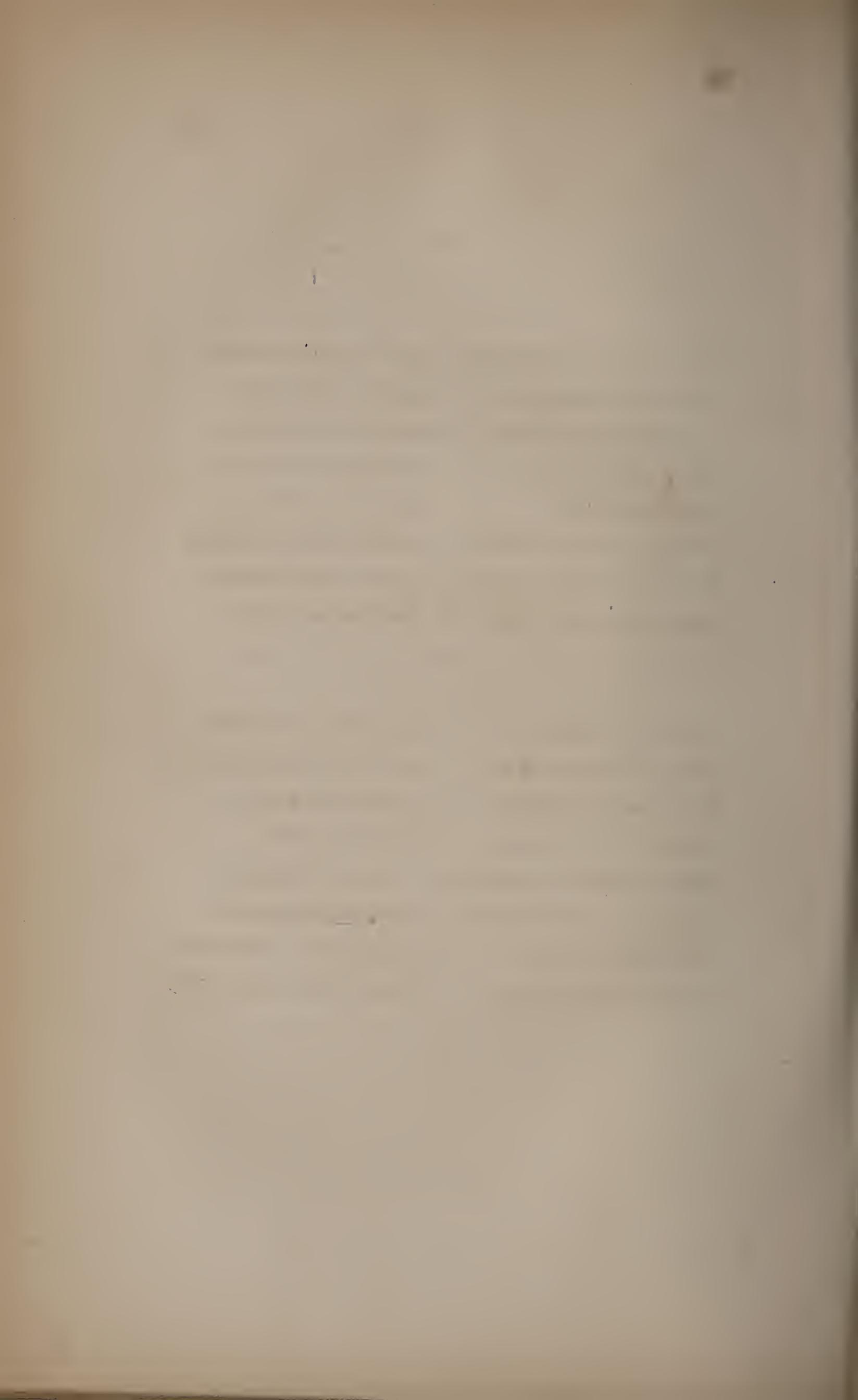
---

IV

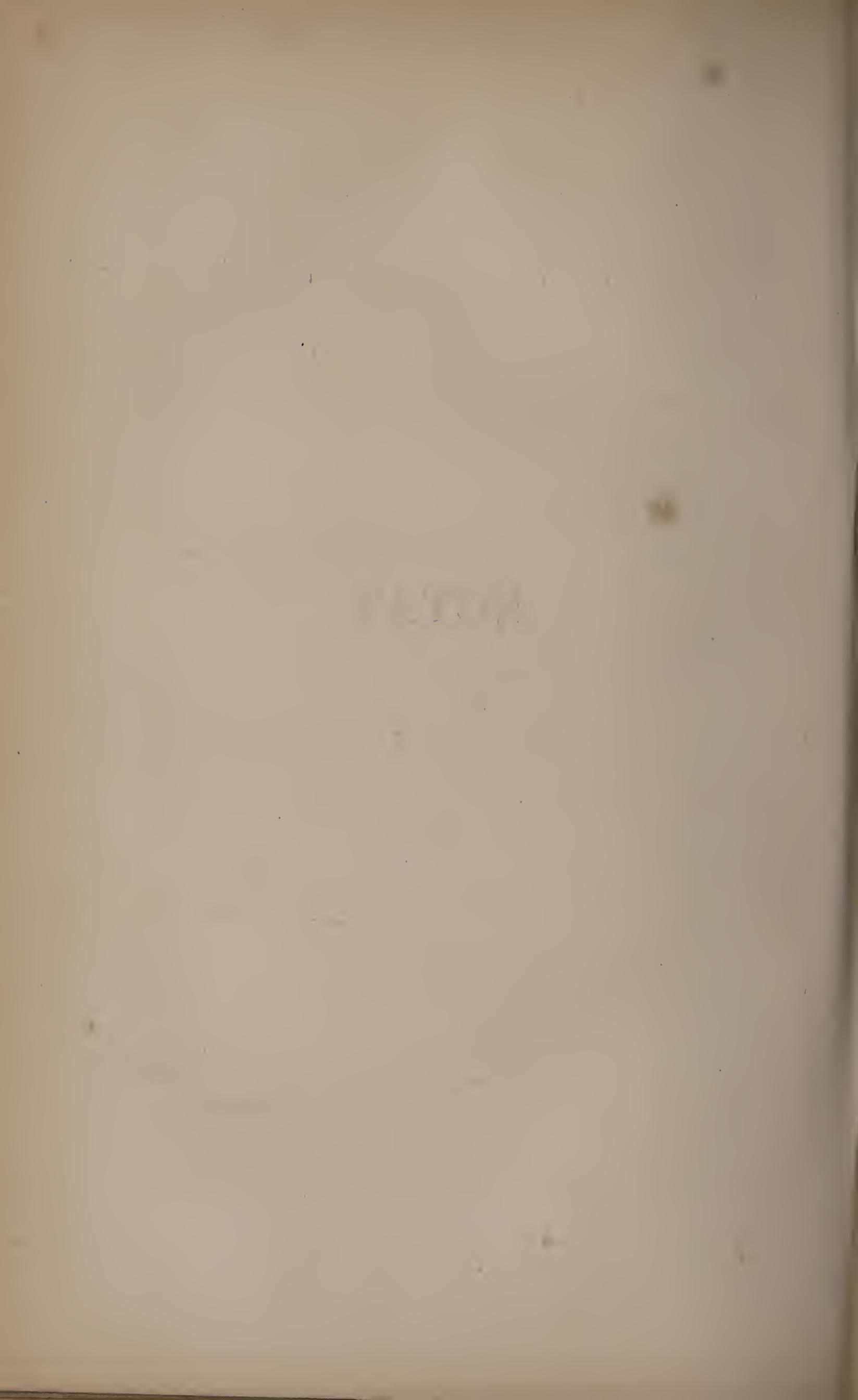
Y hé aquí que la Sultana  
Cual reina soberana,  
Y acaso en su ventana  
Detras de la persiana  
Oyó sobrecogida  
Que por la peña hendida  
Diez hombres que, en huida  
Corriendo á toda brida  
que el real Jeneralife,  
en esta noche mora,  
velaba en esta hora,  
tendida en un divan,  
cruzar el arrecife,  
conduce hácia la sierra,  
veloz y són de guerra,  
hácia la sierra van,

El rostro peregrino  
Zoraya hácia el camino  
De polvo un remolino  
Sombra el pais vecino  
¿Quién puede á estos parages  
Lanzarse en tan salvages  
Tan ásperos pasages  
Los diez Abencerrages  
llegando á la ventana,  
miró : mas ¡vana empresa!  
velaba con espesa  
al ojo mas sutil.  
(se dijo la Sultana)  
caballos, audazmentè  
salvando? — Solamente  
que salvan á Abú Abdil.

---



# NOTAS.



---

## FANTASIA

### AL SEÑOR DON BARTOLOME MURIEL

(1) Habiéndome algunos amigos manifestado en Paris deseos de conocer mi poema de Granada, antes de su publicacion, se reunieron una noche en casa del Sr. Muriel para oirme leer algunos de sus libros ó cantos, á pesar de mi propósito de no manifestar su manuscrito. La circunstancia de hallarse presentes á esta lectura D. Fernando de la Vera y D. Cayo Quiñones de León, cuyos antepasados tomaron en la conquista de Granada no poca parte, y á cuyas hazañas consagro en mis versos no pocos recuerdos, me obligaron á continuar en siguientes noches la lectura de mi obra, á cuyo objeto reunió el Sr. Muriel una corta sociedad de amigos en su elegante casa. La amistad cordial que al Sr. Muriel me une y las agradables horas pasadas en sus aposentos, cubiertos de preciosos cuadros y llenos de artisticas curiosidades, me inspiraron esta fantasia : procurándome la ocasion de darle con ella un público testimonio de mi amistad, y de lo caras que son á mi corazon las memorias de la suya.

(2) Retrato del famoso poeta Garcilaso de la Vega : obra del Marone, discípulo del Tiziano, existente en casa del Sr. Muriel.

(3) Bella copia del famoso cuadro de Allori (1535) existente en

Florenxia, y representando á Judith, la espada en una mano y la cabeza de Holofernes en la otra.

(4) Lienzo de Cornelio Poclembourg, representando la cena de los Dioses, y en el cual Júpiter, Venus, Minerva, Neptuno y otras divinidades del paganismo aguardan los frutos que va á servirles Ceres. Los demás nombres propios citados en estas octavas hacen alusion á diferentes cuadros, bustos ó esculturas que existen en casa del Sr. Muriel : como el retrato de Diana de Poitiers, por Bernardino Lucini; el del Mariscal de Biron, por Mignard; la estatueta en bronce del duque de Alba, paisajes, bodegones, batallas y marinas de Thierry Van-Bergen, Brawer, Palamedes, Morales, Stein, Salvator Rosa, David Teniers, etc.

---

## LEYENDA DE AL-HAMAR.

### LIBRO DE LOS SUEÑOS.

(1) Nació digno Al-hamar de la corona.

« El destino que menguó y deshizo el vasto imperio de los Omíades y que entregó la antigua corte y la gran mezquita rival de la Meca á los soldados de Cristo, hizo revivir en Granada dias de gloria, de galanteria y de placeres, bajo los auspicios de un príncipe comparable en genio con Abderraman I, y en bravura con Almanzor. La fundacion de la Alhambra, la felicidad de un pueblo numeroso, la proteccion de las ciencias, el resultado de una política conciliadora, la estrecha amistad con el rey Santo y

el respeto de audaces enemigos son los títulos que inmortalizan á Al-hamar. Su valor, su actividad, su filantropía, su delicado gusto por las artes parecerían exageraciones á los hombres del siglo XIX, que se abrogan la palma del mérito y de la sabiduría, si no subsistiesen los monumentos, testigos irrecusables de su gloria, y verídicos anales que la confirman. El carácter y costumbres de Al-hamar pudieran servir de modelo á príncipes : afable en su trato privado, era vigoroso y enérgico desde el momento que montaba á caballo ó empuñaba la lanza al frente de sus escuadrones. En campaña atendía más á la seguridad y satisfacción de sus soldados que á su propio regalo y conveniencia : frugal y económico en el arreglo interior de su palacio, desplegaba el lujo y magnificencia de un príncipe asiático cuando tenía que presentarse á sus pueblos con la investidura de rey. Su gallarda figura, su animado rostro, su perspicaz mirada, sus modales agradables, despertaban tanta simpatía como respeto : su gentileza le granjeó mucha fama entre todos los caballeros moros y cristianos : no se presentaba en la plaza del torneo ginete mejor plantado, ni se veía una lanza más segura, ni un brazo más firme para refrenar el caballo ó coger la mejor cinta : sereno en el campo de batalla cargaba al frente de sus soldados, y sus armas eran las primeras que se teñían en sangre enemiga. Al volver de sus gloriosas expediciones oraba en las mezquitas antes de pisar los umbrales de su harén. Sus mujeres eran señoras de muy alto linaje, á las cuales prodigaba finísimas atenciones, construyendo para solaz y honesto esparcimiento de ellas jardines y gabinetes preciosos, regalándolas con igualdad aderezos riquísimos, y apaciguando las discordias que suscitaban los celos en el recinto de sus asilos misteriosos. » (LAFUENTE ALCANTARA. — *Hist. de Granada.*)

Mármol ilustra los nombres y linaje de Al-hamar : « Mahomad Abu-Said, primer rey de Granada de esta casa, fué natural de Arjona y alcaide de ella, el cual era muy rico y muy estimado entre

los Moros : su origen era de un pueblo que los alárabes llaman Hagez, que quiere decir advenedizos, porque no son naturales alárabes, sino de los que se juntaron con ellos y tomaron su secta : y segun dice el Giouhori, escritor árabe, en su *loga* en la letra H, el Hamara era un pueblo que ocupó la ciudad de Cufa en el mar Mayor, y despues pasaron muchos hombres principales de él á las conquistas de Africa y de España, en servicio de los halifas de Damasco, y á su tribu y parentela llamaron Ibni Aben-Al-hamar, que tanto quiere decir como los hijos del linaje de los Bermejos; y esta es la etimologia de su nombre y apellido y no por ser bermejo de color como algunos quisieron decir. » (*Descr. de Afr.*, lib. 2, cap. 38.) « Asentó Aben Al-hamar su silla y corte en Granada dando principio á aquella casa y reino tan poderoso, cuya corona duró por espacio de doscientos cincuenta y seis años, ofendiendo y defendiéndose contra la mas fuerte nacion del universo. Fué llamado este rey Mohamad Aboabdille, Aben-Azan, Aben-Al-hamar; y de la significacion de su nombre usó por armas en sus escudos reales la banda bermeja con letras árabes, como hoy se ven en el palacio real del Alhambra en el cuarto de los retratos de los reyes moros, y en las doblas de oro que corrieron en el reino de Granada con su divisa. » (ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza*, lib. 1, cap. 97.)

Al-hamar tomó por armas, en escudo campo de plata, banda azul cuyos extremos salian de boca de dragones, y en ella estas palabras :

ولا غالب الا الله،

Las cuales significan : « No es vencedor sino Dios. » Porque sus pueblos solian saludarle con el titulo de *غالب* (vencedor), y él respondia : *ولا غالب الا الله* « No hay mas vencedor que Dios » (CONDE, *Hist. de la dom. de los Arabes en España*), cuyas palabras son la empresa ó divisa de los reyes de Granada y el epigrafe de mi leyenda.

(2) Por bajo de la *cádima alcazaba*.

القصبه قديمه *Al cássabah cádima*: fortaleza vieja. Casa de los señores de Granada antes de la fundacion de la القصبه الحمراء *alcazaba Alhambra*.

(3) Y el friso trabajado alicatado.

Alicatado: mosaico hecho con azulejos.

Los Arabes llamaron á este género de mosaico فسيفسا *fosey fasa*, y su invencion se atribuye á los Griegos. EDRISI, en su descripcion de la mezquita de Córdoba, afirma que el alicatado de las paredes del Mihrab fué traído de Constantinopla, y colocado por trabajadores griegos, á quienes hizo venir á España con este objeto Abderraman. Es sabido que en Andalucía habia muchas fábricas de este mosaico, llamado المصص *el mafssass*. (MACCARY, *traduccion del Sr. D. PASCUAL GAYANGOS. Tom. I, pag. 33—496—498.*)

Este género de mosaico, del cual los Arabes andaluces hacian grande exportacion para el Oriente, servia principalmente para los suelos, los frisos, los techos y las pilas de las fuentes. Hoy se designa simplemente con la palabra *azulejos*, derivacion del árabe الزليج *azulaj*.

(4) El barrio del deleite le llamaron.

Aun hoy conserva este nombre.

(5) Reclinadas en frescos alhamíes.

الحمي *Alhamí* Hueco espacioso abierto en el grueso del muro, cuyo suelo se elevaba uno ó dos piés sobre el pavimento, y estaba generalmente cubierto de prolijos alicatados. Servia para colocar los lechos.

---

#### LIBRO DE LAS PERLAS.

(1) Oh Genios invisibles, que errais en las tinieblas.

Los Genios, segun los Arabes, son una raza de seres intermedios

de los Angeles y de los hombres; hijos segun unos de Eblis (Satanás), y segun otros del viento y de la niebla. Antes de Adan habitaban la tierra : pero Dios, indignado de los crímenes que cometian, envió contra ellos á los Angeles, que les obligaron á guarecerse en las rocas de las montañas y en las islas desiertas. Jelâl-êd-dyn, autor árabe, dejó una curiosa historia de estos seres, de los silfos, de las hadas y de otras creaciones fantásticas de la supersticion oriental.

## (2) Caudillo Nazarita.

Despues de la derrota de las Navas, la mas completa anarquía se enseñoreó del país árabe-andaluz. Mahomad el verde, vencido en esta batalla, murió envenenado por sus ministros, dejando por heredero á su hijo Almostansir, niño de once años, cuya minoria aprovecharon sus tios para repartirse sus estados. Abul-Melik, su tio, se apoderó del trono de Marruecos; Abdaláh Abú Mahomad, pariente suyo, fué proclamado en Murcia; Sidi Mohamad en Córdoba, Jaen y Baeza; y en Sevilla, en fin, Almamun príncipe esclarecido por su valor y su ilustracion; el cual, para reprimir la excesiva autoridad de su *divan*, escribió un libro contra las prácticas establecidas por el Mehedi, fundador de la secta Almohade, y demostrando los desórdenes y anarquía inherentes á su doctrina. La aristocracia africana, conociendo que sus intenciones eran las de constituirse en autoridad superior á todos los poderes, proclamó que su eleccion habia sido violenta, ensalzó por sucesor legitimo á Jahia Ben-Alnassar y le hizo pasar á España con un ejército para destronar á Almamun. Vencido primero por este y luego aprovechándose de favorables circunstancias, allegó numerosas huestes en la Alpujarra y Arjona, se dirigió contra Aben Hud, señor de Murcia, y murió de un flechazo combatiendo á Jaen, instituyendo heredero de sus tierras, derechos y pretensiones á su sobrino Múhamad ben Al-hamar ben Nassar, quien, despues de vencer á sus enemigos, fué proclamado primer rey de Granada. Este es

el principio y establecimiento de la familia Nassarita en España.

La palabra Nassar ó Nazar ha sido el objeto de largas controversias entre los historiadores y los intérpretes de las leyendas árabes granadinas; pero su interpretacion no es dudosa teniendo en cuenta el origen y la historia de Al-hamar. La familia real de Granada se llamaba generalmente نصرى Nasrí, familia Nassarita ó hijos de Nassar. En las inscripciones que decoran los aposentos de la Alhambra, se aplica este título á los reyes moros, como descendientes de Al-hamar, á quienes llaman sus versos por todas partes ابن نصر Ibn Nasr, hijos de Nassar: **أولانا بن نصر** nuestro dueño el hijo de Nassar. En varias monedas granadinas se dan tambien sus reyes el título de **بن نصر** hijo de Nasr, como nombre patrimonico. En París existen algunas, y una entre otras que tengo á la vista cuya inscripcion dice asi:

عبد الله الغالب بالله على بن سعد بن علي بن يوسف بن  
 محمد بن يوسف بن اسمعيل بن نصر ائده لله ونصره ،

« El servidor de Dios, el vencedor por Dios, Aly, hijo de Saad, hijo de Aly, hijo de Jussuf, hijo de Mohamad, hijo de Jussuf, hijo de Ismail, hijo de Nasr : que Dios le sostenga y le proteja. »

Los poetas granadinos gustaban mucho de hacer juegos de vocablos y equívocos poéticos con la palabra نصر que significa *victoria*. De estos se hallan varios en las inscripciones de la Alhambra.

(3) El Darro le trae oro,  
 Plata le dá el Genil.  
 Cien minas en tu suelo  
 Posées.

Los rios Darro y Genil traen positivamente oro y plata. Los antiguos cronistas de Granada han deducido de aqui el origen de la palabra Darro, corrupcion segun ellos del *Dat aurum* latino. Ello es cierto que Genil tiene plata en sus arenas, pues cerca de su

nacimiento se esplotan á la presente minas de este precioso metal. En cuanto al oro de las arenas de Darro es evidente. El autor de la presente obra lleva continuamente una sortija gruesa de oro recogido en las *angosturas*, y ha conocido á una familia que se mantiene desde tiempo inmemorial lavando arenas y recogiendo granos, especialmente despues de las riadas. Mi amigo D. José Gimenez Serrano, que me sirvió de introductor con estas buenas gentes, les ha comprado algunas veces pepitas como granos de trigo. Al emperador Cárlos V le regaló la ciudad de Granada una corona de oro del Darro; el antiguo retablo de San Gil estaba dorado tambien con metal de igual procedencia. Los reyes moros ocupaban muchos cautivos en lavar las arenas de este rio, esencialmente en las angosturas, despues de las avenidas. (MARMOL. *Rebellion de los Moriscos-Echeverria, paseos-Manual del artista por D. JOSÉ GIMENEZ SERRANO.*)

(4) Amir del pueblo moro.

*Amir*. Principe. Gefe de tribu أمير.

---

#### LIBRO DE LOS ALCAZARES.

(1) Geb-Elvira y Macäel.

Sierras contiguas á Granada. De Macael son la mayor parte de los mármoles empleados en los edificios de Alhambra y Jeneralife. Tiene un color y una trasparencia tan agradables, que se asemeja al nácar.

(2) De las teas á la lumbre.

*Alhambra*. Significa *la-roja*. Al-Kattib dice que se llamó así por haberse empezado á fabricar de noche á la luz de teas encendidas, con cuyo reflejo parecia roja la tierra. Algunos han deducido la

etimología de Alhambra del nombre de su fundador Al-hamar, que la comenzó por la torre que hoy se llama *de la Vela*: otros de la voz Medina-Alhambra, ciudad rubia, como la llamaba el mismo fundador; y muchos, en fin, por estar fundada como las *Torres-Bermejas* en cerros de tierra colorada. Lafuente Alcantara dice esto de acuerdo con los cronistas árabes y cristianos. Tal vez pudo llamarse *Kassabah-Al-hamra* por ser continuacion de la antigua *Kas-sabah-Al-hamra* (Torres bermejas). Así so cree al menos el señor D. Pascual Gayangos (*Historical notice of the Kings of Granada, etc.*) Ello es que sobre el origen y sobre el nombre de este palacio encantado, se cuentan mil tradiciones bellisimas, publicadas algunas por Washington Irving y por mi amigo D. José Gimenez Serrano.

### (3) Jeneralife y Granada á vista de pájaro.

*Jeneralife*. Significa en lengua árabe *casa de recreacion*. Marmol explica la misma palabra diciendo que es la *casa ó huerta de el Zambrero*, por que en ella celebraban los reyes moros bailes y zambras. Le fundó el principe Omar, cuyas costumbres eran tan blandas y voluptuosas, y cuyo carácter tan amable, que labró este retiro para pasar una vida muelle y tranquila dedicada al amor, al encanto de la música, á los placeres campestres, y libre de los ruidos y cuidados de la corte. Yo tengo para mí con él Sr. Gayangos que es *Jannah-al-arif*-jardin del arquitecto: *جنة العريف*

La leyenda de Al-hamar es, por decirlo así, la decoracion en que se representa el poema de *Granada*, y no tiene otro objeto que el de dar á conocer al lector el lugar en que van á pasar las escenas que forman su argumento. Hé atribuido á Al-hamar la fundacion del Jeneralife, para abarcar de una vez todos los objetos que completan la descripcion de Granada, sin fastidiar al lector con detalles históricos, que le interesarian poco, y que entorpecerian la narracion de los hechos. En cuanto á las descripciones de Alham-

bra y Jeneralife, nada ecsagero : los escritores cristianos y árabes y los viajeros de todas naciones y épocas, convienen en que estos dos edificios son la realizacion de los palacios encantados de los cuentos orientales. El estado actual del Jeneralife, se halla bien descrito en los diversos trozos que voy á copiar á continuacion : asi quedará demostrada la verdad de mis descripciones.

Los lectores que hayan visitado á Granada no necesitan seguir leyendo esta nota ; pero me importa que los que no conozcan esta bella poblacion no tengan por fantásticas mis descripciones : el esceso poesia que hay en ella no está en mi pluma, sinó en el pais de que escribo.

« Ni hay decorador de teatro, por rica que sea su imaginacion, que llegue á imaginar tan ricos y variados cuadros. En medio de una montaña de flores se sigue un sendero estrecho, por donde apenas pueden pasar dos caballerias, hasta llegar á un delicioso valle ó mas bien precipicio de ruinas esmaltadas de flores, que se halla al pié de la montaña de Jeneralife : despues, subiendo siempre, y pasando por bajo de arcos moriscos, de galerias de árboles entrelazados, se llega á los jardines de aquel fantástico sitio, en que toda la imaginacion morisca parece haberse agotado para formar un conjunto celestial. »

« Del antiguo palacio apenas queda un precioso pabellon trabajado con el mismo primor y delicadeza que la Alhambra : pero los jardines que le rodean, las fuentes, los estanques, las cascadas, los bosques floridos de naranjos y limoneros, la abundancia y variedad infinita de las flores, todo el conjunto en fin de aquel recinto mágico es realmente prodigioso. La naturaleza domina generalmente en el Jeneralife, así como el arte en la Alhambra : y si yo hé gozado en aquel mas que en esta, es porque esperaba menos ; aquí no cabe encarecimiento : la naturaleza es aun mas rica que la imaginacion. » (*Semanario Pintoresco.*)

Saliendo al plano del jardin hay á la derecha de la escalera un

templete (renovado con pésimo gusto), en él que se conservan dos columnas, en cuyos primorosos capiteles se advierten inscripciones de pintura ya muy borrosas: en el suelo hay una taza de figura de concha marina, con un saltador; y á los costados quedan dos arcos muy graciosos en cuyas enjutas se ven ajaracas, flores y labores arabescas. Esta estancia, afeada con mezquina obra moderna, comunica con la calle de los cipreses.

A la izquierda corre una galeria con diez y siete ventanas arqueadas, en longitud de sesenta pasos. Al asomarse á cualquiera de ellas queda el espectador embelesado, cual si de repente se hallase en la region del paraíso. ¿Qué podremos decir nosotros que no sienta el que contemple el magnífico cuadro que desde esta galeria se descubre? A donde quiera que se vuelvan los ojos aparecen motivos de admiracion: jardines, bosques de verdura, el alcázar árabe con las caprichosas formas de sus torres envueltas en espesos vergeles; mas abajo las apiñadas casas de la ciudad; á lo lejos la vega con su claro horizonte. ¿Quién no participa de un indecible deleite al permanecer silencioso contemplando tanta maravilla?

Hácia el medio de la galeria se halla la puerta de la capilla, construida en el mismo sitio en que estaba el oratorio ó mihrab de este retiro. En ella se dice misa alguna que otra vez, y en frente de la misma entrada se conserva aún parte del templete árabe y la forma de su antigua puerta. El arco afestonado, las ajaracas y labores de sus enjutas, la faja con la inscripcion repetida: *Dios es grande*, los demas adornos de estuco representando galerias, y las fajas seguidas con letreros religiosos, dejan adivinar el parage en que estaba la capilla moruna. Por la parte que mira al jardin se conservan los adornos y la primitiva hechura de la puerta. En frente de esta hay un hermoso cenador rústico, por bajo del cual corre con grato murmullo una grande acequia que atraviesa todo el patio... » (*Libro del viagero.*)

Sigamos ahora con fragmentos de otro libro.

« En el fondo se ve otra galería con cinco arcos, sostenidos por columnas de mármol, con miniaturas azules. Tiene sesenta piés de larga y diez y ocho de ancha. El jardín tiene 225 piés de longitud y 61 de anchura, y no necesita mas encomios que los que se repiten en las inscripciones que después traduciremos; está dividido por un canal de dos varas de profundidad, con fuentes de mármol blanco en forma de conchas en sus extremos y se eleva un rústico templete en su centro, cubierto de rosas de Italia, de arrayanes, jazmines y cipreses.

« En las enjutas figura un gracioso enrejado de hojas y flores, y cada uno de los arcos está embutido en un recuadro que dice :  
 « Solo Dios es vencedor. La gloria sea de Dios. La esperanza en  
 « Dios. » Y por cima de todo corre una inscripción en caracteres africanos : « Alabado sea Dios : el alto, el poderoso, el sábio y des-  
 « pues de él nuestro gran profeta el señor de los musulmanes, el  
 « justo, el enviado de Dios, y después de él su sucesor el rey enalte-  
 « cido, el emperador de los Moros, el sublime Abul-Hagiag, de-  
 « fensor de la ley santa y de sus creyentes, y después de él los  
 « piadosos y buenos que guardan la ley. Y decid : No hay Dios sinó  
 « Dios, y Mahoma es su enviado. Alabado sea Dios. El poder, la  
 « sublimación y la grandeza sean dados á Dios y el ensalza-  
 « miento al gran emperador nuestro. ¡ Oh rey decantado, vencedor  
 « de tus enemigos ! Entrás en la batalla como el rayo, y cabal-  
 « gando tan veloz como Alborak, parece que caminas ligero para  
 « atravesar el mundo de un extremo á otro. Salvete aquel que ca-  
 « minaba en una noche espacios inmensos, y sea tu guía el  
 « ángel que le guiaba. Sí : después de haber defendido la secta,  
 « ojalá seas recibido en el paraíso con el profeta santo. »

El friso de madera está labrado también con prolijidad.

El ornato interior de la galería es muy semejante al exterior, y termina con otra inscripción que está llena de máximas morales,

sacadas en su mayor parte del Korán. El techo es de casetones de primorosa ensambladura, y conserva restos de algunos colores; á la izquierda hay un alhamí ó alcoba con una graciosa decoracion en su exterior, y adornada con fajas de colores y motes, con columnitas y arcos pendientes, y boveditas en su interior, todo muy encalado: el techo es á manera de estaláctita. El alhamí de en frente es igual, aunque mas destruido por servir de entrada.

Ofrecen paso á la primera habitacion, donde es necesario penetrar, tres arcos que descansan sobre columnas de mármoles con capiteles preciosamente labrados. Encima hay cinco ventanas cubiertas de un precioso calado, y sobre el arco de en medio esta inscripcion en letras africanas, tan menudas que parecen franja de encage: « Alcazar hermoso y de gran primor se representa aquí en  
« toda su magestad; todo lo baña su resplandor con luces de gran-  
« deza. Nubes de claridad y bienandanza le rodean por todas partes  
« con magnificencia: digno es de que se le ofrezcan dones de ala-  
« banza, como que tiene algo de divino su adorno. Su jardin adornado  
« de flores plantadas con estraña fantasía, ecsala suaves aromas.  
« Mueve el aire sus ramos y forma dulce armonia como la de la  
« música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores,  
« se deja ver ameno y en una verdura continua. Abul-Walid, el  
« mejor de los reyes, temeroso de la ley de Dios, el que da reposo á  
« los justos; el poseedor de las dos progenies, el que protege á los  
« descendientes de Mahoma, el que se hace valer y respetar, el que  
« desprecia lo transitorio y pone sus esperanzas en Dios y en sus  
« reyes, es el objeto de mi estimacion. Sálvete Dios y déte buen  
« hado, señor, y confirme en tí sus altos favores con los que subas  
« al estado mas alto. Siempre tengas acrecentamiento, nunca te  
« falten primores, pues has ennoblecido estas obras. Este aposento  
« á tí dedicado, tiene tanta perfeccion, altura y firmeza, que puede  
« compararse en su duracion á la secta nuestra; es un milagro,

« un triunfo del arte. Y por eso Dios, soberano apoyo de todo lo  
 « grande, ten á bien aceptar esta obra : que tu amparo le dará  
 « firmeza, y con él se hará digna de tí y de tu imponderable ven-  
 « tura y brillará en ella la luz, el reposo, el resplandor, el respeto,  
 « la honra y la bondad de su señor, que será la última perfeccion de  
 « su nobleza. »

Esta habitacion tiene de largo 60 piés y 24 de anchura, con dos separaciones formadas por arcos embutidos en recuadros, que tienen fajas de inscripciones piadosas. En la pared divisoria hay dos ventanas cerradas ó alhacenas sobre las cuales corren unos letreros que dicen :

« Ismael es entre todos el mayor, el mas grande y el mas aven-  
 « tajado, Dios le dió fama y reinos para mandar y donde alcanzar  
 « gloria escelsa. Si á su grandeza sirvieres, serás honrado como lo  
 « son los reyes que él procreó, y cuya descendencia hoy le imita.  
 « Él da vida á los sedientos como las constelaciones del invierno,  
 « y con la fuente innagotable de su ciencia fomenta la union y  
 « mantiene la secta. La ventana que está primera en este palacio  
 « dichoso, es para regocijo y uso de la nobleza. Su vista llena de en-  
 « cantos entretiene los ojos y lleva el corazon para dar á Dios gra-  
 « cias. La fuente que desde ella se descubre, con su agua y su  
 « frescura, es la ensalzada de todos, y no se puede mejorar ; solo  
 « la presencia de su rey y señor la hace mas preciada. Encima de  
 « este letrero hay una gaieria de arquitos y una especie de cornisa  
 « formada por arcos pendientes. »

En lo interior de los grandes arcos hay otra inscripcion menuda, sacada en su mayor parte del Korán. Los adornos que restan en la estancia son galerias fingidas, poligonos, motes, círculos, ventanas caladas con estrellas, nexos, hojas y flores, y una faja con esta sentencia en grandes letras *Alabado sea Dios*. En los costados, sobre columnas embutidas, se levantan dos arcos elegantes que parecen la entrada de una caverna estaláctica, con

labores persas en sus enjutas. El techo es de ensambladura, y ha sido pintado posteriormente.

De esta antesala se pasa á una estancia moderna donde hay varios retratos, cuyos letreros estan maliciosamente trocados. La mayor parte son ascendientes de los Granadas y Venegas, y entre ellos son los principales el de Cid-Hiaya, el de Muley Hasan, penúltimo rey de Granada y el de su hijo Boabdil, el de D. Alonso Venegas, famoso por su valor, y el de otras señoras hijas ó esposas de aquellos caballeros. A esta familia, por casamiento de D<sup>a</sup>. Maria Rengifo de Avila, pertenece el mayorazgo de Jayena y Campotejar, en el que estaba incluida la Alcaidia de Jeneralife, desde tiempo de Felipe IV.

Desde esta sala se pasa á un templete central, lo mejor conservado del edificio.

Su adorno comienza con una galeria muy pequeña, con cornisita de arcos pendientes y con hojas y flores en los claros; despues siguen tableros con estrellas y poligonos diestramente combinados sobre ellos una inscripcion piadosa : en cima una galeria de arcos redondos, con columnillas esbeltas y pareadas, labrada de *comaragia* en las enjutas y en los claros con el mote: *No es vencedor sino Dios* entrelazado. En cada uno de los costados hay, en seguida, cuatro ventanas fingidas con inscripciones por cima, sacadas del Korán, y el friso de madera sobre que descansa el techo, tambien tallado y con letras de oro borradas en campo rojo.

El techo es en forma de cúpula con embutidos. A los lados hay dos arcos muy adornados, que tienen puerta en el fondo ; el de la izquierda nos ha servido para entrar : el de la derecha da á otra sala, donde estan los retratos de los reyes católicos, de su hija D. Juana, de D. Felipe, apellidado el hermoso, de Felipe II, muy jóven, de la hermosa emperatriz Isabel, de Felipe III, de Felipe IV y el de un caballero y una dama desconocidos, con sus *marinas*, que algunos atribuyen con escasisimo fundamento á Juan de Toledo.

Después de subir una escalera se encuentra *el patio de los cipreses*, rodeado de jardines con setos de arrayanes grandes, adelfas y acacias, y en cuyos estanques derraman innumerables fuentes sus contrapuestos raudales; en el centro hay una isleta con un saltador de prodigiosa altura, rodeado de otros que forman lazos y coronas. Las paredes están pintadas al fresco, pero no merecen ser examinadas.

A la izquierda hay tres colosales cipreses, de los cuales el mayor es conocido con el nombre *del ciprés de la sultana*. Se cuenta vulgarmente, apoyándose en algunos romances y antiguas leyendas, que allí fué sorprendida la esposa de Boaddil en los brazos de Abenamet, caudillo abencerage. La extraordinaria elevación de este árbol y las poéticas circunstancias del suceso de que se cree fué testigo, realizadas por muchas plumas hábiles, en nuestro día, han hecho tan célebre este árbol monumental, que los viajeros han ensanchado considerablemente la cavidad de su tronco, arrancando astillas que conservan como una preciosa memoria.

Subiendo una escalinata, y dejando á la derecha un jardín primoroso por la variedad de sus flores y las riquezas de sus frutales, se da en una bóveda de espesa enramada, entretegida con laurel, que no deja penetrar los ardientes rayos del sol del estío, convirtiendo aquel cenador en un delicioso recinto. Una escalera se encuentra después con flores á todos lados, sombreada de laureles, cipreses ó frondosos álamos, con tres saltadores en las paradas de sus tramos, y cascadas á los costados. Este palacio de recreo, con ligeras alteraciones y mayor esmero, sería uno de los más deliciosos de España.

Sus adornos son menos grandiosos que los ya descritos en el Alhambra; pero tienen, si cabe, más primor, y están más en armonía con el objeto á que lo dedicó el voluptuoso Omar. (*Man. del art.* por D. JOSÉ GIMÉNEZ SERRANO.)

(4) Junto á tí los Alijares  
Ataviados á lo moro, etc.

Segun todos los cronistas, el palacio mas hermoso y adornado de los Reyes moros de Granada estaba por cima del barranco de San Cecilio, y no en el cerro de Santa Elena como han dicho otros. De este palacio, torreado como una alcazaba, hace mencion aquel sentido romance antiguo, que se lee en las *Guerras civiles* de Perez de Ita.

« Estaba la mar en calma,  
La luna estaba crecida;  
Moro que en tal siguo nace  
No debe decir mentira.....  
— No te la diré, señor,  
Aunque me cueste la vida.....  
— Yo te agradezco, Abenamar,  
Aquesa tu cortesía;  
¿ Qué castillos son aquellos,  
Altos son y relucian?  
— El Alhambra era, señor,  
Y la otra la mezquita,  
Los otros los *Alijares*,  
Labrados á maravilla.  
El Moro que los labraba  
Cien doblas ganaba al dia  
Y el dia que no los labra  
Otras tantas se perdía..... »

En una cancion que corre en boca de la gente antigua, y que ha recogido Mr. de Chateaubriand en el *Ultimo Abencerrage*, se habla tambien de los Alijares. Hé aqui una estrofa del original castellano que debo á mi amigo D. José Gimenez Serrano.

En los castillos dorados

De los ricos Aljares  
 Crecerán las yerbecillas,  
 Y se anidarán las aves  
 En las pintadas labores  
 De sus paredes de encage.

(5) Mas allá, sobre pilares  
 De alabastro, Darlaroca, etc.

En cima de Jeneralife habia otra habitacion deleitosa llamada Darlaroca, ó palacio de la Novia; prócsimo á las tapias de la huerta, y con mucha inmediacion á la moderna torre, hay un estanque casi cuadrado, defendido por el monte y sostenido por un murallon. Puede verse con mucha facilidad saliendo por la puerta que tiene al campo dicha obra moderna, y caminando un poco hácia levante por la orilla misma de la tapia. Llamase vulgarmente *el albercon de las damas*. Junto al *albercon*, y avanzando un poco sobre la huerta, hay un edificio que se llama entre las gentes *el peinador de las damas*, cuya tradicion indica que era una estancia contigua á los baños, para comodidad de las personas que moraban en tan delicioso lugar. (*Libro del viagero*, por D. MIGUEL LA-FUENTE ALCANTARA.)

De estos baños y del albercon del *Negro*, que está mas arriba se cuentan tradiciones moriscas muy poéticas, enlazadas con la historia de Jeneralife.

(6) Reflejando en sí la hermita  
 De los siervos de la cruz.

« Sobre una altura, á la izquierda del Genil, hay una ermita que tiene planta de Basilica, célebre en otros tiempos por sus cuadros y sus piadosas tradiciones: llamase *del santo sepulcro* y debe visitarla el viagero por las pintorescas vistas que desde ella se descubren. (*Manual del artista*, por D. JOSÉ GIMENEZ SERRANO.)

- (7)           A tu diestra el real castillo  
               Sobre el cual voltea inquieta  
               La simbólica veleta  
               Del bizarro Aben-Abuz.

Ben-Abuz Almudafar, tercer señor de Granada, para demostrar su vigilancia hizo la Alcazaba antigua (cádima) en lo mas alto de la ciudad (y que hoy se llama *casa de la Lona*): fabricó en ella una torre y colocó en ella una estatua de bronce representando á un caballero árabe armado de lanza y adarga, que giraba como veleta á todos vientos, y tenia al traves un letrero que decia :

Dice el sábio Aben-Habúz  
 Que así se ha de guardar el andaluz.

(*Id. Hist. de Granada.*)

- (8)           A tus piés Torres-Bermejas.

Este es el Cassabab-al-Hamra de que hemos hablado ya ; está separado de la Alhambra por una cañada, que es ahora el camino que comienza en la puerta de las Granadas, antes de Bib-Leuxar.

- (9)           . . . Los valles frescos  
               Donde habita la salud.

« Desde la fuente del Avellano, se ofrece á la vista un valle risueño, una série no interrumpida de jardines y casas de recreo, de espesos bosques de avellanos, de cabañas pobres, pero de aspecto agradable. La Colegiata del Sacro-Monte descuella al frente cual gótica abadia. Hasta las pendientes de los cerros son fertilizadas por las filtraciones de las acequias, que sus cumbres llevan y apenas se divisa el suelo, sino álamos corpulentos, frutales, fresca yerba y flores permanentes. Tanta frondosidad despierta sensaciones poéticas, creyéndose la imaginacion trasportada á un rincón de aquel vergel amenísimo, que el Génesis nos pinta como obra maravillosa de Dios, para servir de recreacion y asilo al padre de

los mortales. Como si la Providencia hubiese querido prodigar en estos parages todos los gérmenes de vida, nacen en ellos fuentes y arroyos de agua cristalina, muy celebrada por su virtud de disipar algunas dolencias inveteradas : tales son la Agrilla y la de la Salud. Los moradores de estos sitios ofrecen ejemplos de larga edad ; el aire, purificado con una vegetacion lozana y embalsamado por sus efluvios aromáticos, comunica á la sangre elementos de vida, y aleja la muerte del lecho de los moribundos. Los Moros africanos venian á este remedo del paraíso, y en él desechaban las dolencias contraídas en sus ardientes costas ; y el gran cardenal Cisneros, consumido por trabajos asiduos, prolongó su vida recreado en las delicias de los Cármenes, y aspirando sus aires purísimos. En las huertas, que formando escala se divisan en frente de la subida que conduce á la fuente del Avellano, habia jardines y palacios de los reyes y magnates moros : aun quedan vestigios de uno de estos en la casa ruinosa que subsiste á la derecha del camino del Sacro-Monte, al final de la cuesta del *chapi*z, en la puerta llamada del Lavadero. » (*Lib. del viag. de D. MIG. LAF. ALCANT.*)

Famosas han sido y serán las angosturas del Darro, pobladas de frutales, de avellanos y de flores, ornadas con festones de parras, bordadas de cármenes que sirven de recreo y solar á los Granadinos. Aquí venian á curarse los Arabes del fastidio de su vida enervada, aquí cobraron su salud perdida el cardenal Gimenez de Cisneros y el Gran Capitan ; aqui escribió las floridas páginas del *Ultimo Abencerrage*, Châteaubriand. » (*Manual del Artista, por D. JOSÉ GIMENEZ SERRANO.*)

#### (10) Su opulento Zacatin.

Zacatin, en árabe *casa de comerciantes*. Es una calle que conserva su moruna forma irregular, á pesar de las reformas hechas en ella por Fernando de Zafra, secretario de los reyes católicos,

y no obstante algunas novedades posteriores. Por la derecha desembocan en el Zacatin varias calles tortuosas y estrechas y por la izquierda pasa el rio Darro lamiendo los cimientos de las casas hasta el puente de San Francisco. Una de estas calles conserva aún el nombre de calle de Aben-Amar, por que en ella vivió un célebre y rico caudillo de este nombre, cuya casa está hoy renovada en la placeta del colegio eclesiástico. (*Libro del viagero.*)

(11) Albunest y el Albaycin.

Albunest, *delicia*. — Albaycin *nido de halcones*, — segun Casiri. Todos los cronistas de Granada, Conde y Gayangos dicen que Albaycin viene de *Rabadhu-l-baycin* barrio del pueblo de Baeza, por haberse poblado este arrabal con los fugitivos que se acomodaron en Granada, despues de su conquista; pero ello es que mucho antes estaba poblada esta collacion.

(12) Da opulento á sus mugeres  
Mesa opípara en su harén.

*Harén* (sitio prohibido), habitacion de las mugeres, entre los Arabes. Su entrada está permitida solamente al marido, que va allí á pasar las horas de despues de comer, para recrearse en medio de sus hijos y sus mugeres. Los Arabes sienten mucho que les llamen para negocios cuando entran en el harén, y Mahoma reprende la groseria de algunos que le llamaron en voz alta en ocasion semejante, en el cap. 49 del Korán, cuyas palabras son: « El interior de tu casa es un santuario: los que le violan llamándote cuando estás en él, faltan al respeto que deben al intérprete del cielo. Deben esperar á que salgas de allí: la decencia lo ecsige. »

(13) Las almées y los juglares.

*Almées*, de *علماء* plural de *عالم*. — Muchachas sábias. — Bailarinas y cantoras con cuyas danzas y música se divierten las mugeres

en Oriente en sus festines. Visitanse estas frecuentemente (con especialidad en Egipto), y se dan saraos, de los que estan escluidos los hombres. Admiten solo en ellos las esclavas necesarias para el servicio, y se dan á los placeres del baile y de la música, en vez de los de la mesa. Las *Almées* cantan himnos en alabanza de los convidados, y concluyen por canciones amatorias, ejecutando al fin bailes voluptuosos, que pasan muchas veces los limites de la decencia.

---

### LIBRO DE LOS ESPIRITUS.

(1) Sobre el Borak á hacer.

El Borak. — Cabalgadura fantástica sobre la cual visitó Mahoma el paraiso. (*Ver la vida de Mahoma, al fin de la notas.*)

(2) Espíritus inmensos.

(*Ver la vida de Mahoma. Descripcion del viage nocturno.*)

(3) Es el puente  
De la vida.

El puente Sirath. (*V. la vid. de Mah. al fin.*)

(4) Israfél.

Israfél, ó Israfil. Angel que el dia del juicio final tocará la trompeta á cuyo sonido resucitarán los muertos, colocándose sobre una montaña cerca de Jerusalem. Esta trompeta será tan larga como desde Jerusalem al monte Sinai. Al eco de esta trompeta las almas de los hombres saldrán de la tierra como un enjambre, y marcharán por su superficie en busca de sus cuerpos. Los resucitados acudirán al sitio que este ángel les designare por punto de reunion. (*Jahia.*)

---

## LIBRO DE LAS NIEVES.

## (1) No hay mas que un solo Dios.

Primeras palabras de la profesion de fé de los Mahometanos. Estas palabras árabes, لا لله الا الله و محمد رسول الله, que significan *no hay el Dios único sinó Dios, y Mahoma es su Profeta*, forman la profesion de fé de los Arabes, que la repiten siempre que entran en la Mezquita, ó que van á emprender alguna cosa á la cual dan alguna importancia. El Korán la recomienda en el capítulo xiv, y los espositores árabes la interpretan de varios modos. Jelá-lê-dyn, comentariando la Sura del Korán que dice que Dios *afirmará la fé de los creyentes en esta vida por medio de la palabra inalterable*, esplica así este pasage : « Dios afirmará la fé de los creyentes en esta vida, haciéndoles pronunciar estas palabras : لا اله الا الله, etc.; y la afirmará en la otra, haciéndoles responder acordemente á las preguntas de los dos ángeles que interrogarán á las almas en los sepulcros, antes de que se desprendan de sus cuerpos. (*Ver la vida de Mahoma al fin.*)

## (2) Dios solo es triunfador.

Empresa de Al-hamar. (*Ver la nota primera del libro de los Sueños.*)

## (3) Los ajimeces bellos.

*Ajimez.* Ventana de dos arcos dividida por medio por una ligera columna. Estas ventanas árabes son graciosísimas. No ecsistiendo esta clase de ventanas mas que en los edificios de arquitectura árabe, la palabra *ajimez* no tiene correspondencia con ninguna de nuestra lengua que espresa su verdadera significacion; y hé aquí la razon de hallarla continuamente usada en el discurso de esta obra.

## (4) Dejó la comarágia.

*Comarágia*. Labor riquísima que se halla solamente en los aposentos de los reyes moros; la mas vistosa y complicada de las labores de la arquitectura árabe. El salon de embajadores ó de Comares en la Alhambra, esta cubierto con esta labor.

(5) Qué al Hierosolimita  
De Salomon imita.

Dicese que la fuente del patio de los Leones se hizo con intento de imitar el famoso mar de bronce del templo de Salomon en Jerusalem.

## (6) Bib-el-Leujar les dió.

*Bib-el-Leujar*. Hoy puerta de las Granadas : es la puerta que da paso á la fortaleza de la Alhambra, en el remate de la cuesta de los gomeles. Sobre la etimología de esta palabra ecsisten muchas controversias. Actualmente la entrada á los bosques de la Alhambra por esta puerta es verdaderamente encantadora. Su descripcion se halla en el lugar conveniente, en el cuerpo del poema.

## (7) La flor de los alimes.

*Alimes*. Sábios. De عالم, plural: علماء y علماء.

---

**GRANADA.**
**LIBRO PRIMERO.**

## (1) Un hijo tiene Abú Abdilá llamado.

BOABDIL, BUADILIN, BUABDIL, BU-ABDILA. Todos estos nombres dan los escritores cristianos al último rey de Granada, los cuales son

corrupcion de محمد ابو عبد الله الصغير MAHOMED ABU ABD-ALLAH ES-SAGUIR (el chiquito), que era su verdadero nombre. Yo hago uso de todos indistintamente segun me conviene para la armonia ó la metrificacion.

(2) Mirar la vega al trasponer el dia.

VEGA : significa, en árabe, llano estendido entre montañas; palabra que se conserva en español: بكّة bekah. Asimismo la palabra *cármén*, qui significa *viña*: كرم karm, la cual plantaban los Moros en sus jardines.

---

LIBRO SEGUNDO.

(3) Mirador de la hermosa lindaraja.

Este camarín y la sala de *las dos hermanas*, cuyo fondo ocupa, son los mas bellos aposentos de la Alhambra. En el tomo de ilustraciones que añadiré á mi poema, y en el cual traduciré las inscripciones de esta suntuosa habitacion, se verá que mis descripciones nada ecsajeran, y que me hé quedado muy corto en hipérboles respecto de los poetas árabes que las escribieron. Uno de los versos de estas inscripciones dice que la constelacion géminis la saluda con la mano (á esta habitacion), y la luna se la acerca para hablarla al oído en voz baja.

(2) Con azul costosísimo miniadas.

El lujo de las damas moras en los últimos tiempos de la monarquía árabe era ecsesivo y su refinamiento rayaba en locura, segun cuenta Alkatib en su Historia granadina. Entre otros afeites de que usaban para realzar su hermosura era uno el de miniarse las uñas con algun color costoso, para cuya operacion tenian esclavas muy hábiles en esta clase de pintura.

(3) Del muezin anunció la última hora.

Muezin ó Muezen مؤذن el que anuncia las horas llamando á los fieles á la oracion desde los alminares de las mezquitas.

---

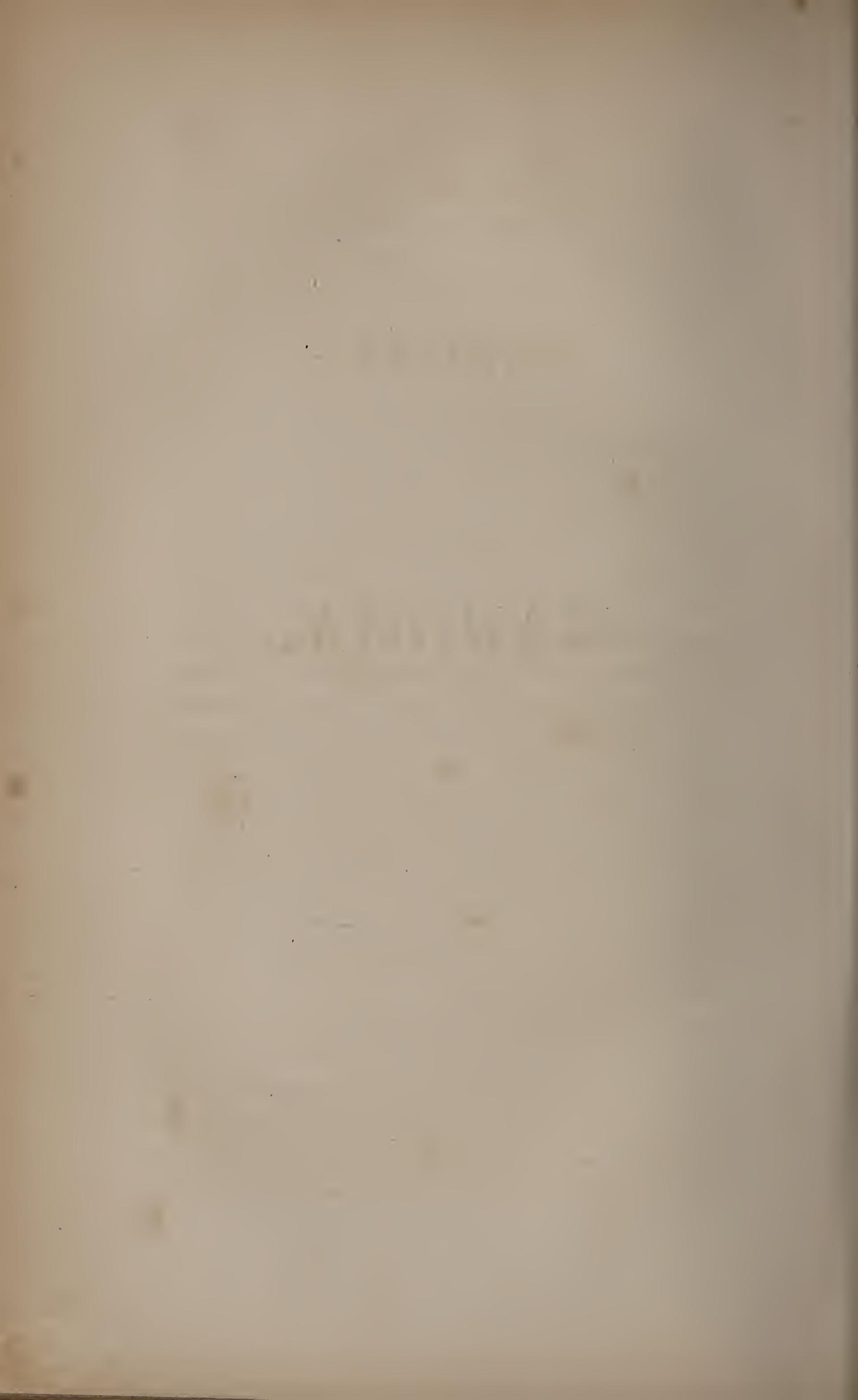
LIBRO TERCERO.

(1) Desdichada fué en raza.

La leyenda de Gonzalo Arias de Saavedra es histórica y mi narracion en nada aumenta su poesía. — « Zahara, villa que conquistó el Infante de Antequera, estaba al cuidado de Gonzalo Arias de Saavedra, hijo de Fernan Arias. Habia este seguido la parcialidad de D. Enrique contra la reina Isabel y la del duque de Medina Sidonia contra el marques de Cádiz: empobrecido en tales contiendas y perseguido de muerte tuvo que refugiarse á tierra de Moros conservando á Tarifa. Intercedieron algunos señores y alcanzaron su indulto, por cuyo favor entregó la plaza y se retiró á vivir tranquilo en el aljarafe de Sevilla, en un torreón solitario. Quebrantado el edificio con algunos terremotos, no pudo Fernan Arias restaurarle por su miseria; cuyo accidente ocasionó un total hundimiento y la muerte del mismo caballero y de su familia entre los escombros. Habia Gonzalo conservado por merced de la reina á Zahara y vivia en ella afligido con la desventura de su familia y sin recursos para abastecer el castillo de víveres, ni sostener el necesario presidio. »

(BERNALDEZ. LAFUENTE ALCANTARA.)

**MAHOMA.**



# MAHOMA.

---

Mahoma nació en la Meca el año 578 de Jesucristo, el 53 antes de la egira, el 6163 del pecado de Adan (segun Abú-'l Feda). Fué hijo de Abdalláh, y nieto de Abdel-Motaleb, y descendiente por padre y madre de la tribu nobilísima de los coreishitas. Entre los Arabes se conserva su genealogía desde Adan por Abraham é Ismael.

El nacimiento del Profeta fué acompañado de raros prodigios. En el momento de nacer, una radiante claridad iluminó las ciudades y pueblos de los alrededores de la Meca. El fuego sagrado de Zoroastres que ardía hacia mil años se estinguió. El palacio de Cosroes, rey de Persia, se estremeció y cuatro de sus torres se desplomaron. Secáronse varias lagunas y brotaron en el desierto manantiales de frescas aguas. El recién nacido, poniéndose de rodillas y elevando las manos y la vista al firmamento, exclamó con voz varonil : *Dios es grande. No hay mas Dios que Dios, y yo soy su Profeta.* El sonido de su voz precipitó en los in-

fiernos á los espíritus de las tinieblas, y á los genios enemigos del género humano, que estaban guarecidos en los planetas y en los signos del zodiaco; y cuando su madre le tomó en sus brazos para darle el pecho, reconoció con asombro que habia nacido circuncidado. Por cuyas maravillas se le dió el nombre de Mahomet ó Mahomad, que significa lleno de gloria.

Su madre Amæna le confió á una nodriza campesina, llamada Halima, quien le pidió para criarle despues de haberlo rehusado otras nodrizas por razon de su pobreza; pues su padre Abdalláh, que murió á los dos meses de su nacimiento, no le dejó mas que á Baracca, esclava etíope, y cinco camellos, único caudal que poseía. Halima llevó consigo á Mahoma al desierto de los Saaditas, su pais, huyendo de la insalubridad del aire de la Meca, donde pasó los tres primeros años de su vida en compañía de otro hijo de Halima llamado Masruht. En esta época fué cuando, vagando por el campo los dos niños, les salieron al encuentro dos personages vestidos de blanco, quienes asiendo de Mahoma le tendieron en tierra y le abrieron el pecho; y uno de ellos, que era el Angel Gabriel, le sacó el corazon, le lavó y purificó, le inspiró la virtud, la fé y la sabiduría, y volviéndosele á colocar sin dolor dentro del pecho, desapareció con su compañero. Este prodigio, contado por Masruht, espantó de tal manera á la nodriza, que devolvió el niño á su madre.

Murió esta á poco, y Abdel-Motaleb recogió á su nieto en su casa, criándole como á sus propios hijos; pero muerto este á los cinco años, Abú-taleb, su tio, se encargó de él y le llevó á Siria para que se instruyera en el comercio. En

uno de los viajes que con él hizo, habiéndose hospedado en el Monasterio de Bosra, un santón llamado Bahira le predijo un brillante porvenir. Vuelto á la Meca, su conducta ejemplar, su talento y su varonil belleza le granjearon la voluntad de todos los amigos de su tío, hasta que sus invectivas contra la idolatría les hicieron recelar de su corazón ambicioso. En sus primeras controversias con los sábios prevalecieron siempre sus opiniones; y en las primeras campañas que hizo, teniendo aun solos quince años, la victoria siguió constantemente su partido.

Los coreishitas, que guardaban la Caaba ó casa de Dios, edificada, segun se dice, por Abrahan, quisieron construirla de nuevo con mas magnificencia. Hizose la argamasa con agua del pozo de Zemzem, que es la fuente que mostró el Angel á la madre de Ismael fugitiva; mas cuando llegó el caso de colocar la famosa *pedra negra*, todas las tribus se disputaron el honor de colocarla. Conocido es el origen maravilloso de esta piedra sagrada. Cuando reconciliados Ismael y Abrahan construían la Caaba, faltándoles los andamios para levantar las paredes, el Angel Gabriel los trajo una larga piedra que se sostenia en el aire milagrosamente sin apoyo alguno, elevándose ó bajándose segun la necesidad de los arquitectos. Esta piedra era entonces un jacinto blanco; pero habiéndola tocado mas adelante una muger en estado impuro, se volvió negra. Despues de largas disputas sobre sus derechos al honor de colocar la santa piedra, las tribus árabes se convinieron en cederlos al primero que entrara en el templo. Mahoma, que acertó acaso á pasar por allí, hizo poner la *pedra negra* sobre una alfombra estendida, de cuyo borde asió

un hombre de cada tribu, y cuando la levantaron entre todos, él mismo la colocó en su lugar.

Imposible era que este jóven no llamara sobre sí la atencion universal. Una viuda noble y rica, que comerciaba con gran fortuna, le encargó de la direccion de sus negocios : entró Mahoma en casa de Cádiga, no como algunos dicen para conducir sus camellos, sino en calidad de asociado. Los intereses de Cádiga le obligaron á emprender un viaje á la Siria, y mientras atravesaba los abrasados desiertos de la Arabia, un Angel le hacia sombra con sus alas. Cuéntase que cerca de Bosra habiéndose sentado al pié de un árbol seco, reverdeció de repente llenándose de hojas y flores; y que este milagro convirtió á dos monges cristianos que reconocieron en Mahoma el Profeta de Dios. Volvió Mahoma felizmente de su viaje cargado de riquezas : Cádiga le ofreció su mano, y él la aceptó; tenia entónces Mahoma veinticinco años, y Cádiga cuarenta. Esta fué la primera que tuvo fé en la mision de su marido y él la amó constantemente, negándose mientras ella vivió á tomar otras mugeres, como la ley de su pais se lo permitia. Pasó en la soledad los quince años primeros de su matrimonio meditando la religion que debia someterle el Oriente. Estaban por entónces sumidos los Arabes en la mas ciega idolatría, y el templo de la Meca, consagrado en su origen á un solo Dios, encerraba mas de escientos ídolo s. Mahoma, resuelto á destruir tan absurdas creencias, determinó componer el Korán para presentarse á su nacion protegido por un libro divino; y conociendo bien al pueblo para quien escribia, lo hizo en un estilo gracioso, lleno de brillantes imágenes y de seduc-

toras promesas que halagasen sus inclinaciones, publicándole diestra y políticamente en el espacio de veintitres años, por capítulos, y según las circunstancias. Mahoma declaró que no sabía leer ni escribir; afectó el tono y maneras imponentas de los Profetas, y anunció que el Angel Gabriel dictaba sus palabras (1).

A los cuarenta años de su edad juzgó llegado el momento oportuno para predicar su religion. Retiróse como lo hacia todos los años á una gruta del monte Hara: y allí en medio de la noche el Angel Gabriel descendió del cielo y le dijo: *lee*. — *No sé*, respondió Mahoma. — *Lee en el nombre del Dios Criador, lee*, replicó el Angel, presentándole los primeros versículos del capítulo 96 del Korán, que Mahoma repitió de memoria; y subiendo á lo alto de la montaña, oyó una voz celestial que le dijo estas palabras: *Mahoma, tú eres el Profeta de Dios, y yo soy su Angel Gabriel*. Hé aquí el maravilloso origen del *Islamismo*, título que dió Mahoma á su doctrina, y que significa *consagrar á Dios*.

Aly, hijo de Abú-taleb, Zaid, Abú-becre, Otman, Aberhoman, Saad, Zobair, Telha, Abú-Obeïda, Saïd, Abdalláh, Amer, ciudadanos notables de la Meca, se unieron bien pronto al Profeta; reunió todos sus parientes, les anunció una nueva revelacion de Gabriel, y les dijo: « Os ofrezco la dicha en este mundo y la felicidad en el cielo. ¿ Quién de

(1) Una paloma, enseñada por él, venia á comer en sus hombros el trigo que colocaba dentro de su oido, con lo cual persuadió al pueblo que el Angel Gabriel le hablaba al oido bajo la forma de este ave.

vosotros será mi visir (1)? ¿Quién de vosotros será mi kalifa (2)? » Viendo que todos callaban, Aly indignado levantóse y dijo : « Yo, Profeta; yo partiré contigo tus trabajos, y esterminaré á tus enemigos. » Abrazó Mahoma al ardiente Aly, y dijo : « ved aquí á mi hermano, á mi vicario y á mi kalifa; escuchadle y obedecedle. »

Esta primera prueba de Mahoma no obtuvo gran éxito : el pueblo se indignó contra el que destruía sus dioses; toda su familia le abandonó, y solo sus discípulos le quedaron fieles. Los coreishitas, que eran en la Meca lo que los levitas en Jerusalem, se reunieron para aniquilar al que derribaba sus altares. Declararon al viejo Abú-taleb, que sino hacia callar á su sobrino tomarian las armas para esterminar la secta naciente. Aterrado Abú-taleb se avocó con Mahoma, pero el Profeta le dijo : « Aun cuando armaran contra mí al sol y á la luna, y viera yo á estos dos astros venir contra mí, uno por la derecha y otro por la izquierda, no retrocedería. » Admiróse Abú-taleb de tan firme resolucion, y prometió á su sobrino no abandonarle jamás.

La tribu entre tanto reunida decretó el destierro de Mahoma y de todos los que habian abrazado el islamismo. El Profeta se retiró al monte Safa; Abú-gehel fué á buscarle allí y le llenó de injurias, á las que Mahoma no con-

(1) Consejero. Aly fué el primero que obtuvo este título.

(2) Sucesor. Aly no obtuvo este sino despues de Abú-becre, Otman, y Omar, á quienes los Persas miran como usurpadores. Esta diversidad de opiniones sobre el Kalifato produjo luego sangrientas guerras entre los otomanos, sectarios de Abú-becre, y los Persas, sectarios de Aly.

testó. Pero Hamza, su tío, decidido á vengarle, mató al insolente en medio de la asamblea de los coreishitas, y se hizo musulman : fué esta conversion un triunfo para el Profeta ; y viendo sus enemigos que la persecucion no intimidaba á los sectarios del islamismo, decidieron echar mano de un hombre bastante determinado para quitar la vida á su gefe. El feroz Omar se ofreció á ello, y salió armado á buscar al Profeta en su retiro. Detúvose en el camino en casa de una hermana suya, á la cual encontró leyendo un capítulo del Korán. Esta lectura cambió de tal manera la disposicion de su ánimo, que haciendo lugar en él al entusiasmo el furor y la violencia, corrió al monte Safa, donde halló á Mahoma rodeado de cuarenta fieles. « Yo vengo á tí, le dijo Omar, para creer en Dios y en su apóstol ; » y abrazando en aquel punto el islamismo, abandonó la idolatría, y fué el mas celoso defensor del Profeta, pero conservó siempre su natural ferocidad. Era esta tal, que le apellidaron El-faruk (el divididor), porque partió en dos de una cuchillada á un musulman que se atrevió á reclamar contra una sentencia de Mahoma. La desercion de Omar puso el colmo al miedo de los enemigos del Profeta ; su persecucion se hizo general ; toda la familia y los partidarios de Mahoma fueron proscriptos.

El decreto de proscripcion escrito en un pergamino se depositó en la Caaba ; al cabo de tres años Mahoma, que no se habia apartado de Abú-taleb, le anunció que el cielo habia dado á un gusano victoria sobre el decreto de los coreishitas. Abú-taleb dijo á los principales del pueblo que un gusano habia roído toda la acta de destierro, á es-

cepcion de nombre de Dios. Los coreishitas acudieron al templo, abrieron la caja en que estaba el decreto, y hallaron con espanto que no quedaba de él mas que un poco de polvo, y el sitio en que estaban escritas estas palabras: « En tu nombre, oh gran Dios. » Abolióse desde este momento la ley de proscricion, y Mahoma y los suyos volvieron á presentarse en público.

En esta época hizo Mahoma un gran milagro. Los coreishitas, para confundir al Profeta, le mandaron comparecer ante un sábio anciano encargado de examinar su mision. Este viejo, príncipe de su tribu, llamado Habib, habia sido judío, cristiano y mago, y conocia todas las religiones. Colocóse en un trono alzado en el campo y rodeado de todos los príncipes árabes. Presentóse Mahoma sereno delante de su juez, quien para prueba de ser enviado de Dios, le propuso que cubriese el cielo de tinieblas, y que hiciese bajar á la luna sobre la Caaba. Se hallaba el sol á tal punto en mitad de su carrera. Mahoma llamó á las tinieblas, y la noche se estendió por el firmamento; apareció en él la luna que, abandonando su marcado curso, se cernió en los aires, se paró sobre el techo del templo de la Caaba, dió siete vueltas á su alrededor y se situó despues sobre un monte vecino, desde el cual pronunció un discurso en alabanza del Profeta. Metióse en seguida por la manga derecha de su vestidura, salió por la izquierda, y se dividió en dos pedazos, que fueron uno por Oriente y otro por Occidente á reunirse en el cielo. Abú-'l Feda, el mejor historiador del Profeta, no hace mencion de semejante milagro. Mahoma mismo no se atribuyó jamás el poder de obrarlos, y dice en dife-

rentes capítulos del Koran, que él solo está encargado de la predicacion. Poco tiempo despues de abolida la ley de proscricion perdió Mahoma á su tio Abú-taleb, cuyo afecto habia siempre conservado, aunque no pudo nunca reducirle á abrazar el islamismo. Cádiga su muger murió por el mismo tiempo. Los coreishitas hicieron morir á ambos, y Mahoma puso el colmo á su furor con la relacion de su prodigioso viaje nocturno, del que damos en seguida un resúmen.

#### VIAGE NOCTURNO DE MAHOMA.

Dormia yo (dice el Profeta) en el valle estendido entre las colinas Safa y Merva, cuando el Angel Gabriel me despertó. Traia con él á El-borak (resplandeciente), yegua de un gris plateado, cuya marcha es tan rápida que avanza en cada paso lo que la mejor vista no puede alcanzar. Sus ojos brillaban como estrellas. Desplegó sus dos inmensas alas de águila; acerquéme á ella y empezó á cocear, « *Estate quieta*, la dijo Gabriel, *y obedece á Mahoma.* » La yegua respondió : « El Profeta Mahoma no cabalgará sobre mí, si no me promete que entraré en el Paraíso el dia de la resurreccion. » Yo se lo prometi. Dejóse entónces montar, y en un instante nos hallamos á las puertas de Jerusalem.

Al entrar en el templo hallé á Abrahan, á Moisés y á Jesus. Oré con ellos, y acabada la oracion cayó del cielo de repente una escala de luz, por la cual atravesamos la inmensa estension del aire con la rapidez del relámpago.

Llegados al primer cielo, llamó el Angel á la puerta.

— ¿Quién va? preguntaron.

— Gabriel, respondió el Angel.

— ¿Quién es tu compañero?

— Mahoma.

— ¿Ha aceptado su mision?

— Sí.

— Sea, pues, bien venido.

A cuyas palabras la puerta, mas grande que la tierra, giró sobre sus goznes y entramos.

Este primer cielo es de plata pura; y en su hermosa bóveda estan colgadas las estrellas en gruesas cadenas de oro. En cada una de estas estrellas está de guardia un Angel, para impedir á los demonios que escalen el firmamento.

Un anciano decrepito vino á abrazarme llamándome el mayor de sus hijos; era Adan. No tuve tiempo para hablarle; distrájose mi atencion con una multitud de Angeles de todas formas y de todos colores; los unos tenian forma de caballos, los otros de lobos, etc. En medio de estos Angeles vi un gallo de una blancura mas brillante que la nieve, y de tan sorprendente magnitud que su cresta toca con el segundo cielo, distante del primero las jornadas de quinientos años. Todo esto me hubiera maravillado mucho, si Gabriel no me hubiese dicho que estos Angeles estan allí, bajo la forma de animales, para rogar á Dios por todas las criaturas de la misma especie, que viven sobre la tierra; y que este gran gallo es el Angel de los gallos, cuya principal obligacion es la de alegrar á Dios todas las mañanas con su canto y con sus himnos.

Dejamos atrás el gallo y los Angeles animales para entrar en el segundo cielo, que es de acero limpio y pulimentado. Allí encontré á Noé, que me recibió con los brazos abiertos; Juan y Jesus se me acercaron en seguida, y me llamaron el mayor y el mas escelente de los hombres.

Subimos al tercer cielo, que está mas lejos del segundo que este del primero. Para soportar la brillantez deslumbradora de este cielo, hecho de piedras preciosas, es preciso ser á lo menos Profeta. Entre los seres inmortales que le habitan, vi un Angel cuya altura está fuera de toda comparacion, el cual tiene á sus órdenes cien mil Angeles, cada uno de los cuales es solo mas fuerte que cien mil batallones de hombres armados para el combate. Este Angel colosal se titula el confidente de Dios : su talla es tan prodigiosa, que tiene setenta mil jornadas de un ojo á otro. Tiene este Angel delante de sí un inmenso escritorio, sobre el cual, y en un gran libro, no cesa nunca de escribir y de borrar. Gabriel me dijo que, siendo al mismo tiempo secretario de Dios y Angel de la muerte, está continuamente ocupado en escribir los nombres de todos los que nacen, en calcular los dias que deben vivir, y en borrarles del libro conforme llegan al término que á cada cual fija su cálculo. Volaba el tiempo, y era fuerza aprovecharle; pasamos pues al cuarto cielo. Henoc, que se hallaba en él, se manifestó embelesado con verme. Este cielo es de plata tan fina y tan trasparente como el cristal mas puro; está poblado de Angeles corpulentos, uno de los cuales, menor que el Angel de la muerte, tiene sin embargo quinientas jornadas de altura. El destino de este

Angel es muy triste; su ocupacion es llorar los pecados de los hombres, y predecir los males que por ellos se les preparan.

Sus lamentaciones no me agradaban ciertamente para escucharlas por largo tiempo; así que entramos prontamente en el quinto cielo. Aaron salió á recibirnos y me presentó á Moisés, el cual se recomendó á mis oraciones. Este quinto cielo es de oro purísimo; los Angeles que le habitan casi nunca se rien; y tienen razon, porque son los guardadores de las venganzas divinas y del fuego asolador de su cólera celestial. Estan asimismo encargados de los suplicios de los pecadores endurecidos, y de preparar tormentos horribles para los Arabes que rehusen abrazar mi religion. El triste espectáculo de su presencia me hizo apresurar mi camino, y me remonté con mi guia al sexto cielo. Allí volví á encontrar á Moisés, que se echó á llorar al verme, porque, segun me dijo, yo habia de conducir al paraíso mas Arabes que él Judíos. Mientras que yo le consolaba sentíme arrebatado sin saber cómo, y con un vuelo mas rápido que el pensamiento llegué al sétimo y último cielo. No se puede formar idea de la riqueza de este hermoso paraíso; satisfaceos, pues, con saber que está hecho de *luz divina*. El primero de sus moradores que en él hallé es mayor que toda la tierra. Tiene este sér setenta mil cabezas; cada cabeza tiene setenta mil bocas; cada boca tiene setenta mil lenguas, que hablan continuamente, todas y cada una setenta mil idiomas diferentes, para celebrar las alabanzas de Dios.

Despues de haber admirado esta gigantesca y celestial criatura, arrebatado súbitamente por un soplo divino me

hallé sentado al pié del granado inmortal. Este hermoso árbol está plantado á la derecha del trono invisible de Dios; de ese trono ante el cual arden sin cesar catorce cirios, que tienen de altura las jornadas de setenta años. Las ramas del granado, que tienen de largas la distancia que hay del sol á la tierra, dan sombra á una multitud de Angeles mas numerosa que los granos de arena de todos los mares, de todos los rios y de todos los arroyos. En las ramas de este granado estan guarecidos los pájaros inmortales, ocupados en considerar los sublimes pasages del divino Korán. Las hojas de este árbol se parecen á las orejas del elefante; sus frutos son mas dulces que la leche: uno solo bastaria para alimentar durante un dia á todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepita encierra una Hurí; estas vírgenes divinas estan destinadas á los placeres eternos de los musulmanes. Las hay de cuatro especies, blancas, de color de rosa, amarillas y verdes. Su cuerpo encantador tiene la transparencia del cristal. Sus ojos son tan hermosos que si una de ellas echase una mirada sobre la tierra en la noche mas tenebrosa, la alumbraria con mayor luz que el sol en su mayor brillantez. La saliva de una Hurí bastaria para hacer la mar tan dulce como la miel. Las Hurís se entregarán á las caricias de los fieles sin perder jamas su virginidad.

Cuatro rios brotan del pié de este granado; dos corren hácia el Paraíso, y dos hácia la tierra; estos dos últimos son el Nilo y el Eufrates, cuyo origen no habia antes que yo conocido nadie. Aquí me dejó Gabriel por no serle permitido penetrar mas adelante, y cedió su lugar á Rafael, quien me condujo á la casa divina de la adoracion, donde

se reúnen cada día en peregrinación setenta mil Angeles de la más alta jerarquía, y cada día son diferentes. Esta casa, construida con jacintos rojos y cercada de lámparas que alumbran eternamente, se parece exactamente al templo de la Meca; y si, desde el séptimo cielo donde se halla, cayera perpendicularmente sobre la tierra, lo que puede muy bien acontecer algún día, caería necesariamente sobre el templo de la Meca; lo cual es tan cierto como extraordinario.

Apenas fijé la planta en la casa de la adoración, un Angel me ofreció tres copas; la primera estaba llena de vino, la segunda de leche, la tercera de miel. Yo elegí la de la leche, y entonces una voz más fuerte que diez truenos hizo resonar en los aires estas palabras: « ¡ Oh! Mahoma! bien has elegido; porque si hubieras bebido el vino, tu nación hubiera sido tan viciosa como desdichada. »

Un espectáculo nuevo desvaneció mi vista. Con más rapidez que puede concebir la imaginación humana, Rafael me hizo atravesar dos mares de luz y otro de tinieblas de extensión inmensurable, pasados los cuales me sentí en la inmediata presencia de Dios. El terror sobrecogió mis sentidos, y una voz más estrepitosa que la del mar en la tempestad me dijo: « Llega, ¡ oh Mahoma! acércate al trono de la gloria. » Obedecí, y á un lado del trono leí estas palabras: *No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.* Al mismo tiempo puso Dios su mano derecha sobre mi pecho, y la izquierda sobre mi espalda: sentí un frío agudo sobre mi cuerpo que me heló hasta la médula de los huesos; pero este dolor fué seguido felizmente de ines-

plicable delicia que embriagó mi alma, y que no puede ser conocida por los hijos de los hombres.

Tras este enagenamiento tuve con Dios una conversacion familiar y larga. En ella me dictó Dios los preceptos que os doy escritos en el Korán; ordenándome espresamente que os exhortara á sostener con las armas y á defender con vuestra sangre la santa religion que os predico.

Cuando Dios concluyó de hablar, Gabriel volvió á unirse conmigo: desplegó sus ciento cuarenta pares de alas brillantes como la luz del sol, y empezamos á descender de los siete cielos, deteniéndonos á cada paso para oir los cánticos que los espíritus celestiales elevaban en alabanza nuestra.

Habíame Dios ordenado orar cincuenta veces por dia, y al pasar por el cielo de Moisés le dí á conocer la órden que habia recibido: « Vuelve al Señor, me dijo el libertador de los Hebreos, ruega á Dios que dulcifique semejante precepto: tu pueblo no podrá jamás cumplirle. » Volví á remontarme al cielo del Altísimo, y le rogué que disminuyera el número de oraciones, que redujo á cuarenta. El sábio Moisés me aconsejó que le hiciese nuevas instancias y despues de repetidos viajes míos, Dios redujo á cinco el número de las oraciones diarias.

Vueltos en fin á Jerusalem volvió á elevarse al firmamento la escala de luz que nos habia llevado hasta él: El-borak me esperaba; todavía era de noche; volvióme á llevar, agitando dos veces solamente sus inmensas alas de águila, al lugar donde me habia encontrado. Entónces dije á Gabriel: « Mucho temo que mi pueblo se niegue á dar crédito á la relacion de este viaje. — Pierde cuidado, me

respondió el Angel ; el fiel Abú-becre, y el fiero y justo Aly mantendrán la verdad de estos prodigios (1). »

Creyeron muchos desde luego esta maravillosa relacion y los doctores mahometanos la exornaron despues con voluminosos comentarios ; mofáronse empero de ella los coreishitas poniéndola en ridículo, lo cual hizo perder á Mahoma algunos discípulos, á quienes la firmeza de Abú-becre hizo volver á su creencia. De todos modos motivó este relato nuevas y violentas persecuciones.

Progresaba sin embargo el nuevo culto en Medina y la mayor parte de la ciudad habia ya abrazado el islamismo. Mosaab , su gefe, condujo en peregrinacion á la Meca sesenta y tres de sus principales moradores. Juraron ser fieles á Mahoma, y el Profeta les prometió el Paraíso. Mandó á los nuevamente convertidos que escogiesen doce de entre ellos para velar sobre el pueblo de Medina. « Yo os constituyo defensores del pueblo con el mismo poder que tuvieron los discípulos de Jesus, porque yo soy el defensor y el gefe de todos los verdaderos creyentes. »

Preveyendo la tempestad que fermentaba contra él en la Meca , persuadió á todos los musulmanes á que se retirasen á Medina ; hizo conducir allí á su familia, y se quedó solo en la Meca con Abú-becre y Aly, no queriendo huir él mismo sino de un peligro real. Creyéndole abandonado

(1) Dicen algunos autores musulmanes que salió Mahoma de su habitacion para ir al paraíso, y que recorrió todos sus siete cielos con tan prodigiosa velocidad, que despues de haberlos visitado exactamente, volvió á su lecho á tiempo aún de impedir que se vertiera enteramente un vaso de agua, que el Angel Gabriel habia volcado con una ala al levantar su vuelo.

los coreishitas se reunieron en una asamblea, y doctores hay que aseguran que el diablo, habiendo tomado la figura de un anciano, fué tambien de esta reunion, y que refutó todas las opiniones de los que propusieron alguna avenencia entre los partidos. Decretóse pues la muerte de Mahoma, y la ejecucion de este decreto se aplazó para la noche siguiente. Conociendo el Profeta el peligro en que su vida se hallaba, mandó al generoso Aly que envolviéndose en su caftan verde se acostase en su lecho en lugar suyo, y aprovechándose de las tinieblas fugóse de la ciudad con Abú-becre. Esta es la época célebre en que empiezan los orientales á contar su era llamada la *egira*, que vale tanto como la *fuga*.

Llegó la noche, y á la hora convenida entraron los asesinos en casa del sentenciado con los puñales en la mano; mas detuviéronse al encontrar á Aly solo y cubierto con las vestiduras del Profeta. Asegúrase que el fiel amigo de Mahoma les adormeció echándoles polvo sobre la cabeza, pronunciando al mismo tiempo algunos versículos del Kc-rán. Convencido Mahoma de que sería perseguido, echó por un camino estraviado, y ocultóse en una caverna. Cuando los asesinos que le buscaban se disponian á entrar en ella para registrarla, encontraron obstruida su entrada con una espesa tela de araña sobre la cual habia puesto sus huevos una paloma. Volviéronse, pues, atrás, y el Profeta continuó su camino. Soraka, sin embargo, seguido de unos cuantos, alcanzándole bien pronto, dió sobre él lanza en mano. Mahoma le llamó por su nombre: á su voz el caballo de Soraka cayó derribado en tierra boca arriba, con cuyo milagro, aterrado el asesino se hizo musulman.

El viérnes siguiente entró Mahoma en Medina, conducido por sus discípulos bajo un dosel de flores. En el sitio en que se detuvo su camello, hizo construir una mezquita. Ocupóse seriamente en asegurar su poder, atrajo para siempre á su partido á Abú-becre dándole por esposa á su hija Aiesha : mandó á sus discípulos que se amaran como hermanos, y á todos los creyentes que volvieran el rostro hácia el templo de la Meca para hacer oracion, dando al *Muezin* la fórmula con que debia convocar al pueblo para hacerla (1). Instituyó el ayuno ó cuaresma del mes de ramadan, porque en él recibió del cielo el primer capítulo del Korán, que está escrito en él eternamente, aunque hay doctores que afirman que Dios escribió sus augustas páginas en la piel del cordero que le sacrificó Abrahan en lugar de su hijo Isaac. Publicó finalmente el capítulo que manda combatir contra los idólatras, y por primera vez defendió su religion con las armas en la mano. Con trescientos trece hombres, dos caballos y setenta camellos, salió al campo contra dos mil coreishitas idólatras ; arengó á sus soldados llenándoles de sagrado entusiasmo, y los mostró tres mil Angeles prontos á combatir por ellos, triunfando así de sus enemigos. Jelâl-éd-dyn asegura que estofué un milagro portentoso, y dice que los Angeles vestidos de largos y flotantes mantos, ceñida la frente con turbantes

(1) « Dios es grande. No hay mas Dios que Dios. Mahoma es su Profeta. Venid á orar. Venid á adorarle. Dios es grande. Dios es único. » Estas son las palabras que dice el Muezin al pueblo desde los alminares de las mezquitas cinco veces al dia ; al rayar el alba, al medio dia, á las tres de la tarde, al ponerse el sol, y dos horas despues.

amarillos, y montados en caballos manchados de blanco y negro, pelearon á la cabeza de los creyentes ; y añádese tambien que dos idólatras que presenciaron el combate desde una colina , vieron un nublado preñado de escuadrones de Angeles, y oyeron los relinchos de sus caballos y la voz de Gabriel que animaba á *Haisum* su hermosa yegua de batalla.

Colígese claramente que Mahoma fué recibido en triunfo en Medina despues de esta victoria. Aumentaron otras muchas el número de sus partidarios, y Aly se distinguió tanto en todas ellas, que el Profeta le dió por muger á su querida hija Fátima. Tenia esta quince años, y eran tales sus perfecciones, que mereció ser contada por una de las cuatro mugeres perfectas que dió á la tierra el Criador (1). La noche en que se consumó este matrimonio, el Profeta llevó á Fátima á casa del jóven Aly. El iba delante de ella ; Gabriel á su derecha, Miguel á su izquierda, y es seguian setenta mil Angeles que les cantaron himnos hasta la mañana siguiente.

Renováronse bien pronto los combates, y alentóse el islamismo con nuevas victorias : los creyentes sin embargo sufrieron una gran derrota ; Mahoma mismo salió herido en el rostro, y el valiente Hanza perdió la vida ; pero Gabriel reveló al Profeta que Hanza moraba en el sétimo cielo. Mahoma hizo sepultar á los muertos, mandó orar por

(1) Estas cuatro mugeres son : la hija de Faraon, la Virgen María, Cádiga y Fátima. Esta última fué madre de doce Profetas, sin perder por eso su virginidad ; y su cuerpo fué arrebatado al cielo despues de su muerte.

ellos, los colocó en el número de los mártires, y volviendo á caer de repente sobre sus enemigos, los desbarató. Inauditos horrores se cuentan de estas guerras. Viendo Mahoma los terribles efectos de la embriaguez en las tribus árabes, prohibió el vino. Promulgó muchas leyes prudentes, que dejó consignadas en su Korán. Salió ileso de multitud de traiciones, burladas por su intrepidez y sangre fría. Un idólatra cayó sobre él espada en mano mientras reposaba en un lugar apartado. Miróle Mahoma fijamente y sin moverse; el asesino, admirado de su tranquilidad, se detuvo fingiendo que jugaba con su espada, y preguntó al Profeta si no habia tenido miedo: «¿Y qué tenia yo que temer?» respondió el Profeta. Huyó atónito el idólatra, y los Arabes aseguran que un Angel le derribó en tierra cuando iba á herirle.

Los enemigos del Profeta venian sobre Medina para sitiaria. Mahoma mandó cavar un foso al rededor de la ciudad, y siendo el suelo una durísima peña, volviola blanda derramado sobre ella una bocanada de agua, lo cual se atribuyó á milagro. Fatigábase el bravo Salman para romper una enorme piedra: Mahoma, tomando de sus manos el martillo, dió sobre ella tres golpes y despidió la piedra tres relámpagos; y preguntándole la significacion de estos relámpagos, respondió: «El primero me pronostica la sumision de la Arabia feliz, el segundo la conquista de la Siria y del Occidente, el tercero la del Oriente.»

Sitieron al fin los enemigos á Medina, y dicese que el Profeta alimentó á los sitiados con un cesto de dátiles que multiplicó maravillosamente. Con un cordero asado y un pan de cebada dió otra vez de cenar á mas de tres

mil hombres, que quedaron hartos. Su tranquilidad sobrenatural consternó á sus enemigos, que levantaron el sitio : persiguiólos Mahoma, y derrotólos completamente. Enamoróse de Zainab, la bella esposa de Zaid; su hijo adoptivo; este, que lo supo, la repudió, y el Profeta se casó con ella, despues de haber autorizado este matrimonio por un capítulo del Korán. Andando el tiempo, su favorita Aiesha fué acusada de adulterio con Sawan, general del cuerpo de reserva. Tenia Aiesha quince años, era hermosa y elocuente, y supo justificarse; Mahoma hizo bajar del cielo el capítulo 24 del Korán, *que no deja mancha alguna en la reputacion de Aiesha*. La Meca capituló, las guerras continuaron, y cada paso del Profeta se marcaba con un prodigio : entre ellos se cuenta la cura maravillosa de los ojos de Aly con un poco de saliva. Casóse despues con dos judías, Riana y Safía, que se hicieron musulmanas por el honor de ser mugeres de un Profeta. Algunos autores dan á Mahoma quince mugeres legítimas, otros veintiseis; pero solo doce son conocidas.

Zainab quiso envenenarle con un cordero asado. Mahoma conoció el veneno, que era violentísimo, al primer bocado. Bashar, uno de sus compañeros, murió en cuanto lo probó; y los doctores musulmanes aseguran que la paletilla del cordero reveló á Mahoma el autor de este atentado. Preguntó á Zainab el motivo que tenia para atentar á su vida; Zainab respondió : « Pensé que, si eras Profeta, conocerias al momento el veneno, y que, sinó lo eras, libraría al pueblo de tu tiranía. » Mahoma perdonó generosamente á Zainab, contentándose con volverla á enviar á casa de su padre. La malignidad del veneno abrevió

sin embargo su vida, causándole vivos dolores hasta su muerte.

Aumentaba su poder, á pesar de todo, de dia en dia. Despues de haber sometido á los Arabes y deshecho á los Judíos, envió á los reyes sus embajadores, sirviéndose de un sello que decia *Mahoma enviado de Dios*. En calidad de tal escribió á Cosroes, rey de Persia, que indignado le trató de esclavo. Murió Cosroes á poco, y su muerte se atribuyó á milagro. Su hijo Siraes le asesinó, y abrazó despues el mahometismo. El Profeta escribió á varios soberanos de Oriente, y los que no se convirtieron al islamismo respetaron al fundador.

Prosiguió en sus conquistas con fortuna, y hallándose harto poderoso para mandar como señor en la Meca, derribó las estátuas de los ídolos, quitó del templo los retratos de mugeres, que los Arabes adoraban creyendo que los Angeles eran mugeres hermosas, cuya opinion, generalmente recibida en Arabia, contribuyó sin duda á que fuese bien admitida la creencia de las Hurís. Su vida fué un combate perpetuo; sucumbieron en él sus mas bravos compañeros; Zaid, Abdallah y Jafar murieron en el mismo dia defendiendo el estandarte sagrado. Mahoma dijo á sus discípulos que lloraban: « No lloreis por Jafar, ¡oh musulmanes! porque su suerte es envidiable; Dios le ha dado dos alas, y con ellas recorre la estension inmensa de los cielos, franqueados á sus caprichos. » La guerra no le distrajo de la religion. Cuando cumplió sesenta y tres años, tomó siete piedras, se las tiró á Satanas, sacrificó á Dios setenta y tres víctimas, é hizo bajar del cielo estas célebres palabras: « *Hoy he sellado vuestra religion.* » Y

se afirma que la camella que montaba el Profeta se prosternó doblando las rodillas, abrumada bajo el peso de esta revelacion. Dió libertad á sus esclavos, ordenó todos sus negocios, y sostuvo su dignidad de Profeta hasta su muerte que aconteció poco mas tarde. Cuando sintió debilitarse su cabeza, mandó á Aiesha que quedase sola con él; y esta contó que el Angel Gabriel visitaba continuamente al Profeta en sus tres postrimeros dias, y que este Angel le dijo al fin del tercero : « *Mahoma, el Angel de la muerte pide permiso para entrar; tú eres el único mortal con quien ha tenido semejante atencion, y no la usará con ningun otro.* » Mahoma respondió : « *que entre.* » Presentóse el Angel, y cumplió respetuosamente su mision.

Consternóse el pueblo con la noticia de su muerte. El Profeta no ha muerto, dijo Omar; ha ido á hablar con Dios como Moisés por cuarenta dias; y amenazó con la muerte al que creyera lo contrario. Fué sin embargo preciso calmar la fermentacion : Abú-becre reunió los capítulos del Korán, los publicó en coleccion, celebró las exequias del Profeta de Dios con fastuosa pompa, y sostuvo bizarramente la religion mahometana. Sofía, tia suya, pronunció su oracion fúnebre sobre su tumba, que está en la Meca. Abú-becre fué elegido kalifa á pesar de la adopcion de Aly, y los demas gefes se repartieron el imperio, que abarcaba ya la mayor parte del Oriente.

Tenia Mahoma mediana estatura : la cabeza grande ; espesa la barba ; el color tostado ; los ojos negros ; las mejillas graciosas ; y el cuello elegante y blanco como el marfil. Dotado de superior inteligencia, de claro juicio y de prodigiosa memoria, su conversacion era agradabilísima,

y su carácter siempre igual. Justo y equitativo con todos, hablaba poco, escuchaba con paciencia, y no se despedía nunca el primero, ni retiraba su mano de la de quien le daba la suya hasta que este se la dejaba libre. Vivía con suma sencillez. Decía que Dios había criado dos cosas para la felicidad de los hombres, las mugeres y los perfumes; y que después de haber hecho la creación, hizo la muger y descansó. Procuró Mahoma dar á su Korán todo el encanto de que es susceptible su lengua, la más rica y armoniosa de todas las de la tierra, y que por la composición de sus verbos es capaz de seguir el pensamiento en su más poética extensión, y de explicarla con la más precisa claridad. La lengua árabe imita con la maravillosa armonía de sus sonidos el murmullo de las aguas, el canto de las aves, los ahullidos de las fieras, el rumor de los vientos, y el estallido del trueno; y todos los relatos de Mahoma tienen doble interés en su lengua original. Compónese el Korán de ciento catorce capítulos, divididos en versículos, cuyo número debe saber todo buen musulmán. Cada capítulo tiene un título, que muchas veces no tiene relación con la materia que en él se trata, y todos, fuera del noveno, llevan por epígrafe estas palabras, que son el lema ó divisa de los musulmanes. « *En nombre de Dios clemente y misericordioso.* » Publicó Mahoma este libro por capítulos, según la necesidad que tenía de hacer hablar al cielo en su favor, en el espacio de veintitres años, parte en la Meca y parte en Medina. Dictó el Profeta sus versículos á sus secretarios, que los escribieron en hojas de palmas y en pergaminos que se guardaban revueltos en una caja. Reuniólos Abú-

bece en un volúmen, muerto Mahoma; pero tan sin orden, que el último capítulo que hizo el Profeta bajar del cielo es el noveno de su coleccion; y los primeros versículos que le fueron revelados por Gabriel, resultan los primeros del capítulo 96. Esta confusion oscurece muchas veces el mérito del Korán, en el que á cada paso encuentra el lector sublimes pasages. La mayor parte está escrita en la prosa rimada de los Arabes; pero muchas veces, remontándose Mahoma á mas elevado estilo, describe en sonoros y magestuosos versos al Criador, que desde el trono de los mundos da leyes al universo. Sus versos son armoniosos y fáciles cuando pinta los placeres eternos del Paraíso; vigorosos y enérgicos cuando describe los eternos castigos.

Tienen los musulmanes ademas consignados sus dogmas en otros libros, y uno de los mas seguidos por sus teólogos es *la Esposicion de la fé musulmana por Moham-med-Ben-Pir-Ali El-berkevi*, traducido recientemente al francés por Mr. Garcin de Tassy, cuyas curiosas noticias orientales se han aprovechado para esta biografía de Mahoma. En esta esposicion citada de la fé musulmana se lee: que Dios no tiene ni compañero ni igual; que él solo debe ser adorado; que ni ha nacido ni ha engendrado; que no tiene ni muger, ni hijo, ni hija; que es invisible, inmutable y eterno; que todo lo sabe, y todo lo ve, y todo lo siente, hasta los pasos de la negra hormiga sobre una piedra negra en la noche mas tenebrosa; que es omnipotente; que el Korán es la palabra de Dios, cuyo libro es eterno é increado; que los Angeles ni comen, ni beben, ni tienen sexo; que el Angel Gabriel baja en una hora del

cielo á la tierra ; que el Angel Azrael tiene la comision de recibir las almas ; que Israfil tocará dos veces la trompeta al fin del mundo ; al sonido de la primera perecerá todo, y á la segunda, que sonará cuarenta años despues, todo resucitará ; que los libros escritos por Dios son el Korán, el Pentatéuco, el Evangelio, el Salterio y otros, hasta ciento cuatro ; pero que el Korán es el mas sublime y divino de todos ; que Eblís es el gefe de los demonios, Adan el primer Profeta, y Mahoma el último ; que dos Angeles, llamados Monkir y Nekir, interrogan á los muertos en sus sepulcros, y que á sus preguntas es preciso contestar con estas palabras : « Nuestro Dios es Dios, Mahoma nuestro Profeta, y el islamismo nuestra religion ; » que las almas tienen que pasar por un puente mas estrecho que el filo de una espada, llamado Siráth, y los que no puedan pasar caerán en el infierno ; que los infieles arderán eternamente ; que todo está escrito en el cielo, y que nadie puede evitar su destino á pesar de lo que el diablo tienta á los hombres ; que no es permitido á nadie desenvainar la espada contra los Reyes, por tiranos que sean ; que es preciso no escuchar á la puerta, ni mirar por el ojo de la cerradura, ni procurar en manera alguna descubrir los secretos del pudor : que el que diga « yo creo en todos los Profetas, pero dudo si Adan lo es, » es infiel ; que es infiel asimismo el que crea que las contribuciones son propiedad del Sultan, porque pertenecen al pueblo, que pertenece á Dios ; que si alguno dijere « mas vale ser cristiano que judío, » es infiel, porque es preciso decir « los judíos valen menos que los cristianos ; » que hay ciento veinticuatro mil Profetas, y que al pasar por el valle de Mina es

preciso hacerlo tirando piedras en memoria de Abrahan, que al ir á sacrificar á su hijo, echó de allí á pedradas al demonio que le tentaba para que no obedeciese á Dios, etc., etc.

Los curiosos detalles sobre el antiguo culto de las estrellas, establecido en Arabia antes de Mahoma, y las poéticas noticias sobre las costumbres de los Arabes, sus ayunos, sus oraciones y ceremonias religiosas, sobre las Huríes, los genios, los demonios, el paraíso, etc., pueden encontrarse en la lectura del Korán, y en las notas eruditas que en su traduccion francesa ha puesto el sábio orientalista Sabary.

---

## AL LECTOR.

---

A pesar del esmero con que se han corregido las pruebas, se han deslizado en este tomo algunas erratas independientes de la imprenta francesa, en la cual he prohibido que hubiera mas corrector español que yo para mi obra. Son, sin embargo, tan insignificantes que me limito á marcar las que alteran el sentido.

PAGINAS.	LINEA.	DICE.	LEASE.
32	4	disintos	distintos
Idem	6	bajo sus	entre sus
47	6	اللة	الله

Se ha olvidado asimismo en la página 245, verso 1º, el número de llamada y la nota correspondientes al nombre de Zoraya, la cual hé aquí :

Llamo *lucero de la aurora, albor del dia, y luz de la mañana* á Zoraya, siguiendo la interpretacion de todos los autores en su mayor latitud. Zoraya, en árabe, es *قربا pléyade* : vulgarmente la constelacion de *las siete cabrillas*.

J. ZORRILLA.

